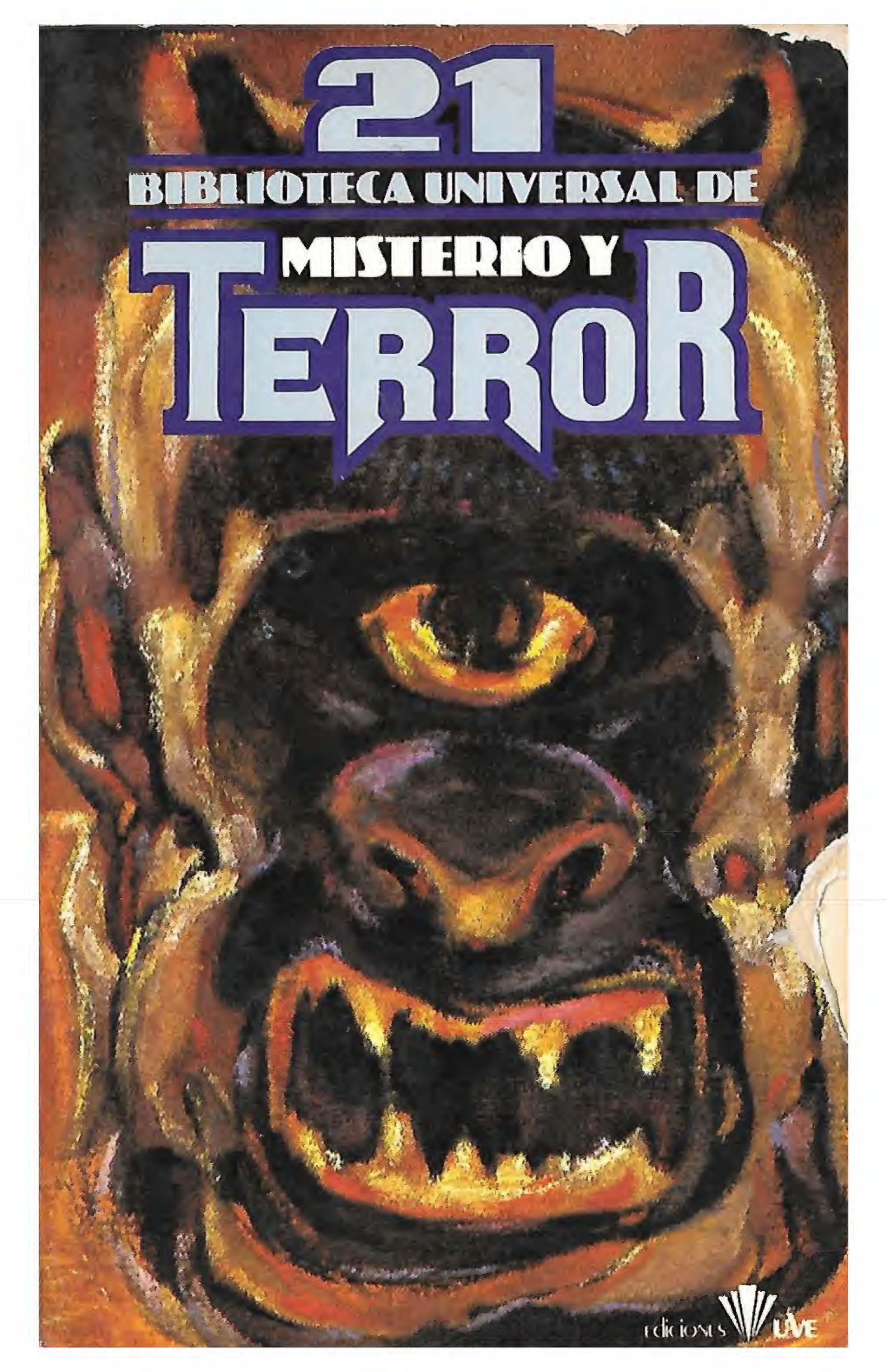

21
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y
TERROR
ediciones UVE



Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 4135494 y 4135543.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Portada e ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santo Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelera, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 30.449-1981.
ISBN: 84-7526-005-5

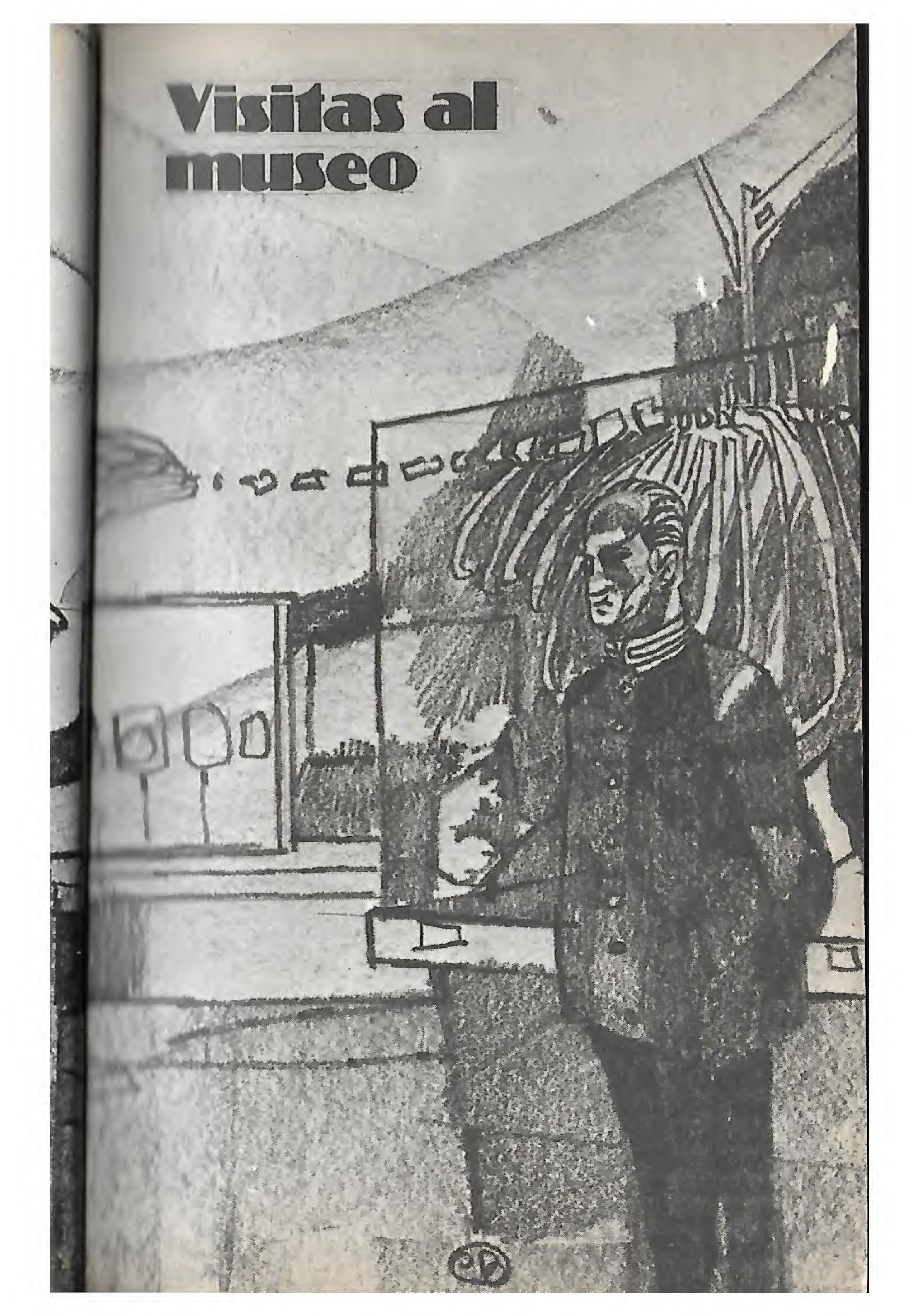
Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO



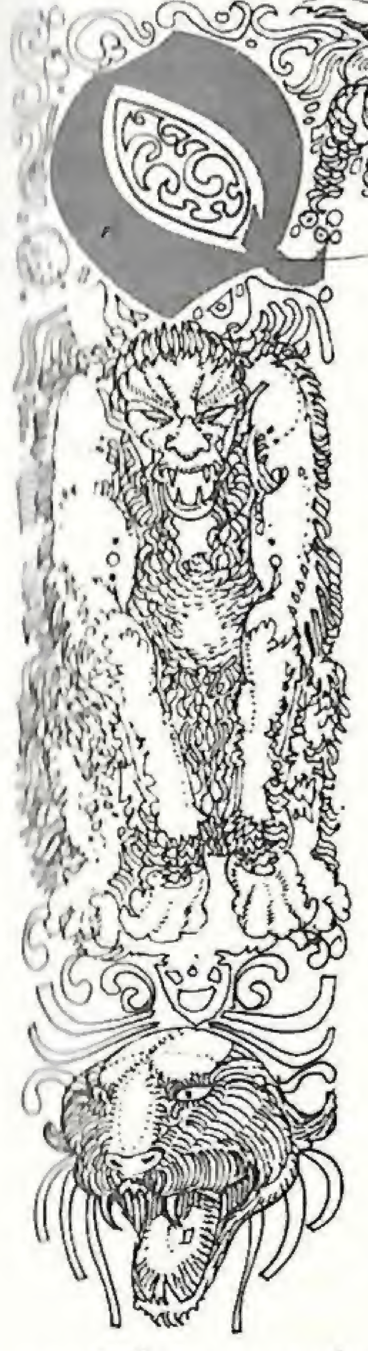
Visitas al museo



Visitas al museo

Pedro Montero

Diariamente, en silencio, con los ojos gélidamente fijos, aquel niño recorría los fríos y vetustos pasillos del Museo de Ciencias Naturales, para acudir a una ineludible y misteriosa cita.



UÉ hay en los museos?, podría preguntaros, y seguramente la mayoría de vosotros me respondería: obras de arte u objetos, que sin pertenecer al reino de la belleza, merecen ser conservados bajo las mayores garantías de seguridad.

¿Qué más hay en los museos?, continuaría insistiendo. Guardianes y público, sería vuestra acertada contestación.

¿Qué otra cosa?, proseguiría pertinaz. Sistemas de alarma, máquinas para mantener un microclima adecuado, oficinas, salas de restauración, acaso un bar, unos servicios públicos...

Sí, pero, ¿qué más hay? Posiblemente un puesto de venta de postales o de reproducciones, ascensores, sala de proyección...

¿No hay nada más? Una cierta atmósfera cerrada... Y esa respuesta estaría ya más cerca de lo que intento insinuar.

Y cuando después de haber agotado las últimas posibilidades, ya no quedara ninguna cosa más por enumerar, con una contumacia que no procede en absoluto de mi testarudez, inquiriría de vosotros finalmente:

¿Qué otra cosa hay en los museos? Un clima agó-

nico, siglos comprimidos, acaso alguna maldición domesticada y como mantenida en alcanfor, una angustia difícil de explicar, un vacío compuesto de silencio, fantasmas del pasado, vibraciones extrañas, un no sé qué, algo... algo... algo..., terminaríais diciendo.

En efecto, algo, confirmaría yo mirándoos fijamente. Y, con toda probabilidad, vosotros me preguntaríais: ¿Qué es ese algo? Pero mi respuesta os descorazonaría, porque ese algo que hay en los museos no puede ser descrito sino con esa vaga e indefinida palabra: algo.

No obstante, y aunque desde este momento anticipo que aquello de lo que estamos tratando va a continuar inexplicado y a seguir flotando caliginosamente en las desiertas salas, prestad atención a lo que me dispongo a narrar, porque es posible que, si bien mi relato nada aclarará acerca de la naturaleza de ese algo, conoceréis, no obstante, los insospechados efectos que esa impalpable niebla, esa angustiosa atmósfera, puede ocasionalmente producir. Y alguien ha dicho: «Por sus hechos los conoceréis».

* * *

El sol invernal de las cuatro y media de la tarde penetraba oblicuamente por algún ventanal, y sus mortecinos rayos parecían perder su ya exiguo calor al entrar en contacto con la gélida atmósfera del museo de Ciencias Naturales.

La desteñida luz, en cuyo seno flotaban perezosamente centenares de partículas de polvo, iba a posarse sobre las venerables vitrinas donde yacían inmóviles y congeladas en sus cristalinas estructuras muestras de innumerables formas minerales.

En un rincón de la sala dormitaba un vigilante al amor de una pequeña estufa eléctrica que apenas bastaba para entibiecer el resguardado ángulo en el que se encontraba. Los radiadores de aparatosas y anticuadas formas dispuestos por todo el amplio ámbito de la destartalada sala no habían sentido nunca fluir

por sus arterias metálicas, y ya herrumbosas, la caricia del agua tibia. Nadie estimaba necesario templar la gélida atmósfera del museo, seguramente porque todos los objetos exhibidos en sus dependencias eran objetos muertos, y el frío es considerado universalmente como el ambiente más propicio para la conservación de los cadáveres.

Así pues, los escasísimos visitantes de aquellas heladas salas, apenas traspasaban el chirriante torno que no llegaba a contar ~~ni una~~ docena de huéspedes por día, experimentando un súbito escalofrío, se abrochaban concienzudamente sus abrigos y estrechaban el lazo de sus bufandas en torno al cuello. Y como aves de paso que desean emigrar lo antes posible hacia climas más cálidos, recorrían el museo, ocultos sus rostros bajo los tapabocas, lanzando apresuradas ojeadas sobre las vitrinas en las que se exhibían petrificadas formas vegetales o cóncavas geodas de interior diamantino.

El silencio era casi obligado, porque los altos techos y las hendiduras del suelo junto al final del zócalo se tragaban las palabras apenas salían de la boca de los visitantes, los cuales, hartos de repetir para sus interlocutores la misma frase varias veces, se callaban y continuaban, como quien acompaña silencioso un entierro, la peregrinación por las heladas dependencias.

Las salas en que se exhibían los esqueletos enormes de extinguidos animales prehistóricos apenas si conseguían arrancarles alguna velada exclamación de asombro, y si se detenían un momento ante la osamenta del diplodocus, por ejemplo, más que visitantes de un museo parecían asistentes a un duelo que se aproximan reverentes al féretro y lanzan una temerosa ojeada al cadáver musitando a continuación alguna palabra que denote pesar.

Y la sala destinada a los fósiles terminaba por congelarles el corazón que forcejeaba dentro de sus pechos por no sumirse en una petrificación casi obligada.

Pero entre la exigua clientela de la institución, el guardián de la puerta advertía todas las tardes la presencia de un niño, el cual, religiosamente, efectuaba cada día una visita a las dependencias del Museo de Ciencias Naturales.

«Que estudioso debe de ser ese niño», se decía el conserje al tiempo que facilitaba su paso por el torno, «si yo consiguiera que mi Jaime fuera tan formalito». Pero su compañero de puesto no era del mismo parecer y comentaba: «A mi no me gustan los niños tan juiciosos, prefiero que alboroten en casa. Ya tendrán tiempo suficiente para pasar penas». «Es verdad», concedía el primero humildemente, y eso que ostentaba más galones dorados en su uniforme. Y el niño, musitando un apagado buenas tardes, se perdía en las innumerables estancias, y, cuando ya estaba próxima la hora de cerrar, reaparecía y volvía a introducirse en el torno que es como el guardarropa en forma de exclusa donde se recuperan el bullicio y la informalidad que ha sido necesario abandonar para la visita a un museo.

Pero el niño no parecía recobrar aquella alegría propia de la infancia, sino que, con andar pausado y como absorto todavía por lo que había contemplado, se alejaba calle adelante hasta la tarde siguiente.

* * *

—¿Qué le pasa a este niño? —preguntaba la madre.

—Nada, mujer, ¿qué le va a pasar? —respondía el marido sin dejar de leer el periódico.

—Le encuentro cada día más pálido. ¿No quieres merendar, Emilio? —interrogaba la madre sabedora ya de la respuesta.

—Ahora no tengo hambre, mamá —era la cotidiana réplica del niño que se encontraba enfrascado en la lectura de gruesos volúmenes de ciencias naturales.

—No sé, no sé —musitaba la madre—. Este niño

está cada día más pálido. ¿No le convendrían unas inyecciones de vitaminas?

—Mira, eso sí —respondía el padre que era un innato consumidor de drogas—. Unas inyecciones nunca vienen mal. O si no, un frasco de aceite de hígado de bacalao —añadía convencido de que, a peor sabor del remedio, más fulminantes y beneficiosos debían de ser los resultados.

Una tarde, el empleado de la puerta sintió curiosidad por saber a qué se dedicaba el niño en sus cotidianas y prolongadas visitas al museo y le siguió sigilosamente y a distancia por las salas.

Emilio, que no parecía sentir el frío que hacía presa en los demás visitantes, recorría lentamente las diferentes dependencias y se detenía a veces delante de determinados objetos expuestos. En suma, se comportaba como cualquier persona adulta en un museo, por lo que el vigilante, comprendiendo que su compañero de puerta se aburría, y hasta podía llegar a sentir vocación de abadesa de tanto ver girar el torno sin otra compañía, abandonó la observación y regresó a su puesto.

El niño continuó su diario recorrido y entró en la sala de los fósiles, y si el conserje no hubiera cesado en su bienintencionada vigilancia, habría podido darse cuenta de que la expresión de Emilio se modificaba apenas pisaba el umbral de aquella dependencia.

La sala era verdaderamente espaciosa y daba al norte, por lo que jamás era visitada por los rayos del sol, aunque no podría asegurarse lo mismo con respecto a la gélida luna, y el taconeo de los escasos visitantes se elevaba desde el gastado parquet hasta los altos techos donde permanecía suspendido y como absorto. Hubiera podido asegurarse que, de noche, cuando ya nadie visitaba las salas, aquellos taconeos se desprendían del techo y comenzaban a caminar por su cuenta y riesgo tratando de alegrar algo la fúnebre atmósfera del lugar.

Polvorientas vitrinas, que los visitantes debían lim-

piar con la manga de su abrigo si querían contemplar el interior, mostraban una perfecta y completísima colección de fósiles y plantas petrificadas que suscitaban la admiración de quienes los inspeccionaban, los cuales, no se sabe si por mostrar su sensibilidad o por el gusto de sentir el eco, lanzaban tímidos «¡Oh!» que se enroscaban en el techo junto a las pisadas.

Pero Emilio, esperando a que no hubiera nadie en la sala, permanecía contemplando los petrificados trilobites de una vitrina situada junto a la entrada, y cuando ya todos se habían marchado, él comenzaba su visita a los fósiles. Se detenía pausadamente frente a los yertos ejemplares exhibidos, los contemplaba con mirada fría y penetrante, y hasta se diría que se establecía una secreta comunicación de corazón a corazón, de escarcha a escarcha.

Pero donde el ensimismamiento del niño llegaba a su mayor extremo, era frente al magnífico ejemplar petrificado que podía contemplarse en todo su gélido esplendor junto al muro del norte. Allí, en una vitrina dedicada exclusivamente a él, se encontraba el más perfecto espécimen de fósil que pudiera verse. Sin duda se trataba de un animal, pero de tan gran tamaño y con tan definidos contornos violáceos que más que fósil parecía criatura sometida a momentánea congelación.

Sus dimensiones eran aproximadamente las de un puño de adulto, y la estructura de su superficie, sustituida por sustancias minerales, según es propio de estos ejemplares, presentaba una textura extraña que tenía cierto parecido con el tejido muscular humano. Si hubiera carecido de aquellas delgadas patas y de una pequeña cola, el fósil aquel hubiera podido pasar por un antiguo corazón petrificado.

Emilio dedicaba gran parte de la tarde a estudiar aquel raro ejemplar, dibujándolo desde todos los ángulos posibles, apuntando sus características para luego efectuar consultas en los libros de ciencias que era lo que pedía como regalo de reyes, en vez de juguetes o arquitecturas.

Y cuando toda su curiosidad científica de aquella tarde se había visto colmada, permanecía absorto en la contemplación del raro espécimen, y se establecía como una sorda lucha para ver quién conseguía vencer a quién. Era igual que si el niño pretendiera, con su mirada, atraer de nuevo al fósil al reino de lo vivo y de lo animado, y por su parte el petrificado animal parecía desear ejercer una actividad semejante y congelar el corazón del muchacho a fuerza de introducir su imagen por sus ojos. Así, en aquella mutua contemplación o estudio llegaba la hora del cierre del museo, y el niño, bien a su pesar, tenía que recoger sus cuadernos y sus notas y abandonar las desoladas estancias hasta el día siguiente.

En casa de Emilio no pasó desapercibido el desmejoramiento del muchacho. Su palidez se acentuaba más de día en día, y unos cercos violáceos hacían su aparición bajo sus ojos dando a aquel infantil rostro una apariencia triste y cariacontecida. Y tanta fue la alarma causada por el desmedrar de Emilio, que su madre decidió llevarlo al médico, el cual, después de auscultarle convenientemente, sentenció:

«—Este niño tiene un soplo en el corazón».

Y los padres de Emilio quedaron desolados por la noticia, suponiendo, no sin razón, que aquel soplo podía apagar la débil naturaleza de su hijo, y le prohibieron, cosa bastante ociosa, que corriera y que jugara con los demás niños, obligándole a guardar una hora de reposo después de las comidas, lo que impedía al niño sus cotidianas visitas al museo.

En vista del nuevo régimen de vida, Emilio pidió permiso a sus padres para efectuar una última visita al museo de Ciencias Naturales.

* * *

Era aquella tarde extremadamente fría, y los escasos visitantes pasaron como exhalaciones por todas las salas subiéndose el cuello de sus abrigos, y cuando ya nadie quedaba en el recinto, excepto los adormila-

dos vigilantes, Emilio se detuvo ante la vitrina que contenía al fósil y lo contempló durante largo rato.

Algo debieron denotar los bedeles, porque cuando estaba ya próxima la hora de cierre, se preguntaron si el niño había salido o no, y mantuvieron una pequeña porfía porque uno de ellos sostenía que le había visto marchar. No obstante, para asegurarse bien recorrieron una por una todas las salas, y al llegar cerca de la vitrina grande advirtieron que Emilio yacía como muerto en el suelo. Su rostro estaba cubierto de una palidez mortal, y sus labios completamente exangües.

Un vigilante se arrodilló ante él, y ya estaba a punto de creerle cadáver porque no encontraba el pulso, cuando el muchacho abrió los ojos y se fue incorporando lentamente pero con decisión. Y en vez de agradecer a los conserjes sus atenciones, apartó de su frente la mano del más anciano, y se marchó hacia la salida.

Cuando los padres de Emilio regresaron a casa se extrañaron de ver luz en la habitación de Emilio sin que el niño se hubiera ocupado, como hacía habitualmente, de encender la calefacción.

—¿Te pasa algo, hijo? —dijo la madre entrando en el cuarto.

—No me pasa nada.

—¿Por qué no has encendido la calefacción?

—No tengo frío.

—Pero si fuera está ya helando, y apenas acaba de oscurecer —replicó la madre.

—Está bien —concluyó el niño con obstinación.

Al cabo de unos minutos volvió a entrar la madre en el cuarto portando un vaso de leche humeante.

—Toma, cariño, así entrarás en calor.

—Que no tengo frío —repitió Emilio malhumorado.

—Tienes que alimentarte.

—No me apetece tomar leche hirviendo.

—¿Qué quieres entonces? —preguntó la mujer complaciente.

—Tráeme un vaso de leche fría.

Desde aquel día, la introversión de Emilio se hizo más acentuada, y sus relaciones con sus compañeros de colegio menos frecuentes, porque apenas terminaban las clases marchaba a casa y se encerraba en su cuarto a examinar láminas de sus grandes volúmenes de Historia Natural, y como la adquisición de fósiles no estaba al alcance de sus posibilidades, ahorraba todo lo que podía y se compraba enormes cajas de minerales y hermosos ejemplares de cuarzo cristalizado.

En cierta ocasión, como suele suceder, se fundió la lámpara de su habitación, y al ir a reponerla su padre, el chico comentó:

—Es tan amarilla esa luz... Me da calor.

—¿Cómo va a dar calor una bombilla? —preguntó su padre.

—Claro que sí —replicó el niño—. Preferiría otro tipo de alumbrado para poder leer sin que me lloraran los ojos.

—¿Otro alumbrado?

—Un tubo fluorescente —pidió Emilio.

—No se hable más —intervino la madre atenta a los menores deseos de su hijo. Y al día siguiente ya estaba instalado en la habitación un fluorescente como el de la cocina.

Y a la luz fría y lechosa del neón el rostro de Emilio parecía todavía más pálido, y sus ojos más yertos. Y ante la sorpresa de sus padres, el niño dijo un día que deseaba comer algo especial, lo que alegró a la madre, preocupada por la inapetencia pertinaz de su hijo.

—¿Qué te apetece, tesoro?

—Me gustaría... un helado muy grande —repuso el niño.

—¿Con este frío?

—Sí, ¿qué pasa? —replicó él casi con grosería.

—Nada, nada, pero eso es el postre, ¿y antes qué quieres? ¿un poco de pesca?

—Sí, pero congelada —pidió Emilio—. Sabe mejor que la fresca.

La mujer se alarmaba cada día más al ver que el muchacho se pasaba las horas muertas en su cuarto y sin encender el brasero eléctrico.

—Te vas a helar... —decía golpeando suavemente la puerta. Pero Emilio contestaba con un gruñido sordo que era su forma de decir que le dejaran en paz.

* * *

Cierto día, al salir del colegio, algunos muchachos de un curso superior le zahirieron e intentaron provocarle para que se pegara con uno de ellos, pero Emilio no quiso seguirles el juego y continuó calle adelante pasando el dedo por los polvorientos barrotes de la verja que rodeaba el patio del colegio.

Ellos, no obstante, enardecidos por la indiferencia de Emilio y por su fría calma, no cejaron en su empeño, y uno de ellos, el más decidido, le propinó un puñetazo en el costado que le dejó durante unos instantes sin respiración. Emilio, una vez que recuperó el resuello, se volvió hacia su agresor con tal ira en el rostro, que sus compañeros pensaron que habían conseguido sus propósitos de hacerle perder la calma, pero el niño se limitó a clavar sus ojos en su atacante, el cual palideció de súbito y se quedó inmóvil, y de pronto, fue acometido por un aparatoso acceso de tos.

—¿Qué ha pasado esta tarde a la salida del colegio? —preguntó la madre a la que otras veces ya habían hecho comentarios acerca del fallido enfrentamiento.

—Nada.

—¿Te has peleado con Jacinto?

—No.

—Pues me habían dicho...

Aquella misma noche comenzó a circular el rumor por el barrio de que el hijo de los Villar, Jacinto, se encontraba en cama muy grave víctima de una pulmonía doble, y a las doce de la noche se oyó la sirena de una ambulancia que se detuvo en la esquina con la

calle Soriano. Según se supo a la mañana siguiente, los doctores habían hecho todo lo posible, pero el hijo de los señores Villar había fallecido a causa de una pulmonía fulminante acompañada de un inexplicable descenso en la temperatura de su cuerpo.

Las vecinas que acudieron al duelo aseguraban que el cadáver de Jacinto aparecía lívido y yerto, y sus manos, a pesar de que habían sido piadosamente cruzadas sobre el pecho, conservaban una crispación gélida. Tenía el aspecto, en fin, de quien se pierde en la montaña y es hallado muerto enterrado en la nieve.

—Mañana tenemos que ir al médico —anunció un día su padre.

—¿Para qué? —preguntó sobresaltado Emilio.

—Para que te examine el corazón. Nos dijo que volviéramos a los dos meses.

—No quiero ir —anunció fríamente el niño.

—Aquí se hará lo que yo mande —afirmó el padre levantando la voz.

—Querido, por favor —intervino la madre—, no hace falta que te exasperes. El niño irá de buena gana.

—No pienso ir —replicó testarudo Emilio.

—Ya veremos —repuso el padre.

—Vamos a dejarlo para la semana que viene —terció la madre conciliadora. Y así fue.

Desde aquel día, Emilio se recluyó aun más en su habitación de la que apenas salía para comer o para tomarse un vaso de agua helada, cosa que preocupaba a su madre que recordaba la pulmonía que acabó con la vida de Jacinto.

Y al cabo de unos días, el tiempo se hizo más frío y hasta cayeron unos copos de nieve, pero Emilio seguía sin encender la calefacción de su cuarto. La estufa de gas estaba relegada en un rincón, y el brasero eléctrico tenía la resistencia llena de polvo a causa de la falta de uso.

La madre del muchacho no podía evitar a veces mirar por el ojo de la cerradura, y contemplaba a Emilio dedicado a hojear gruesos volúmenes de Ciencias,

mientras sobre el respaldo de su silla yacía la bufanda que ella le había aconsejado que se anudara en torno al cuello.

En cierta ocasión, y percibiendo que el aliento del niño salía de su boca condensado, la causa de la frialdad de la atmósfera, entró en la habitación y sin encomendarse a nadie enchufó el brasero eléctrico. Emilio no levantó la cabeza del libro, pero a los pocos instantes se oyó un fuerte chasquido y por todo el cuarto se extendió un fuerte olor a quemado: la resistencia en forma de espiral se había fundido.

Y una noche en que le era imposible conciliar el sueño, la madre de Emilio se revolvía inquieta en la cama, y sintiendo como si una fuerte corriente de aire helado penetrara por la parte inferior de la puerta del dormitorio conyugal, despertó a su marido, cuyo rostro le pareció gélido al tacto, y le expresó sus temores de que el niño hubiera dejado abierta la ventana de su cuarto.

Marido y mujer salieron al pasillo y, encaminándose sigilosamente hacia el dormitorio de su hijo, advirtieron que, en efecto, la corriente procedía de allí. El padre abrió la puerta del cuarto y una bocanada de aire congelado golpeó sus rostros. La ventana estaba completamente abierta, y a través de ella penetraba en la habitación el gélido aire de la noche y un remolino de copos de nieve, pero lo más asombroso era que el niño yacía completamente desnudo sobre la cama recibiendo de lleno aquel viento polar.

El matrimonio permaneció unos segundos en el umbral del dormitorio a causa de la sorpresa, y acto seguido, el padre se abalanzó hacia la ventana y la cerró de golpe, mientras la madre se acercaba a la cama y friccionaba con energía el cuerpo de su hijo igual que se hace con alguien al que se encuentra en la montaña congelado.

El niño tenía todo el aspecto de estar muerto. Sus ojos, completamente abiertos, aparecían velados por una fría escarcha, y en el extremo de sus labios una gota de saliva era como una diminuta perla de rocío.

La carne de su cuerpo tenía la textura del hielo, y su palidez era muy superior a la de la sábana sobre la que se apoyaba.

Aterrados por aquel espectáculo, se disponían ya a pedir ayuda cuando, muy poco a poco, el pecho del niño comenzó a moverse, y la rigidez de sus miembros fue desapareciendo. La escarcha de sus ojos se deshizo, y al cabo de un minuto, Emilio había recobrado su aspecto habitual, aunque su mirada de reproche continuaba siendo fría.

—¡Dios mío! —sollozó la madre—. Capaz de haber cogido una pulmonía. Su pobre corazón —añadió colocando su mano sobre el pecho del pequeño.

—Su pobre corazón —remedó cruel el niño con una voz profunda.

—Mañana por la mañana te llevaré al médico, quieras o no, para que te ausculte y te haga unas radiografías.

—No iré —repuso Emilio con seguridad.

—¿Por qué esa manía, hijo? —intervino la madre.

—Que no, he dicho.

—Eso lo veremos —repuso el padre tajante—. Y ahora a dormir.

Apenas sus padres habían abandonado el cuarto, Emilio se levantó, y abriendo de nuevo la ventana, se tendió sobre la cama a recibir la helada brisa de la noche.

Poco a poco su cuerpo fue adquiriendo un aspecto fibroso, mineral, congelado, y sus ojos abiertos quedaron petrificados y cubiertos con un velo de escarcha. La sonrisa infantil se heló en sus labios fríos, y la involuntaria contracción de su boca la convirtió en una terrible mueca. Todo en él permaneció quieto y solidificado. La sangre detuvo su fluir por las venas, los pulmones se plegaron sobre la membrana pleural, sus intestinos dejaron de contraerse con los necesarios espasmos, los nervios interrumpieron su conductividad. Solamente una cosa permanecía viva en su interior. Una cosa que, según todos los criterios científicos debería de estar muerta y fosilizada.

Si alguno de los visitantes del Museo de Ciencias Naturales, en lugar de efectuar un recorrido de rutina, se hubiera detenido en alguna de las vitrinas con especial interés, quizás hubiera observado que, en el lugar en que un pequeño cartel hablaba de un extraño fósil de origen desconocido, había una petrificada masa que se parecía más que nada a un corazón.

Si alguno de los vigilantes hubiera hecho su ronda nocturna de inspección, tal y como era su obligación, quizá se habría quedado sorprendido de ver cómo aquel extraño ejemplar petrificado no permanecía inmóvil, sino que se agitaba levemente imitando los movimientos de sístole y diástole de un corazón de niño.

Y si el doctor que atendía a Emilio hubiera tenido oportunidad a la mañana siguiente de examinar el pecho del niño, no hubiera dado crédito a sus ojos ni a sus instrumentos, porque dentro de la cavidad torácica del muchacho latía muy pausadamente un algo mineral y de aspecto leñoso, un extraño y remoto corazón mineral y fosilizado.

Así pues, mientras los padres del muchacho descansaban ya más tranquilizados en su cama, algo comenzó a surgir desde la alcoba de Emilio y empezó a extenderse por toda la casa. La atmósfera del pasillo se tornó gélida, los espejos se empañaron de escarcha, las lámparas incandescentes se fundieron y se hicieron pedazos, y todos los rincones de las habitaciones se llenaron de un depósito blanquecino que parecía nieve.

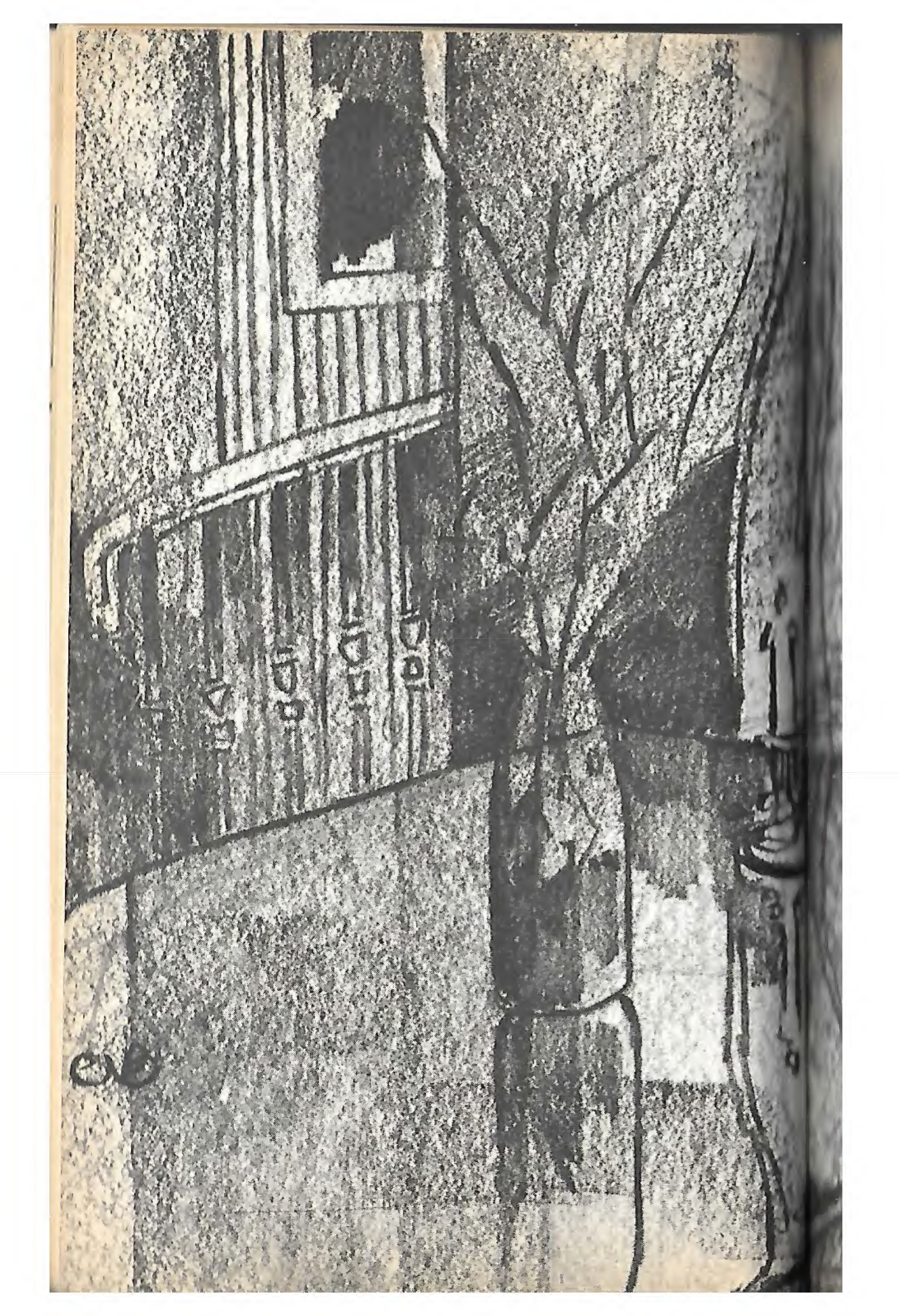
Aquel influjo prehistórico y remoto se deslizó por debajo de la puerta del dormitorio conyugal, y al punto el espejo del armario de luna se cubrió de escarcha. El agua que manaba gota a gota del grifo del lavabo quedó al instante congelada y el último aliento del matrimonio se condensó en sus labios.

Muy poco a poco, aquel mensaje del pasado se introdujo en los cuerpos de los padres de Emilio, que comenzaron a sufrir una transformación que de ordinario suele llevar siglos a la naturaleza. Su carne se

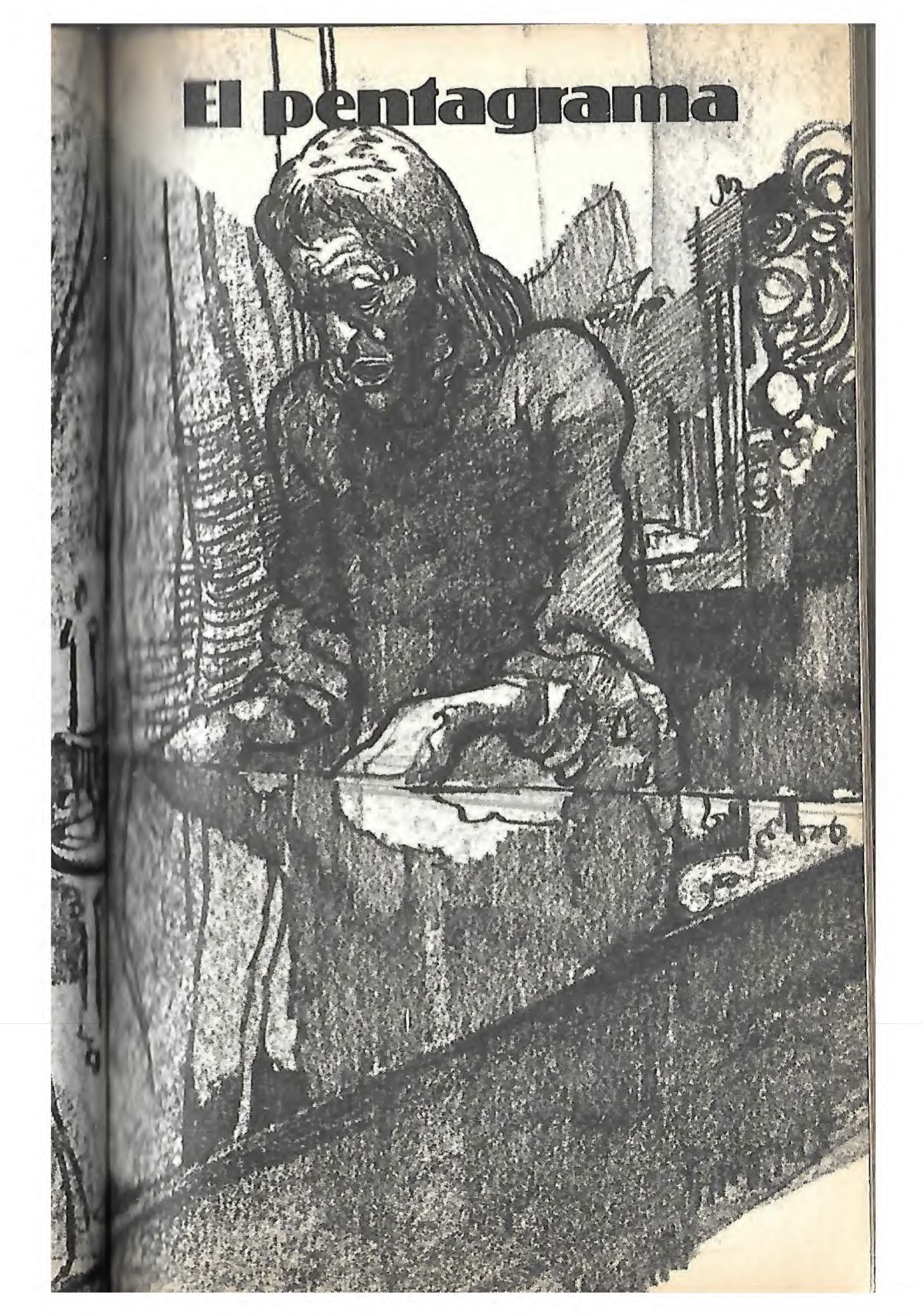
tornó fibrosa y quebradiza, su textura se hizo áspera al tacto y sus células constituidas por materia orgánica dejaron paso a formas minerales que sustituyeron a la sustancia viva por otra pétrea e inmóvil. Y al cabo de unas horas, ya no había dos cadáveres sobre la cama del matrimonio, sino dos esculturas de aspecto leñoso, dos estatuas yacentes, no de mármol, como es lo habitual en estos casos, sino esculpidas en minerales fósiles.

Cuando todo el proceso hubo finalizado, Emilio fue despertándose y, sin sentirse dueño de sí mismo, salió a la calle y se dirigió directamente al museo de Ciencias Naturales. Una vez ante el cual, y aprovechando la oscuridad nocturna, se deslizó en su interior a través de una de las ventanas entreabiertas. Caminó con aire de sonámbulo por las destartaladas galerías hasta que llegó a la gran sala de fósiles, y avanzando con gran seguridad a pesar de la falta de iluminación, se aproximó a la vitrina que tan bien conocía, y una vez que se encontró ante ella, se desplomó exánime sobre la madera del parquet y allí permaneció durante horas, el tiempo necesario para que se produjera una doble migración.

Cuando por la mañana unos turistas le encontraron muerto dieron inmediata noticia a los porteros, y el médico, avisado con toda rapidez, diagnosticó acertadamente que aquel niño había muerto de un fallo cardíaco. Pero en lo que nadie se fijó fue en el extraño fósil expuesto en el interior de la vitrina. Aparecía más lustroso y como recién pulido. Más misterioso y enigmático que nunca.



El pentagrama



El pentagrama

Delfín Rodríguez

Parecía como si su espíritu se hubiera apoderado de la mansión de Nácaro y vagase en su interior sin encontrar el reposo y el descanso definitivo.

A Vicenta y Angel



LA mansión de Nácaro pareció temblar y quebrarse. Una ráfaga de viento huracanado arrancó de cuajo algunas ramas de hiedra mientras un aluvión de tejas rojizas y curvas eran literalmente barridas del techo para acabar chocando violentamente contra el suelo.

La niebla, como una lluvia de ceniza, se fue apoderando del valle mientras la luna permanecía casi oculta suspendida en el cielo semejando la figura de un enorme queso blanco. Por las grietas de la mansión salían arrastrándose algunas notas de piano que tan pronto sonaban frenéticas y estrepitosas como parecían respirar una extraña melodía de ritmo cadencioso y asmático...

Desde que murió su esposa Laura, aquellas cuatro paredes como de franela gris y aquellos alerones atacados por la carcoma eran la tumba donde Víctor Larios había decidido enterrarse de por vida. El famoso pianista, perdida la ilusión, se dedicaba a aporrear con triste nerviosismo las teclas de su piano mientras sus cabellos grasientos se derramaban sobre los hombros disecados y perdidos en la profundidad de un mar de huesos.

De aquellos dedos largos y delgados que fueron un día la admiración del mundo, tan sólo quedaba una hilera de uñas desnutridas y amarillas en las que parecían esconderse un grupo deforme de yemas desgastadas a fuerza de golpear el marfil aceitunado, pero capaces aún de comunicar a las almas la fuerza indomable de su desesperado dolor.

Apenas unos metros más allá, fuera de la empalizada que cerraba como un indestructible muro de hierro el paso al mundo brillante de los escenarios, los recitales y las coristas, un muchacho joven inscribía su nombre y su apellido en los tableros luminosos de los teatros más importantes.

Miguel Arcadio, el prematuro genio, había surgido como de las entrañas de la tierra montado en la cresta de una ola azul que envolvía y apasionaba hasta el punto de verse asediado y perseguido e incluso —al menos en una ocasión—, despojado de parte de su inmaculado frac que fue a parar hecho girones a las vitrinas de sus implacables admiradores.

Víctor Larios quedaba atrás. Perduraba su trabajo y su memoria mientras el tiempo se encargaba de borrar las huellas del paso de su figura desgarbada y su caminar pausado y desesperadamente lento. Sí, Víctor ya era leyenda, la historia inacabada de un genio enigmático que se borró de la faz de la tierra como se borra y se diluye un suspiro que sale al aire.

«El insigne perdido», como alguien dio en llamarle, sólo era pasto de comentario entre los aficionados más añorantes. Miguel fue capaz de invadir por sí solo el panorama apasionante de los maestros y entendidos en el arte de hacer parir acordes con la ingeniosa combinación de los timbres y los tonos.

En la mansión de Nácaro la tormenta arreciaba por momentos. Víctor, sentado a los pies de la cama, permanecía absorto contemplando un retrato oval de Laura al que la llama de una vela parecía imprimir un extraño movimiento.

De pronto, una ráfaga de viento irrumpió en la alcoba levantando las cortinas hasta el techo. El furioso

golpe de aire apagó de un manotazo la vela y todo quedó sumido en la más profunda oscuridad. Víctor se levantó de un salto al tiempo que los goznes de la puerta comenzaban a chirriar.

Se puso pálido como la cera y comenzó a retroceder instintivamente unos pasos palpando con sus manos temblorosas la superficie de la mesa en la que permanecía la vela clavada en una palmatoria de cobre.

Sus dedos de pianista tropezaron contra una vasija de cristal que cayó al suelo haciéndose añicos. La luz de un relámpago dejó al descubierto su rostro cadavérico y sus ojos hundidos y aterrados, al tiempo que le dio un segundo para alcanzar la vela.

Luego, con ella en la mano y protegiéndose con un brazo del viento que se filtraba como un torbellino, se fue aproximando a la ventana. El cielo se rajaba en mil pedazos y la silueta de los árboles se adivinaba tras la niebla como un montón desordenado de fantasmas y esqueletos que se balanceaban como sumergidos en una macabra e imponente danza de muerte y destrucción.

Por fin logró cerrar, no sin antes haberse desliado de las cortinas que se hinchaban como las velas de un barco a cada golpe de aire y en las que había quedado enmarañado su cuerpo flaco y débil.

Sacó unos fósforos del bolso y encendió la vela. Luego la levantó por encima de sus ojos aproximándola al cuadro de su esposa que parecía mirarlo con infinita tristeza. El chirrido impresionante de los goznes comenzó a aflojar poco a poco y fue entonces cuando se dispuso a salir al pasillo para dirigirse a la sala del piano con paso temeroso y vacilante.

Una vez que hubo abierto la puerta, comenzó a avanzar dejando atrás la hilera de cuadros que adornaban las paredes. De pronto y a sus espaldas, se fue haciendo cada vez más nítido el ruido de metal de unas cadenas que parecían arrastrarse sobre el suelo tiradas por una persona de respiración profunda y jadeante. Hizo ademán de volverse, pero contuvo el

miedo y se quedó a medio giro siguiendo su camino hasta llegar a la sala.

Tomó una banqueta y se sentó ante el piano colocando la palmatoria sobre el tablero. Intentaba limpiarse el sudor de la frente con el dorso de la mano cuando un grito lejano y desgarrador le hizo descargar un golpe contra las teclas aceitunadas. De sus dedos y del vientre de aquel mueble viejo, pero mimado, comenzaron a fluir un torrente de notas con tal furia que pronto se sintió inmerso en un mundo de sonidos que poco a poco le fue aislando de la tormenta que se cernía sobre la mansión, de los gritos misteriosos y del pegajoso y estremecedor ruido de cadenas.

Al cabo de un buen rato, el sudor fue empapando todo su cuerpo hasta que las gotas comenzaron a chorrear desde su frente amarilla. La órbita de los ojos parecía tan profunda como el cráter de un volcán y tan negra como la misma boca de una mina. Los brazos, rotos de cansancio, fueron cesando en su loco tecleo mientras la tormenta, como en un acto de sumisión y homenaje, fue amainando hasta dejar a la noche sumida en un profundo silencio.

Alzó la vista y giró su cuello hacia la ventana: la luna apareció entonces más nítida que nunca tras los cristales, emparedada en el mismo centro del marco.

Víctor se fue incorporando. Las cortinas que cubrían una vieja estantería repleta de porcelanas bailaron débilmente, como en un último estertor. Tomó la vela casi consumida por la llama y volvió a cruzar el pasillo. Entró en su habitación y se tendió pesadamente sobre la cama. Las rodillas encogidas le rozaron el vientre en un palpitar convulsivo de terror.

Y sin embargo, nada de aquello le era nuevo. El ruido de cadenas, las respiraciones profundas y jadeantes e incluso los gritos desgarradores venían sucediéndose e impresionándole casi desde el mismo momento en que murió su querida Laura. Parecía como si su espíritu se hubiera apoderado de la man-

sión de Nácaro y vagase en su interior sin encontrar el reposo y el descanso definitivo.

No obstante, Víctor se negaba a abandonar aquel lugar querido. Estaba convencido de que a ella no le hubiese gustado. Además, creía haber descubierto la manera óptima de dar satisfacción a aquel espíritu atormentado y errante: cuando se sentaba al piano y golpeaba las teclas sin cesar, y casi con desesperación, los fenómenos que le martirizaban no tardaban en concluir.

Precisamente ese era el único consuelo que tenía y la única mano amiga a la que pudo aferrarse durante todos aquellos años para no abandonar la mansión o caer en una locura espantosa. Porque él, a pesar de lo que se pudiera pensar, sabía que no estaba loco, que las tormentas y los gritos no eran ficciones de una mente enferma.

Pero a veces su música parecía no ser del agrado del espíritu de Laura. Entonces los alaridos de mujer se hacían mucho más lastimeros y agudos. Tampoco podía interpretar viejas melodías a no ser con la claridad diurna.

Víctor tenía la profunda impresión de que su mujer sólo se veía saciada con nuevas creaciones. Se preguntaba a menudo cuántos miles de pentagramas hubiese llenado si hubiera escrito todas las notas de las obras que creó para ella...

Una de las noches en que los extraños fenómenos no habían tenido lugar, llegó a la mansión un personaje pulcramente vestido. Montaba un hermoso caballo negro y miraba con curiosidad en todas las direcciones. Animó al caballo a cruzar el recinto acotado por una empalizada de madera y desmontó ante la puerta principal.

Ató el animal a una de las dos columnas que flanqueaban la entrada y se detuvo unos momentos apoyado en su vientre. Luego alzó la mirada y pasó una rápida revista a la casa forrada de hiedra. Se aproximó a la entrada algo más y comenzó a subir los peldaños.

Cuando estuvo a escasos centímetros de la puerta, tomó el picaporte que imitaba la garra de un león y golpeó repetidamente.

Nadie respondió. Víctor, que como tantas veces permanecía sentado al borde de la cama contemplando el retrato oval de su esposa, se puso en pie e inmediatamente después, y creyendo interpretar los deseos de Laura representados por aquellos aldabonazos, cogió la palmatoria de cobre y se dirigió al salón. Una vez allí se sentó ante el piano, abrió la tapa cuidadosamente y comenzó a tocar sin desmayo.

El extraño personaje aguardó unos instantes apoyado en una de las columnas escuchando al viejo maestro. Cuando cesó la música golpeó de nuevo. Y de nuevo fluyeron notas como en un torrente interminable. Cuando cesó la melodía por segunda vez, el viajero insistió en los golpes, percatándose Víctor de que, o el espíritu de Laura estaba insaciable aquella noche o alguien llamaba a la puerta con obstinada insistencia.

Por fin se levantó de su banqueta para aproximarse arrastrando la planta de los pies hasta la ventana. Descorrió mínimamente la cortina y escuchó el relincho nervioso de un caballo. Levantó entonces la palmatoria y la hizo girar de izquierda a derecha. El desconocido, percatándose de la extraña actuación de Víctor, gritó desde abajo:

—¡Víctor!, ¡Víctor!, ¡ábreme! Soy yo, Mario, tu discípulo...

El anciano reconoció la voz y corrió entonces escaleras abajo como si de repente hubiera recobrado un poco de la fuerza que el aletargamiento en la mansión le había quitado. Sacó del bolso una llave y se apresuró a meterla en la cerradura. Cuando la puerta comenzó a abrirse los goznes chirriaron de la misma forma que lo hacían los de las otras puertas en las noches terribles en que aparecía el espíritu de Laura.

Pasados unos segundos de forcejeo, maestro y discípulo quedaron frente a frente. Víctor levantó la

palmatoria para verle mejor la cara y los dos permanecieron un buen rato en silencio. Al final le tomó de la mano y le introdujo en el salón. Por la mejilla agotada del pianista rodaron unas lágrimas de emoción.

Una vez dentro, volvió a alzar la palmatoria, para irla desplazando hacia la derecha en que estaba situado el viejo diván en el que le invitó a sentarse. Víctor colocó una mano sobre la frente y comenzó a contarle alguna de las extrañas historias que le venían sucediendo desde que murió su esposa.

Mario le miró preocupado. El aspecto de su amigo era el de un loco, aunque se resistía a creerlo. Fue quizá por eso por lo que acabó riendo con fuerza mientras Víctor inclinaba la cabeza sintiendo en sus mejillas el picor de la vergüenza.

Mario le rogó que le perdonara y pasó a explicarle el objeto de su visita. Deseaba que volviese a componer, que recomenzase su vida de nuevo. Todos —le decía— necesitaban de su genio. Víctor le escuchaba en silencio, sin articular una sola palabra.

Al fin, en un intento desesperado, Mario le habló del nuevo prodigio —Miguel Arcadio—, abundando en glosar las extraordinarias obras que el joven había compuesto. Incluso reconoció con profundo dolor que el nuevo maestro había superado en ocasiones al increíble Víctor Larios.

Pero no logró convencerle. Víctor seguía inmerso en su caparazón comenzando a molestarle la presencia del amigo. En todos esos días el espíritu de Laura no hizo acto de presencia tal y como Víctor deseaba para que su amigo no le tomase definitivamente por un loco irrecuperable y se diese cuenta de que todo cuanto le había contado era cierto.

Una de las noches, poco después de acostarse, la ventana de la habitación de Víctor se vio sacudida por un impacto y un extraño proyectil rodó por el suelo. Víctor se levantó temblorosamente, encendió la vela y buscó con afán por el suelo. Al cabo de unos momentos descubrió con terror el cuerpo de un repelente grajo con la cabeza arrancada.

Lo tomó por las patas y se dirigió al piano dejando un chorro de sangre a su paso. En el camino pudo escuchar el nítido chirriar de algunos goznes, el ruido metálico de las cadenas que parecían reptar como serpientes, la respiración honda y jadeante, los gritos de mujer... Tras depositar el grajo y la palmatoria sobre el piano, comenzó a tocar frenéticamente.

Mario permanecía en su cama, atento a las evoluciones del anciano y con una mueca inconfundible de terror en su cara: ¿sería cierto todo lo que su maestro le había contado? Sintió cesar la música y se dispuso a levantarse. Había escuchado una fantástica creación del viejo Víctor que le dejó casi tan anonadado como todo aquel cúmulo de fenómenos extraños.

Mientras tanto, el pianista observó incapaz de mover un dedo una sombra que se movía acompasadamente sobre una de las paredes. Hizo acopio de fuerzas y, apoyándose en el piano, se puso en pie para dirigirse hacia ella como arrastrado por una poderosa fuerza. Cuando ya casi la tenía al alcance de su mano, levantó la palmatoria para conocer el rostro que se ocultaba tras aquella misteriosa aparición.

Todo su ser temblaba de miedo y emoción. Estaba convencido de que era Laura, no podía ser nadie más. Hizo un supremo esfuerzo y logró articular su nombre. La respuesta de aquella sombra fantasmagórica no se hizo esperar: dos disparos atravesaron su corazón incustrándose uno de ellos en la cabeza de un búho disecado que estaba al otro lado del pasillo.

Mario se irguió, apoyó su espalda contra la pared y permaneció en silencio. Luego abrió lentamente la puerta y comenzó a avanzar por el pasillo. A no más de cuatro o cinco metros estaba el viejo maestro, tendido en el suelo boca arriba y con los ojos muy abiertos. En su mano derecha tenía aferrado un papel blanco y, junto a su cabello largo y grasiento, la palmatoria con la vela partida en dos pedazos.

Mario se llevó las manos a la cara y se enjugó unas lágrimas. Luego lo tomó con infinito cariño entre sus brazos y se dirigió con el cadáver, que pesaba menos

que una pluma, al salón. Lo depositó en el diván y se mesó los cabellos con rabia al tiempo que se sentaba en un rincón, apoyado entre el vértice de dos paredes.

Luego volvió a levantarse. Estaba ciego de ira. Agarró la tapa del piano y la golpeó violentamente. Vio el bulto del grajo decapitado y lo agarró por la cola para lanzarlo contra el suelo. Volvió de nuevo la vista al maestro y, aproximándose a él, le arrancó el papel de la mano. Era un pentagrama en blanco sobre el

Era un pentagrama en blanco sobre el que apenas se podía distinguir un grupo de notas marcadas por la fuerza de una pluma. Seguramente sobre él se había escrito el original. Se acercó a la ventana y pudo distinguir a la luz de la luna las suficientes notas como para darse cuenta de que se trataba de la obra que Víctor había tocado esa misma noche.

No pudo evitar un sobresalto del corazón. Allí, en la mansión de Nácaro, había una increíble colección de obras. Su amigo Víctor no había dejado de componer. Y todo eso estaba allí...

Rápidamente cayó en la cuenta de que no era aquello lo importante. Víctor, el gran amigo, había muerto: eso era lo trascendente. Pero, ¿por qué? ¿quién iba a querer asesinar a un hombre que no sólo no hacía daño a nadie, sino que llevaba años enterrado en su mansión?

* * *

Los días pasaron y nada ni nadie podía aportar algún indicio acerca de la muerte del viejo pianista. Incluso en el colmo de las suposiciones, Mario había pensado en la posibilidad de que Laura no hubiera muerto y ella misma —por nadie sabe qué motivos—, le hubiese matado tras atormentarle años y años. Pero no podía ser, él mismo había visto el cadáver de Laura en el féretro.

Habían transcurrido ya tres largos meses y las esperanzas de descifrar el enigma que rodeaba a la

muerte de su amigo Víctor se esfumaban por momentos. En su afán de descubrirlo había llegado a pedir permiso para vivir unos días en la mansión de Nácaro. Y lo hizo, pero los extraños fenómenos, los espíritus o lo que fuese, ya no estaban. ¿Qué había sucedido?

Volvió de nuevo a los conciertos y, concretamente, asistió al estreno de una nueva obra de Miguel Arcadio. El joven maestro se sentó ante el piano tras saludar al público que abarrotaba la sala y las notas de su obra «In memoriam», dedicada precisamente a Víctor, sonaron como jamás lo había hecho ninguna de sus anteriores obras.

Mario, que ocupaba una fila preferente, estaba atónito, agarrotado en su butaca: ¿sería posible lo que sus oídos estaban percibiendo? Como incapaz de creer tamaña atrocidad, echó mano al bolsillo y sacó un papelito doblado en cuatro pliegues. Luego lo desenvolvió con sumo cuidado para clavar su vista en él. Las manos le temblaban y el corazón le latía con fuerza.

Finalmente alzó de nuevo la mirada al escenario, apretó los puños y dio un grito helador que dejó de piedra a toda la sala:

—¡¡¡Nooo...!!!

Salió corriendo, saltando materialmente sobre alguno de los espectadores y dio un brinco enorme hasta el escenario. Cogió a Miguel Arcadio por la solapa de su inmaculado frac y tiró de él con tal furia que le hizo rodar por el suelo. Volvió a cogerle y le arrastró como a un perro hacia la parte de atrás de las cortinas. El telón se corrió mientras el público, que no había salido de su asombro, permanecía en pie mirando atónito la escena.

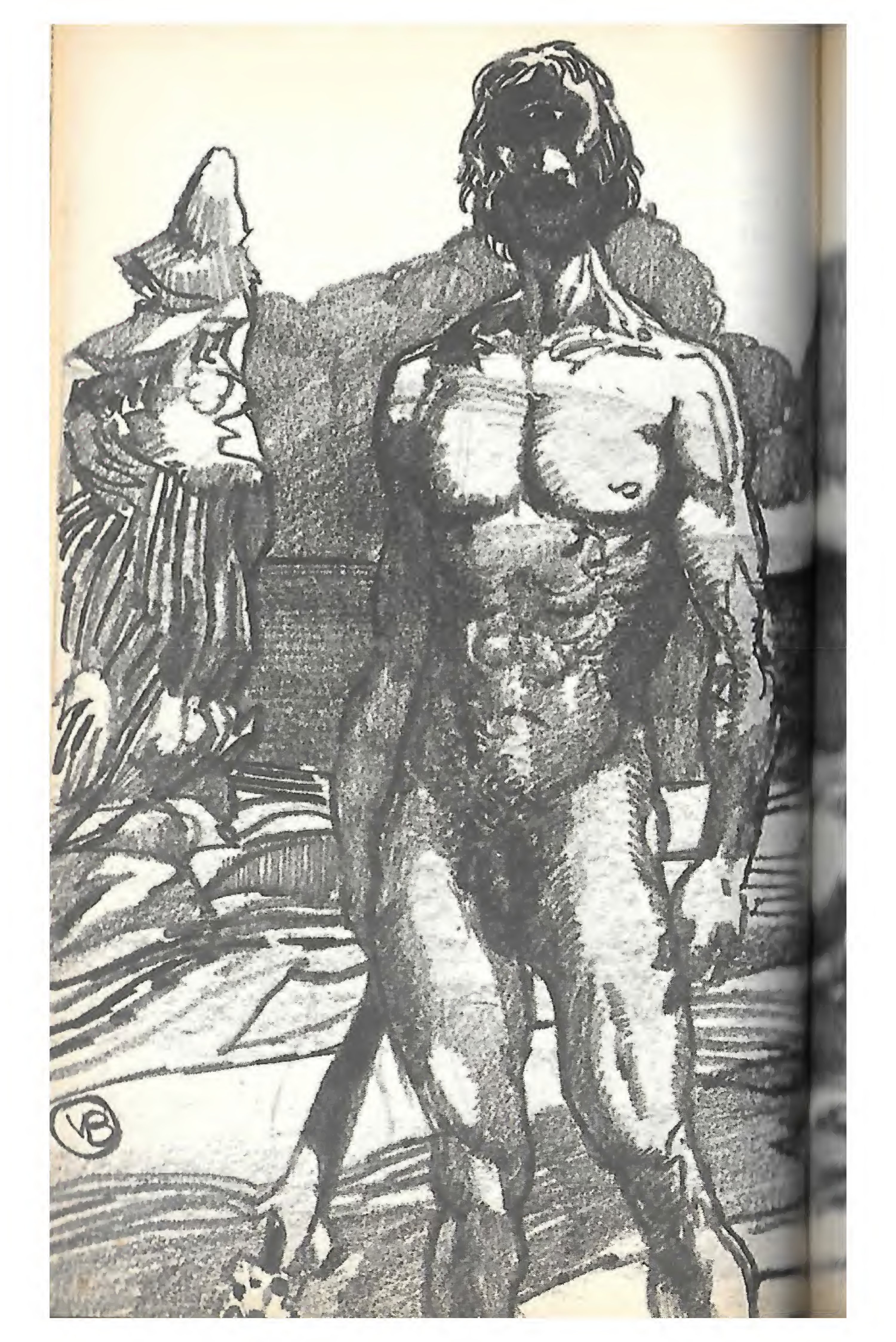
Una vez en el camerino de Miguel, Mario cerró la puerta con llave y aprisionó al pianista por el cuello al tiempo que seguía gritando presa de un terrible ataque de nervios:

—¡¡¡No... no, díme que no es posible!!!

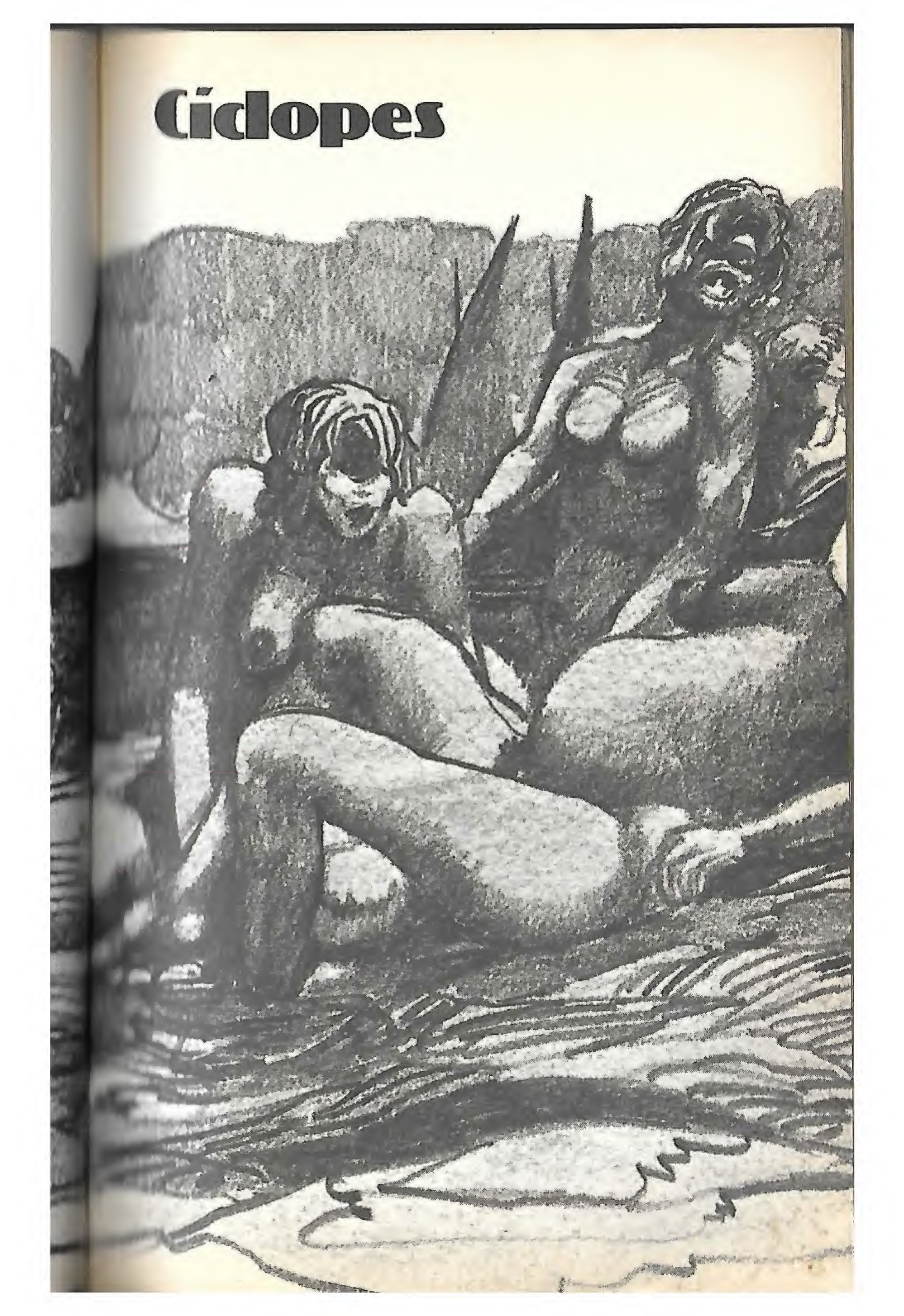
El joven genio palideció, se apoyó en el respaldo de una silla y miró a Mario con ojos suplicantes. Este le metió el papel desplegado entre los ojos y Miguel inició lo que iba a ser su confesión:

—Sí. Durante muchas noches le atemoricé con el objeto de que tocara el piano. Yo copié las obras que él iba creando. Aquella noche me descubrió al final del pasillo y al querer levantar la palmatoria para ver mi rostro...

Mario, fuera de sí, no le dejó continuar. Volvió a aferrar su cuello y apretó con ira infinita. El papelito que Mario había sacado del bolso no era otra cosa que el pentagrama que Víctor tenía en la mano la noche de su muerte. Las notas con que comenzaba la obra «In memoriam» que Miguel pretendió hacer suya, eran bien conocidas de Mario y aún se podían leer, no sin cierta dificultad, marcadas en el papel blanco que Mario había recogido de la mano disecada del cadáver de su amigo, el maestro Víctor Larios.



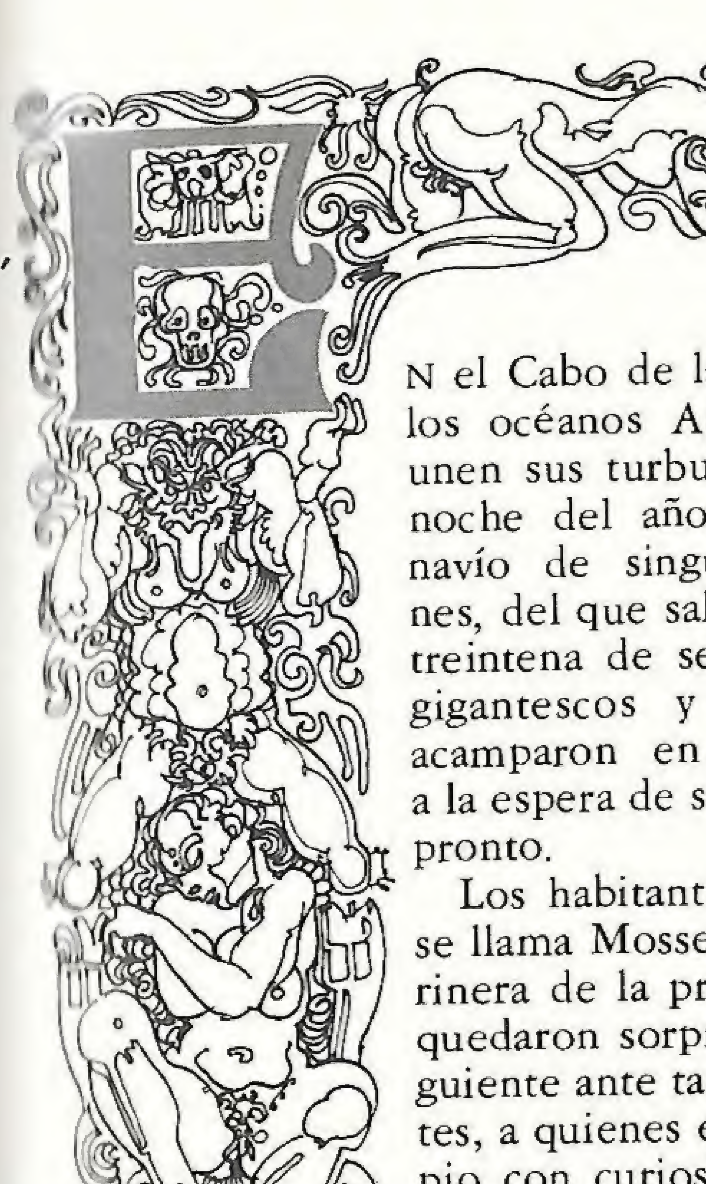
Cíclopes



Cíclopes

J. Leyva

Sólo existía una manera de enfrentarse a los terribles y extraños gigantes que asolaban la aldea... Se trataba de una solución cruenta, definitiva, pero aquellos hombres —doloridos y angustiados— no dudaron en afrontarla un sólo instante.



EN el Cabo de las Agujas, donde los océanos Atlántico e Indico unen sus turbulentas aguas, una noche del año 900 encalló un navío de singulares proporciones, del que saltaron a tierra una treintena de seres monstruosos, gigantescos y hercúleos, que acamparon en la playa, como a la espera de ser rescatados muy pronto.

Los habitantes de lo que hoy se llama Mossel Bay, ciudad marinera de la provincia del Cabo, quedaron sorprendidos al día siguiente ante tan extraños visitantes, a quienes espiaron en principio con curiosidad y recelo, especialmente por algo que suscitaba poderosamente su atención: los recién llegados poseían un solo ojo en mitad del entrecejo.

Los nativos, aun sin ser un pueblo ignorante, no es fácil que conocieran las descripciones de Homero en la *Odisea* acerca de esos seres de la mitología, hijos de Poseidón y Afrodita, fieles a Polifemo. Los cíclopes —pues tal es su nombre— perecieron todos, según la leyenda, a manos de Apolo. No obstante, se cree que este pueblo indócil y salvaje construyó las murallas de Micenas y Tirinto, com-

puestas unos 3.000 años a. de J.C. por enormes bloques de piedra, sin aglutinante de ningún tipo.

Míticos o reales, lo cierto es que los ocupantes de aquella nave de amplísimas velas encallada frente al Cabo de las Agujas, eran auténticos cíclopes, surgidos de nadie sabía dónde y llegados hasta allí a través de una ruta no menos desconocida.

En cualquier caso, la espera de los cíclopes se prolongaba, sin que aparentemente pudiera establecerse qué aguardaban y cual fuera la naturaleza de la ayuda que precisasen. Los nativos, expertos en marinería, miraban ocultos en las rocas próximas a la playa, preguntándose qué nave sería capaz de remolcar mar adentro la enorme embarcación de los extranjeros.

De momento, a esto se reducía todo. El jefe de la tribu costera, Urk, se había reunido con los representantes de los distintos grupos familiares, y todos estuvieron de acuerdo en dejar pasar el tiempo hasta ver si los gigantes se marchaban, aunque sin abandonar la prudente vigilancia que acordaron en principio.

Una noche, sin embargo, la aldea del Cabo despertó horrorizada por los gritos de dolor que procedían de la playa donde estaba el campamento de los cíclopes. Seguido de sus guerreros, Urk se dirigió a los puestos de observación en las rocas, desde donde todos ellos presenciaron un espectáculo tan insólito como espeluznante.

Una de las mujeres cíclope estaba en trance de dar a luz, y los dolores del parto le hacían proferir aquellos gritos que despertaron a los nativos. Tumbada bocarriba en un montículo de arena preparado al efecto, las enormes piernas abiertas y el único ojo de su rostro ensangrentado por el esfuerzo, la cíclope jadeaba como un animal mientras dos de sus compañeros le presionaban el vientre —uno de ellos daba saltos de vez en cuando sobre el bulto— y varias mujeres manipulaban la vagina de la parturienta.

Iluminada la playa por una gran fogata, las monstruosas sombras de los cíclopes se proyectaban sobre el mar —ahora en calma— como ramas de árboles

milenarios y colosales agitadas por el viento. Un alarido prolongado y agudísimo hizo que los que presionaban el vientre de la mujer abandonaran esta tarea, en tanto las comadronas aferraban con toda firmeza la cabeza del feto, que asomaba al exterior su descomunal volumen. Por fin, el cuerpo del cíclope recién nacido —su tamaño era como el de un hombre de estatura normal— fue levantando cabeza abajo por una de las comadronas, que azotó con inusitada violencia a la criatura, un varón rojizo y musculoso, que lanzó al aire un escalofriante lloro.

Pero algo imprevisto interrumpió lo que podía interpretarse como regocijo generalizado de los cíclopes, y la comadrona, con un gesto de infinita repugnancia, arrojó al suelo el cuerpo aún desnudo del recién nacido, que acto seguido fue rodeado por todos los componentes de la expedición —a excepción de la madre, todavía echada en la arena.

Los indígenas del Cabo no podían ver ni entender lo que hacían y comentaban los cíclopes, pero sí advirtieron la creciente inquietud con que los gigantes miraban con su único ojo el cuerpo aherrojado del nuevo miembro de la comunidad que bramaba en la tierra como un degollado.

Y lo que no acertaban a ver los asombrados habitantes de aquella aldea del Cabo de las Agujas, era el rostro del recién nacido, donde en lugar del solitario ojo de la raza había dos globos oculares, estigma con que el destino parecía castigar a los padres de la criatura y a la comunidad de cíclopes.

El lamento que profirió la madre, al conocer por boca de la comadrona la terrible desgracia, se prolongó en la lejanía de los dos océanos fronterizos, perdiéndose finalmente en la distancia.

La reacción de los gigantes no se hizo esperar. El padre del pequeño monstruo, tomando a su vástago con notorio desprecio, se introdujo en las aguas hasta que éstas le llegaron a la altura del corazón. Luego, como si se tratara de una ceremonia ancestral cuyo ritual llevase en la sangre, elevó a las alturas el

cuerpo del recién nacido y lo hundió acto seguido en la profundidad, hasta ahogar su vida y sus gritos.

Los cíclopes habían avivado el fuego, hincado dos grandes estacas en forma de «Y» a ambos lados de la lumbre, y atravesado con un hierro puntiagudo el cuerpo ya sin vida del monstruo, de modo que le entraba por el ano y le asomaba por la boca, teniendo las piernas y los brazos bien sujetos con sólidas cadenas.

Situado, pues, al aire y encima de la fogata, el cuerpo del recién nacido se doraba como una res, en tanto los demás miembros de la comunidad de cíclopes lo preparaban todo para el festín, que dirigían y orquestaban los padres del desdichado.

Para los indígenas esta ceremonia no era del todo desconocida, y sabían de la existencia, tierra adentro, de tribus antropófagas, que de forma muy similar condimentaban y se comían a sus prisioneros. Nunca, en cambio, supieron de grupo cercano alguno que practicara la antropofagia con los miembros de su familia, costumbre que, según opinión de los científicos africanistas expertos en la materia, se desarrolló en años posteriores.

En todo caso, lo que veían en la playa era para ellos totalmente nuevo, como lo puso de manifiesto el hecho de que permanecieran allí ocultos, espectadores del festín y de la subsiguiente orgía sexual de los cíclopes, enervados tras comerse al recién nacido y muerto, a manos de su progenitor, poco después.

La incontenible virulencia amorosa de los cíclopes convertía a estos gigantes en verdaderos monstruos, insaciables en grado sumo y capaces de llevar su indómito apetito a extremos inauditos. Las parejas, cuya unión sexual se asemejaba a la turbulencia de un seismo que levantara y dejara caer en su mismo seno la eminencia de una montaña de carne, se revolcaban en la extensión de la playa con más angustia que placer, entrelazados sus poderosos miembros, unidas sus descomunales bocas en besos de inusitada voracidad,

anhelantes y rudos en pos de unas sensaciones que parecían huir de sus colosales zonas erógenas.

En un momento dado Urk quiso llevarse a sus guerreros, angustiado ante espectáculo tan dramático como el que presenciaba desde las sombras.

La exhibición, por parte de uno de los cíclopes, de su pavoroso falo, de forma exagonal y prolongado como una pierna de hombre normal, había puesto en intensa conmoción a su compañera de lecho, que gesticulaba tal que una bestia en celo.

En otro lugar de la playa tenía efecto una escena igualmente truculenta: dos cíclopes luchaban completamente desnudos por la posesión de una hermosa gigante, que contemplaba con satisfacción plena a los rivales y los estimulaba con la muestra de sus ingentes encantos. Debido a una momentánea distracción por esta causa, uno de los colosos había hincado los poderosos dientes en la yugular de su adversario, cuya sangre comenzó a salir, como de un manantial, a borbotones. El herido, sin conceder mayor importancia a este hecho, buscaba con los cebados dedos el único ojo del otro; y cuando finalmente alcanzó a tocarlo, metió en la cuenca todo el puño, hurgando a continuación en el interior con inusitada brusquedad, hasta dejarlo completamente ciego y colgando como una vejiga de elefante, sanguificada y repulsiva.

Antes de abandonar su puesto de observación, los indígenas del Cabo aún tuvieron ocasión de presenciar cómo los cíclopes llevaban a buen término un salvaje juicio sumarísimo, presidido por el que parecía ser capitán del navío, contra un anciano miembro de la comunidad.

Por las voces —incomprensibles de todo punto para los nativos— y gestos, era posible deducir que el acusado iba a ser condenado sin apelación de ningún género. Quedaba por saber en qué consistiría el castigo.

La contestación a esta pregunta no se hizo esperar. Dos de los cíclopes, que habían actuado en el juicio como guardianes del detenido, llevaron a su anciano

compañero hasta el barco encallado, a cuyo palo mayor lo encadenaron fuertemente. Antes de retirarse, untaron el ojo del viejo cíclope con una sustancia gelatinosa, hecho que suscitó las protestas, lamentos y sollozos del prisionero. Pero nadie atendió sus lastimeras quejas y poco después, los cíclopes, reunidos en círculo en la playa, frente al navío, comenzaron a emitir extraños graznidos, azureos y silbos, como si trataran de reclamar a algún pájaro.

Tal era, en efecto, su propósito, como pudo comprobarse al fin. Una nube de pajarracos inmundos cubrió la trayectoria de la luz lunar sobre la playa, dirigiéndose en seguida, sin duda atraidos por el aroma de la sustancia impregnada en el ojo del anciano cíclope, a la cabeza del prisionero, donde se cebaron en sucesivos y vigorosos ataques hasta destrozar la voluminosa cabeza del viejo, que, decapitado, luchó aún durante mucho tiempo por librarse de las cadenas.

Los pájaros, incitados una y otra vez por los verdugos, desgarraron el cuerpo del condenado, dejando sus huesos desnudos, sin el menor rastro de carne.

Por último, los cíclopes jugaron con la cabeza del anciano, golpeándola con los pies y pasándosela unos a otros como si fuese una pelota.

Asqueados y enfermos de espanto, regresaron los guerreros de Urk junto a su jefe hasta su aldea, sin acertar a explicarse tanta brutalidad. Pasaron el resto de la noche desvelados y expectantes, tal que si temieran el ataque imprevisto de aquellos monstruos despiadados de un solo ojo, circunstancia ésta que parecía conferirles una visión particularmente odiosa de la vida.

Sus elementales herramientas —útiles nada más para la caza y la pesca— carecían de todo valor defensivo ante la fuerza de los cíclopes. De otro lado, ¿qué no sería necesario para contrarrestar la violencia de aquel pueblo extranjero? Ni siquiera la huida, adentrándose en la espesura de las selvas cercanas, los li-

braría de una muerte segura y atroz, si los gigantes decidían atacar la aldea.

Los salvajes hábitos de los cíclopes parecían contar con la violencia como mejor medio de solventar cualquier litigio o situación conflictiva. La comida, el deseo y la justicia, cosas de las que habían hecho uso en la playa, tuvieron unas consecuencias ciertamente terribles para las víctimas y protagonistas de estas manifestaciones humanas. Pero, ¿eran humanos los cíclopes? ¿Serían capaces de comprender, llegado el caso, la diferencia entre ellos y los indefensos hombres normales?

No eran injustificados los temores de Urk, el jefe de la tribu.

La prolongada espera a que se veían sometidos los tripulantes de la extraña nave, terminó por desequilibrar a los cíclopes. Acabadas sus reservas alimenticias, se adentraron un día en la aldea, arrasando a su paso cuanto había.

El sádico placer con que acosaban, reducían y se comían, sin más, a los niños, especialmente a los niños —cuya cacería era para los monstruos un divertido pasatiempo—, dejaba inermes a los restantes miembros de la tribu, muchos de los cuales fueron hechos prisioneros, llevados al campamento y asados a fuego lento, como hicieran con el desdichado recién nacido.

De poco sirvió la valiente resistencia de los guerreros de Urk, como tampoco las lágrimas de las mujeres y el temblor enfermizo de los ancianos.

Después del terrible y devastador ataque, Urk hizo recuento de su gente. Del millar de habitantes de la aldea, tan sólo habían sobrevivido veinticinco hombres y cuatro mujeres, heridos en su mayor parte.

El dolor y la angustia no eran suficientes para ahogar los sentimientos de venganza de los indígenas, que no dudaron un instante en aceptar la proposición de su jefe, Urk, tenido por hombre ponderado y sabio administrador de justicia entre su pueblo.

En un apartado lugar de la selva próxima, había una

plantación de lo que hoy se conoce con el nombre de *Atropa belladona,* solanácea cuyas bayas son venenosas y de la que se extrae la atropina, droga fortísima en su estado natural. Urk, que había heredado de sus mayores el conocimiento de las propiedades de aquellas plantas, ordenó a sus hombres que recogieran abundantes hojas y raíces, las machacaran en un mortero y, uno después de otro, bebieran de su contenido.

Los nativos no tardaron en estar ebrios gracias a la ingestión de la sustancia venenosa, envenenándose ellos mismos irremediablemente.

Acto seguido emprendieron vacilante caminar hasta el campamento de los cíclopes, a cuya voracidad se ofrecieron voluntariamente.

Sabido es que la atropina produce la dilatación de la pupila y gravísimas alteraciones cerebrales, así como excitación en grado sumo, delirio y fiebre, efectos que causan la muerte sin duda, tanto más inmediata y dolorosa como sea la dosis tomada.

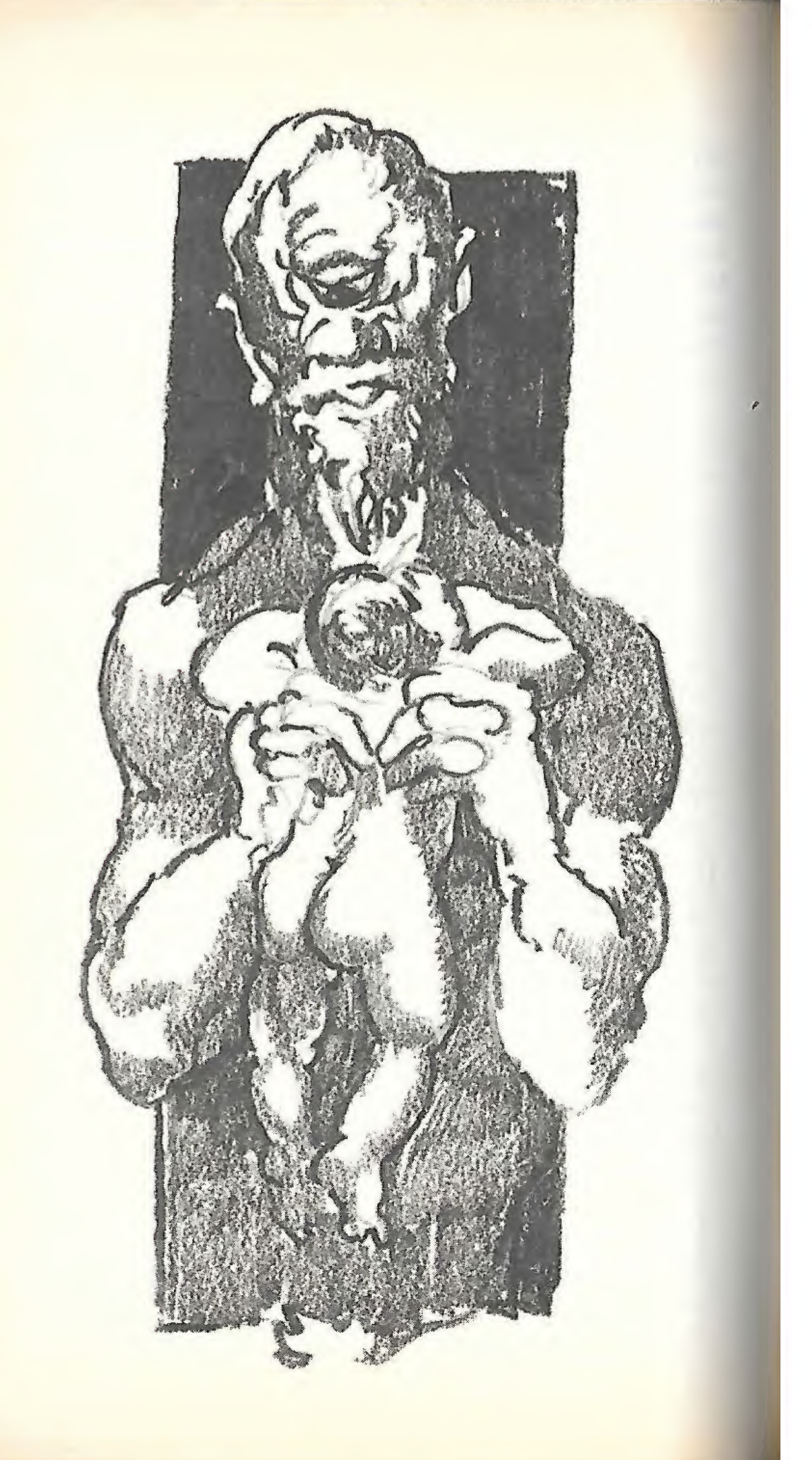
De este modo, a las pocas horas de haberse comido a los últimos habitantes de la aldea, Urk, su jefe, oculto en las rocas cercanas a la playa, contempló la materialización de su venganza. Envenenados por el veneno que habían ingerido los nativos a grandes dosis, los cíclopes fueron cayendo uno tras otro en un estado de locura indecible, luego de sentir cómo la pupila única de su ojo gigantesco se dilataba hasta hacerles perder la noción de lo real.

Mientras unos se adentraban en el océano, buscando en las aguas el antídoto al fuego que incendiaba sus enormes cerebros, otros enterraban la cabeza en la arena de la playa, bebiéndosela ansiosamente, desesperados y furiosos.

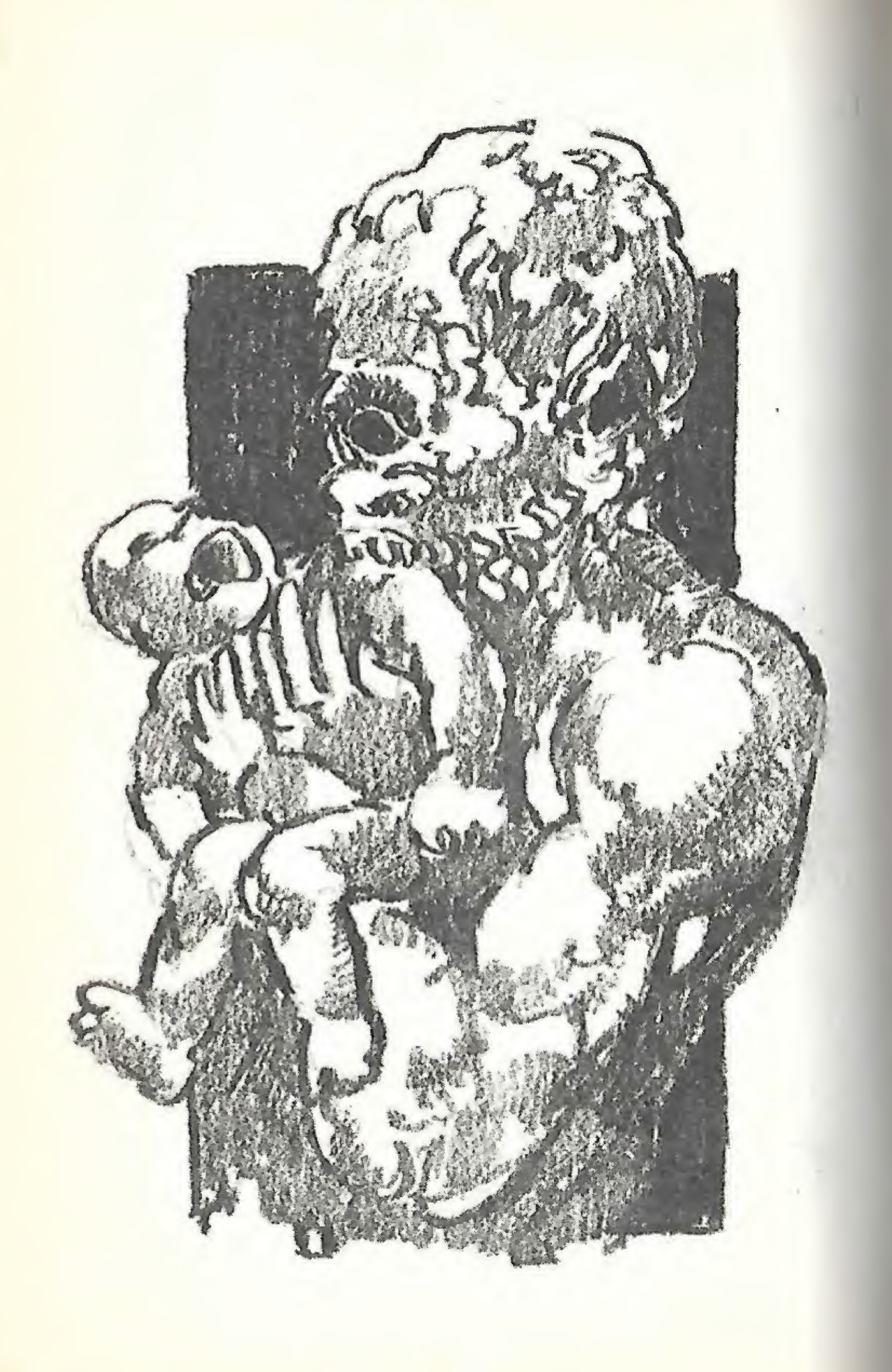
La larga agonía de los cíclopes duró varios días y varias noches. Pero Urk, el jefe de la desaparecida tribu del Cabo de las Agujas, no se movió del sitio, hasta ver consumada la venganza. E incluso allí permaneció, quieto y ensimismado, como un testigo indestructible, hasta que el viento, la humedad y los

huracanes que engendran los dos océanos, borraron el último vestigio de los cíclopes y su extraña nave de grandes velas.

Sólo después, viejo y sin fuerzas, retornó al vacío solar de su aldea. El viajero que cerró sus ojos un día escuchó de labios de Urk los detalles de esta leyenda, transmitida luego de boca en boca.



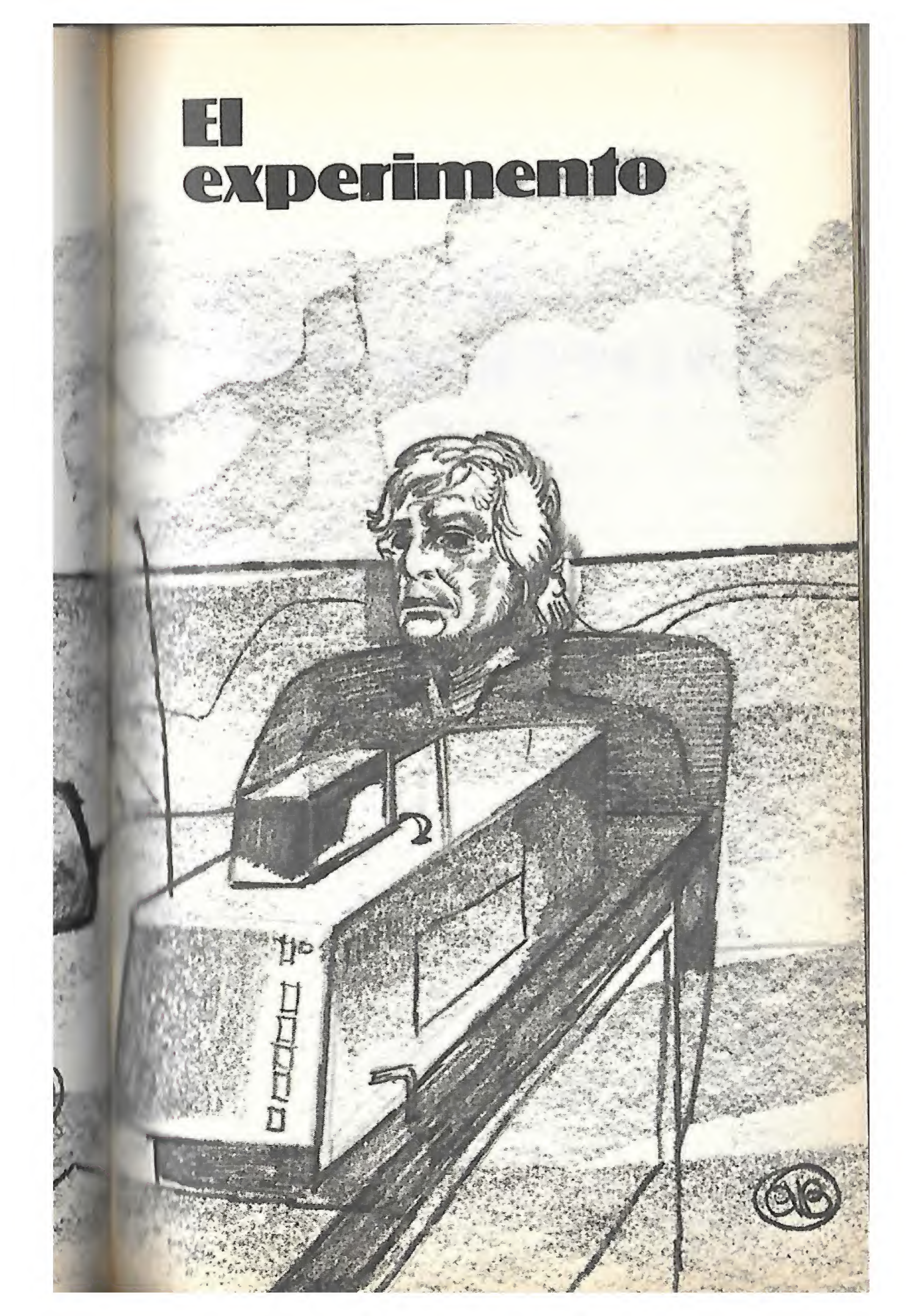








El experimento



El experimento

Versión de Vicente Robles del relato original de Antonio José Alés.

La prueba a la que voluntariamente iba a someterse, tenía el más noble de los fines: erradicar para siempre del Planeta Tierra el fantasma del hambre.



COMO periodista especializado en temas científicos, de ninguna manera podía rechazar la invitación del Dr. Gonzaga para asistir al experimento que se disponía a realizar. Conocí al doctor personalmente durante una conferencia que pronunció en la Universidad de La Laguna hace dos años y después de la larga entrevista que mantuve con él, estaba plenamente convencido de que no molestaría a la gente de la prensa por un asunto vanal; se debía de tratar de algo verdaderamente importante.

Cuando llegué a la casa del doctor, un precioso chalet de dos plantas situado en las afueras de la gran ciudad en una zona residencial con un gran jardín poblado de vegetación a su alrededor, reconocí en seguida a varios compañeros de la profesión del país, así como a otros extranjeros. En total deberíamos de ser unos dieciocho o veinte asistentes al evento y esto confirmó mis anteriores sospechas de que se trataba de algo importante. Aunque la mayoría éramos viejos amigos, con las presentaciones de unos a otros terminamos conociéndonos todos, y al poco rato se inició una animada conversación en la que el tema era, por supuesto, las

especulaciones sobre el experimento que se iba a verificar aquel día.

Pocos minutos más tarde apareció el doctor en la sala y se hizo un silencio casi sepulcral durante breves segundos. Era un hombre alto, canoso, ya muy entrado en la cincuentena de años. Su semblante aparecía seguro de sí mismo y tras una rápida ojeada a la sala se dirigió a nosotros:

«Señores —comenzó diciendo—, en primer lugar expresar mi más cordial agradecimiento a todos ustedes por haber acudido a esta cita. Como ustedes comprenderán el asunto que me ha motivado a solicitar su presencia en mi casa, lo considero lo suficientemente importante como para haberme tomado la molestia de importunarles.

»Creo que se encuentran aquí los más cualificados profesionales del mundo de la información en el tema científico; he querido que sea así para evitar futuras malas interpretaciones en los medios de difusión que ustedes representan. Su prestigio y su profesionalidad están contrastados mundialmente. Así espero que el desarrollo y posterior resolución del experimento que voy a llevar a cabo en su presencia, sea narrado en sus más estrictos detalles y de una manera concreta y veraz.

»Bien, pero vayamos de una manera directa al tema de esta reunión. Mi último contacto con alguno de ustedes fue por el motivo de dar a conocer al mundo el último adelanto en medicina inventado por mí: el R-U-9, como yo le he bautizado. Recordarán que se trata de un pequeño emisor de radio, del tamaño de una lenteja más o menos, que se implanta en la región subcutánea de un enfermo. Este pequeño aparato emite las constantes vitales del hombre que lo tiene introducido en su cuerpo y conectado a una central instalada en un hospital que recoge todos los datos. De esta manera se puede seguir paso a paso la evolución de cualquier enfermedad: los cardíacos pueden hacer una vida completamente normal, pues si hubiera algún incidente previsible la central le

avisaría inmediatamente; los diabéticos tienen un control exacto de su contenido de azúcar en sangre; cualquier enfermedad crónica es vigilada desde la central.

»La vigilancia desde la central es completamente automática y sólo necesita de dos o tres personas que estén pendientes de la pantalla por si en algún momento aparece una cifra en clave. Esta sería el número del paciente que tiene implantada la lentejuela, y significaría que alguna de sus funciones vitales estaría en peligro; así, no hay más que localizar al paciente para que se dirija inmediatamente al hospital y, allí, con los medios adecuados tratarle su prevista enfermedad. Como ustedes comprenderán y debido a la cantidad de enfermos que puede controlar, este invento resolvería de una manera inmediata el problema de la ocupación de camas en los centros sanitarios. Pero pese a su bajo coste, tanto de la instalación de la central como de la implantación del pequeño emisor en el cuerpo, las autoridades no han querido utilizarlo por motivos que no he llegado a comprender».

Multitud de interrogantes invadieron mi cabeza en ese momento ya que yo no había tenido más que una ligera noticia de este último invento mostrado por el profesor. Cuando ya de mi garganta iba a salir la primera pregunta, el doctor Gonzaga pareció darse cuenta de mi ansiedad; con un gesto me hizo enmudecer y siguió diciendo:

«Más tarde tendrán tiempo todos ustedes de hacer cuantas preguntas quieran, pero ahora es necesario que continúe con mis explicaciones.

»Aunque todos los detalles que les he dado sobre el «R-U-9» les serán de utilidad más adelante, como luego comprobarán, el motivo de esta cita con ustedes es otro muy distinto.

»En primer lugar he de decirles que han sido muchos los años de trabajo y estudio hasta llegar a la perfecta elaboración del líquido cuyo contenido está en este frasco que ahora tengo en mis manos. Mi

apreciado ayudante, el doctor Sanz, y yo hemos investigado durante todo este tiempo sin que nadie más que nosotros dos conociese la finalidad de nuestro trabajo. Ahora estoy en condiciones de dar a conocer al mundo este nuevo suero que ha de solucionar uno de los mayores problemas con los que se enfrenta la humanidad en estos momentos: el hambre. Saben todos que en este mundo tan industrializado y civilizado que nos ha tocado vivir, una de las causas de mayor mortandad es, precisamente, la falta de alimentos. Y no sólo en los países que se han dado en llamar tercermundistas, cuya falta de recursos es patente, sino que incluso en naciones desarrolladas mucha gente muere por inanición.

»Con el "A-L-5", el nuevo suero, esta grave lacra de este mundo quedará resuelta para siempre. Compuesto de unos ingredientes tan sencillos como naturales, que por el momento y como comprenderán no les voy a desvelar, una dosis de este nuevo suero cubre completamente todos los requisitos nutritivos necesarios para la perfecta alimentación de un hombre durante dos meses.»

Un murmullo de asombro y caras de auténtica incredulidad se apreciaban entre todos los presentes. Sin inmutarse siquiera ante aquella reacción, el doctor Gonzaga prosiguió impávido con su monólogo.

«El "A-L-5", una vez embasado, tiene una duración imperecedera y su coste de producción es tan bajo que, una vez llegado el momento de fabricarlo en serie, no sobrepasará el valor de una botella de agua mineral envasada.

»Las aplicaciones que tendrá en un futuro próximo son ilimitadas: la primera y primordial, como ya he dicho antes, erradicar el hambre del mundo de una vez por todas; almacenado en diferentes puntos de cada país, serviría como reserva alimentaria en el caso de una posible catástrofe o epidemia generalizada; expediciones, barcos, aviones, podrían emplearlo como recurso último en caso de accidente.

»Es lógico que en este momento se estén pregun-

tando ustedes cómo puedo aseverar la eficacia en los resultados del suero. Bien, durante meses hemos experimentado los efectos con toda clase de animales: ratas, pájaros, monos, perros, alimentándolos solamente con dosis de "A-L-5". Todos ellos gozan de una excelente salud y, su nutrición es, a todos los efectos, normal. Pero aún falta experimentar el suero con el animal más importante de la tierra: el hombre, para quien, en definitiva, ha sido inventado. He solicitado los permisos oportunos para tan importante prueba y, una vez tras otra, me han sido negados. Así pues, he decidido encerrarme en mi laboratorio y vivir la experiencia en mi propio cuerpo.

»Y aquí es donde entran todos ustedes en este experimento, si es que deciden aceptar mi ofrecimiento: comprobarán que en mi laboratorio, instalado en el sótano de esta casa, no hay otro alimento que la cantidad de suero necesaria para mi alimentación; habrán de verificar también que no hay otra forma de escape en esa habitación más que la puerta de entrada a la misma; después me meteré allí, ustedes sellarán la puerta y, durante dos meses permaneceré encerrado dentro sin ningún tipo de comunicación con el exterior. Incluso el cuarto ha sido insonorizado totalmente. Este tiempo lo aprovecharé para continuar antiguos estudios y proyectos que tenía abandonados desde hace tiempo».

No pude reprimir la pregunta e interrumpiendo al profesor le objeté: «¿Y si mientras está encerrado en el laboratorio le ocurriera algún percance?... ¿Cómo lo sabríamos?».

«Por supuesto que es una circunstancia que podría suceder —contestó el doctor—: Ante tal posibilidad he implantado en mi cuerpo una lentejuela de la unidad «R-U-9». En este mismo salón que ahora estamos quedará el pequeño monitor que ustedes ven; mientras siga funcionando sabrán que continúo vivo. Este ruido tan característico que emite es una información fidedigna de que mis constantes vitales siguen funcionando; si oyeran que el sonido decrece, signifi-

cará que estoy enfermo. Por otra parte la línea azul continua que se aprecia en la pequeña pantalla es mi electrocardiograma: si esta línea se quebrase o desapareciera de la imagen les indicaría que mi corazón ha fallado. Me hubiese gustado instalar una central completa, pero debido a dificultades económicas, no ha sido posible. De todas las maneras, con el sonido y la línea azul del monitor, bastará.

»Si ustedes aceptasen mi propuesta, el experimento daría comienzo mañana mismo a las nueve. Cada uno de ustedes dispondrá de una habitación en esta casa y todos serán atendidos por el personal de servicio. Comuníquenme su decisión a primera hora de la mañana y, mientras tanto, considérense mis huéspedes y disfruten de la cena que se les servirá a continuación. Yo me retiro a descansar en estos mismos momentos. Buenas noches, señores. Y gracias a todos».

Mientras dábamos cuenta de las exquisitas viandas con las que el doctor nos había regalado, empezó a fomentarse una pequeña discusión entre los comensales en torno a la conveniencia de aceptar la proposición del profesor y ser testigos de su experimento, o abandonar aquella mansión esa misma noche.

Personalmente, yo, fui uno de los defensores más acérrimos en proseguir hasta el final y comprobar cómo acababa todo aquello. Después de los correspondientes permisos de la dirección de nuestras empresas y las llamadas de rigor a los domicilios familiares, se aceptó por unanimidad seguir hasta el final con Gonzaga.

A los ocho y media de la mañana siguiente estábamos todos comprobando que en el laboratorio no había otra salida que la puerta principal así como que el único «alimento» existente eran unas ampollas de cristal con una etiqueta pegada en la que se podía leer «A-L-5». Estos frasquitos, algunos productos químicos, material específico de laboratorio, unas cuantas ratas blancas enjauladas y una cama allí instalada era todo cuanto había.

A las nueve en punto de la mañana el profesor se metió dentro del laboratorio cerrando nosotros a continuación la puerta a cal y canto con sellos de plomo. En seguida el ayudante de Gonzaga, doctor Sanz, puso en funcionamiento el monitor de seguimiento de la unidad «R-U-9». Después de volver a insistir en su funcionamiento, se despidió de nosotros; volvería cuando el experimento estuviese a punto de finalizar. Mientras tanto recorrería varios países dando conferencias sobre las posibles aplicaciones del «R-U-9».

* * *

Los días iban pasando monótonamente. Debido a la cantidad de gente que éramos, habíamos decidido instaurar turnos de guardia cada tres horas y de esa manera quedaban vigilados tanto la puerta del laboratorio como el monitor mismo. Las constantes vitales del profesor eran completamente normales y el tiempo pasaba lentamente.

Las dos primeras semanas la noticia del experimento de Gonzaga había llamado la atención de todo el mundo; incluso fue noticia de portada en muchos periódicos, pero a medida que transcurrían los días, apenas interesaba a nadie. Pequeñas notas en las páginas científicas de los periódicos aparecían de vez en cuando informando del normal desarrollo del experimento y poco más. Los magníficos artículos enviados días atrás sobre las posibilidades reales e hipotéticas del nuevo invento habían quedado lejos, para dar paso ahora a una completa abulia informativa.

Todo era exactamente igual cada día; nada nuevo pasaba. Y aquel maldito ruido del monitor ya lo teníamos grabado todos en lo más profundo de nuestro cerebro; empezaba a ser odioso. Pero pese a la falta de acontecimientos, habíamos comprometido nuestra palabra de permanecer allí hasta el final y así lo haríamos.

Ante tal aburrimiento mi mente iba elucubrando,

por momentos, variopintos pensamientos. Muchas veces pensaba en la inútil pérdida de tiempo que significaba estar allí en tanto que el mundo seguía su curso lleno de nuevas noticias; otras, imaginaba que Gonzaga nos estaba utilizando a todos para obtener una publicidad gratuita de su nuevo suero; pero cuando la lógica se imponía, deseaba vehementemente que el profesor triunfase en su nuevo cometido.

El último día en que se cumplían los dos meses del plazo anunciado, apareció el doctor Sanz concluido ya su ciclo de conferencias por todo el mundo. Nos contó que había sido un éxito total y que personalmente se encontraba muy satisfecho.

Su expresión alegre y jovial cambió repentinamente, tan pronto como se acercó al monitor. Dijo que algo había cambiado en las constantes vitales del profesor aunque, debido a la sencillez del aparato, no sabía explicar exactamente qué era.

Protestamos airadamente diciendo que desde el primer día habíamos vigilado el monitor, sin fallar un solo minuto, y que desde el principio, tanto aquel odiado y monótono ruido como la continua línea azul habían permanecido invariablemente estables. El se disculpó ante su falta de tacto y no nos reprochó absolutamente nada. Pero, explicó además que él había trabajado desde el principio en aquel aparato y lo conocía lo suficiente como para asegurar que, aunque no cabía ninguna duda de que el profesor estaba vivo, algo extraño le sucedía a Gonzaga. Quizá no fuese más que agotamiento o un ligero acceso de fiebre.

De cualquier manera había llegado el momento de abrir la puerta y permitir que el doctor saliese de su voluntario encierro. Quitamos los sellos de plomo y abrimos con las llaves todas las cerraduras. El paso siguiente —como estaba convenido— debía darlo el profesor Gonzaga descorriendo el cerrojo interior. Después de varios minutos de espera nadie abrió la puerta desde dentro, ni se advirtió intento alguno. Los nervios empezaron a aflorar en casi todos los

presentes y, tras unos instantes de duda se decidió proceder al derribo de la puerta.

Cuando conseguimos entrar en el laboratorio un grito de auténtico terror salió de más de una garganta. Lo que en aquel momento presenciamos no era para menos. El cuerpo del doctor Gonzaga estaba tendido en el suelo, totalmente destrozado: las cuencas de sus ojos aparecían vacías; su cuerpo se mostraba absolutamente descarnado, excepto en algunos de sus huesos en los que todavía quedaban jirones de piel; sus vísceras se veían esparcidas por el suelo, pero completamente destrozadas. Aquello era un espectáculo horripilante, pavoroso. De pronto, del vientre del cadáver surgió una rata de las que el doctor utilizaba para sus investigaciones. Instintivamente volví la cabeza y comprobé que la jaula donde debían permanecer las ratas tenía las rejas forzadas.

* * *

Dos días más tarde, el doctor Sanz, en una conferencia de prensa trató de explicar los hechos.

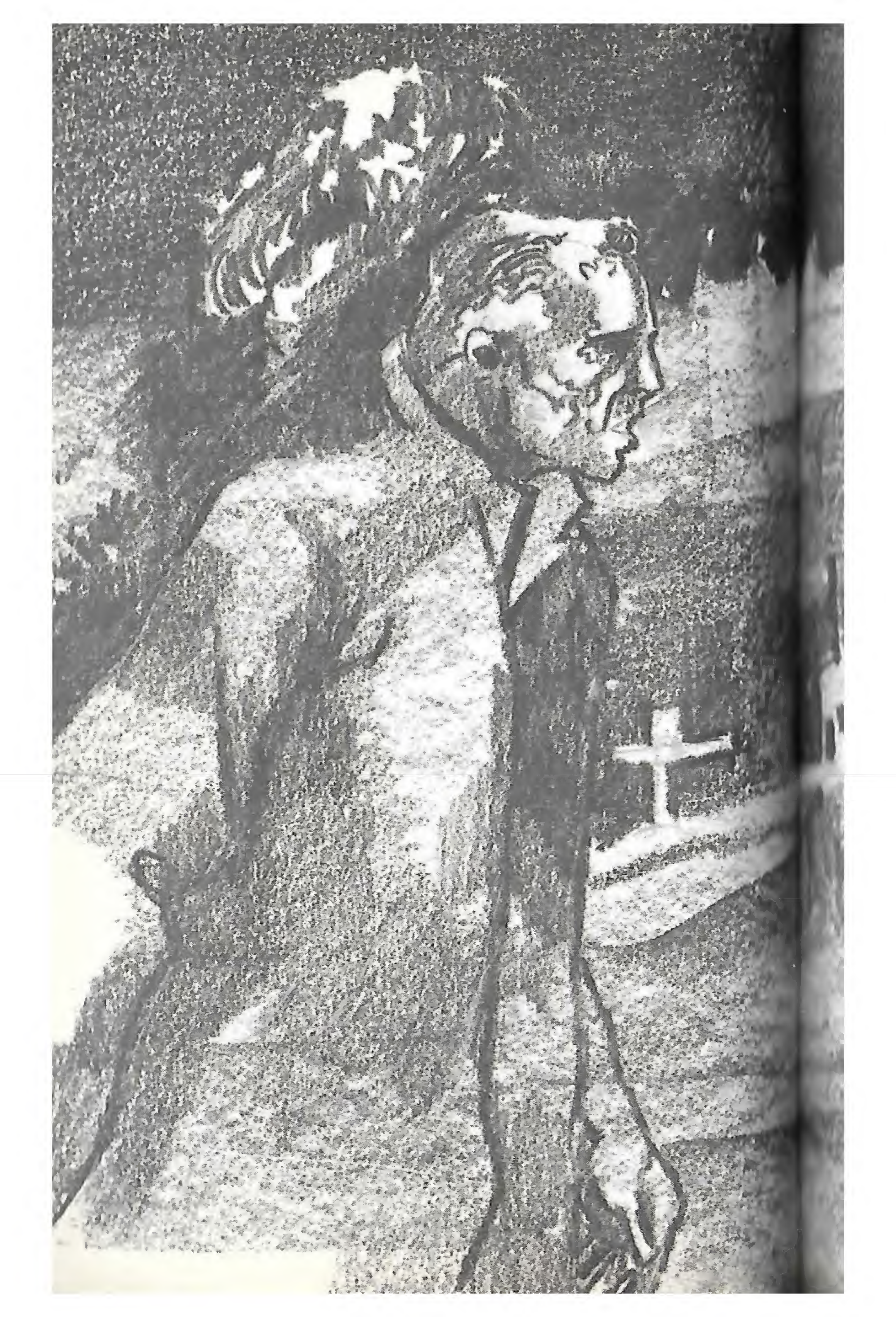
Más o menos a los veinticinco días del encierro del profesor Gonzaga, éste debió de sufrir un desvanecimiento que le hizo permanecer inconsciente durante varios días. Las ratas que tenía, acostumbradas a unas horas determinadas de comida y viendo que el tiempo pasaba y no recibían su esperada ración, forzaron vorazmente la jaula, acuciadas por el hambre. Dado que no había otra clase de alimento en aquel laboratorio que el suero descubierto por el doctor, y guiadas por su instinto animal, procedieron a nutrirse del único alimento que allí había para ellas: el cuerpo del investigador.

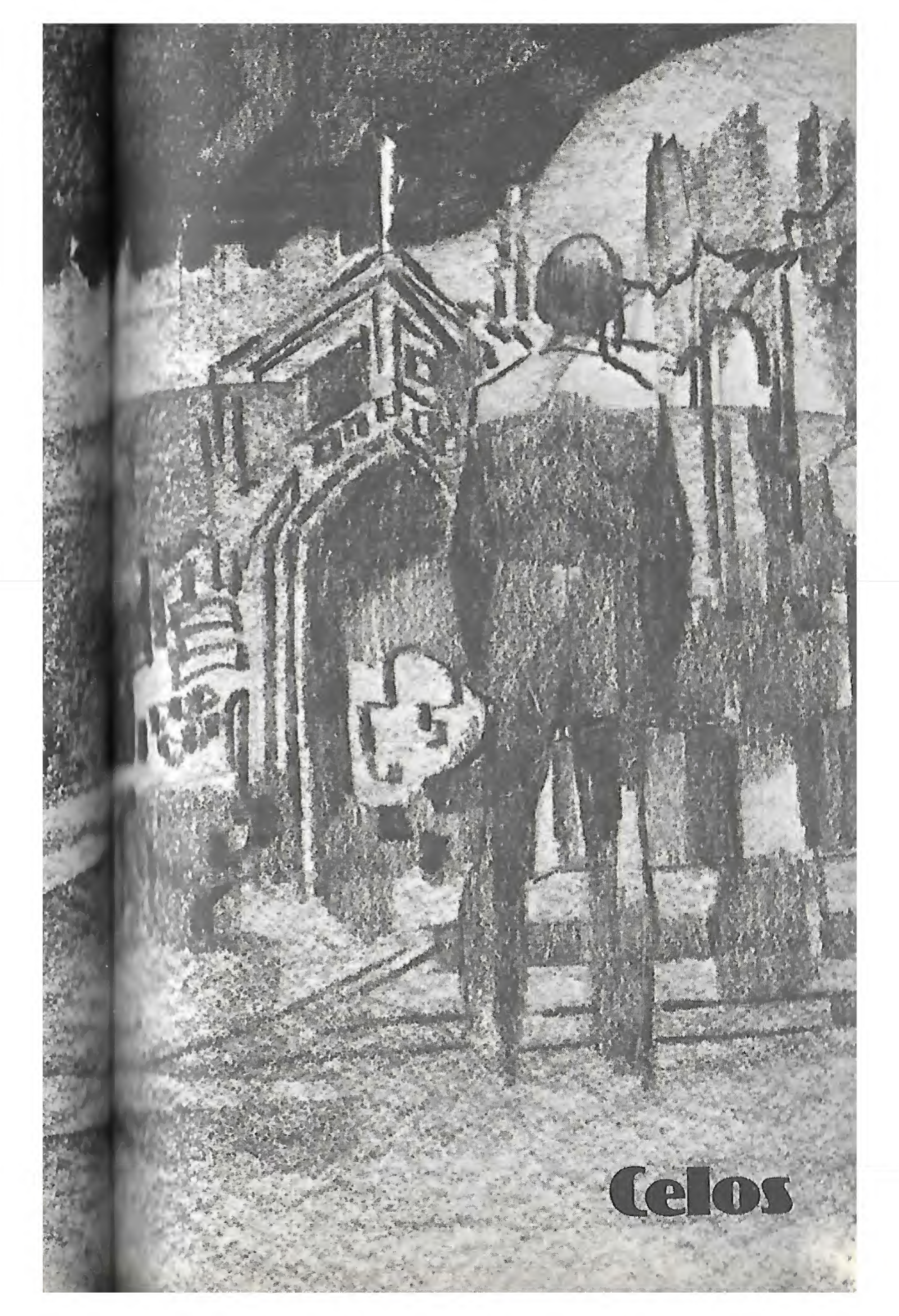
Uno de estos roedores, al mordisquear sobre el pecho de Gonzaga, debió de ingerir a su vez el transmisor allí insertado. Esto fue lo que provocó que nosotros siguiéramos escuchando tanto el sonido del monitor, como viendo la continua raya azul: durante treinta y cinco días habíamos estado observando y

oyendo las constantes vitales de una rata. El doctor Sanz encontró adherido al vientre de una de las cobayas del laboratorio la lentejuela del «R-U-9» implantada anteriormente en el cuerpo de Gonzaga: el organismo de la rata no había sido capaz de expulsarlo.

Todavía, hoy, recuerdo los días sufridos en aquella casa de pesadilla, pensando que no pasaba nada mientras, en el laboratorio, el profesor Gonzaga era devorado pedazo a pedazo por las ratas, sin que ninguno de nosotros pudiera evitarlo.


BR



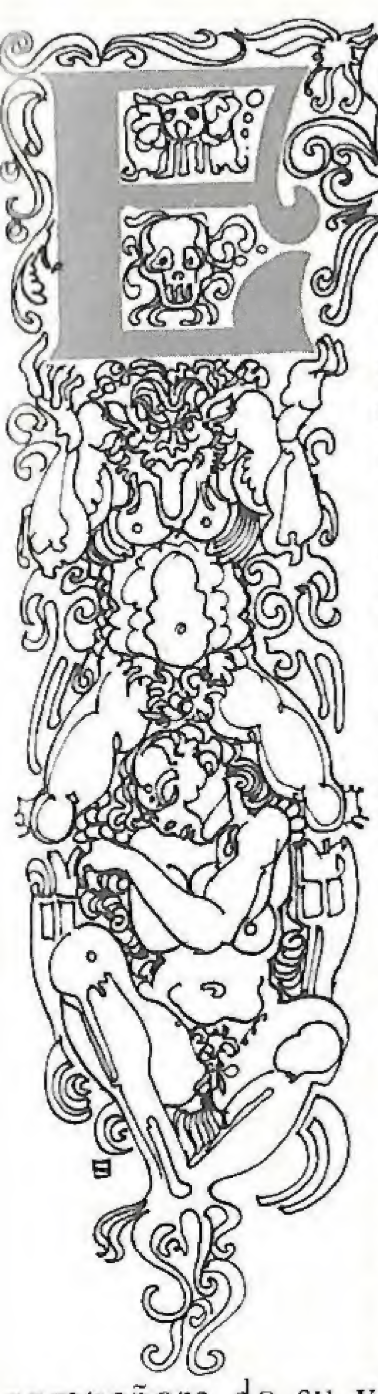


Celos

Celos

P. Martín de Cáceres

¿Quién era aquel hombre que emocionadamente besaba la lápida de la tumba de Alice?
¿Qué era lo que leía cada tarde delante de su sepulcro?
No podía explicárselo, pero su corazón se estremecía en un profundo sentimiento de odio, de sospecha...



EL cielo había amenazado lluvia durante toda la tarde, y hacia el final del sepelio comenzaron a caer las primeras gotas.

Los asistentes se apresuraron a dar el pésame al inconsolable marido de la extinta y se dirigieron lentamente hacia la salida del cementerio. Una vez a salvo de las posibles miradas del esposo, apremiaron el paso y emprendieron una carrerita hasta sus carruajes, satisfechos, como todos los que forman parte de un duelo, de no ser todavía ellos los protagonistas del fúnebre homenaje.

Jacques permaneció solo ante la tumba deseando que su mente se ocupara en pensamientos solemnes propios de la ocasión, pero la fatiga de los últimos días y el dolor por haber perdido a la compañera de su vida le había sumido en tal estado de abotargamiento que su cerebro se hallaba como hueco, vacío, tan inerte que ni siquiera era capaz de emitir las órdenes precisas para que sus piernas se movieran transladándole bajo la marquesina donde se hubiera resguardado de la lluvia.

Cuando finalmente pudo reaccionar, volvió la cabeza y vio junto a sí al último de los acompañantes:

un militar que vestía el uniforme de húsar, cuyo rostro no le era familiar. En el momento en que iba a darle las gracias por haber asistido a la inhumación, el militar se caló el morrión, y sin decirle nada dio media vuelta y se encaminó hacia la salida.

De vuelta a casa, entró en el dormitorio impregnado todavía del olor de la muerte, y abriendo una ventana a fin de permitir la entrada de aire fresco, se sentó a los pies de la cama y consideró cuán injusto y falto de tacto había sido con Alice en muchas ocasiones. Era tan grande el amor que sintió por su esposa, que a veces llegaba a atormentarla con terribles escenas de celos que ella soportaba estoicamente.

Incluso hasta dos meses antes de su muerte le había echado en cara ciertas salidas, a su entender intempestivas, acusándola impenitentemente de cosas que ahora le hacían estremecerse.

¿Cómo le hubiera explicado que sus sospechas y recelos eran más que nada una manifestación del gran cariño que le profesaba? ¿De qué forma le hubiera hecho comprender que aquellas preguntas tan intencionadas, aquellas indagaciones casi ofensivas, formaban parte indisoluble de su amor por ella?

Se había confesado multitud de veces ante su esposa del pecado de celos, especialmente cuando, tras una escena, ella le proporcionaba pruebas irrefutables de su inocencia, pero a los pocos días volvía a interrogarla severamente hasta que de nuevo obtenía la seguridad de su honradez.

Aun cuando en algunas ocasiones sus recriminaciones, sin otra base que imaginarios indicios, pudieron parecer excesivas, eran para Jacques una necesidad vital, una continua afirmación de que su amor por ella seguía vivo. Después, cuando tras innumerables protestas de inocencia terminaba creyéndola, procuraba reparar aquellas injusticias con una memorable e intensa noche de amor. Y a tal punto llegó aquella obsesión, que no se sentía con ánimos para las lides amorosas sin haberse excitado previamente con una discusión. Luego, las lágrimas y las protestas

de Alice le enternecían de tal modo que sentía renacer su amor cien veces por la inocente criatura y terminaba deseándola con todas las fuerzas de su ser.

Pero lo que ahora más se recriminaba, era el hecho de haber faltado a una solemne promesa que hiciera a su esposa cuando ya le quedaban pocas horas de vida.

Sintiendo que se moría, Alice le rogó que abriera el armario y le fue dando las indicaciones precisas para encontrar algo que había permanecido, durante quién sabe cuánto tiempo, en las profundidades del guardarropa. Al cabo de un momento, las manos de Jacques tropezaron con una cajita de madera hermosamente labrada que entregó a su esposa, la cual, después de agradecerle el favor, le rogó que la dejara sola unos instantes.

Al entrar de nuevo en la habitación advirtió que Alice había llorado. En sus manos sostenía aún la caja de madera y, haciendo un gran esfuerzo, sacó de su pecho una llavecita pendiente de su cuello por una cadena, la introdujo en la diminuta cerradura y, no sin dificultad, la hizo girar clausurando la caja.

«Estos son los únicos recuerdos que me quedan de mi madre —le había dicho—. Un daguerrotipo de cuando ella era joven y algunos anillos sin valor material. Sé que me muero, Jacques —continuó la desdichada— y te ruego que cuando eso suceda entierres conmigo estos recuerdos. Introdúcelos en el ataúd antes de que lo cierren y deja que estas prendas tan queridas me acompañen por toda la eternidad. Considera esta petición —había añadido fatigosamente—, como mi última voluntad».

Situando la caja en un lugar visible a fin de no descuidar tan piadosa petición, Jacques había tenido presente la demanda de su esposa durante la celebración del velatorio, pero en los últimos momentos, cuando rezando solo ante el cadáver tuvo ocasión de introducir la caja en el ataúd, experimentó un ataque de celos póstumo, e intrigado por el contenido del estuche estuvo tentado de arrancar la llavecita del cuello del cadáver y abrirlo. No obstante, la solemnidad de

aquellos momentos y el amor que había profesado a Alice le impidieron el cumplimiento de semejante acción.

A punto estaba ya de depositar el cofre a los pies de la muerta, cuando se abrieron las puertas del dormitorio y entraron los empleados de la funeraria.

Aun cuando aquello no hubiera parecido nada antinatural, sino un acto piadoso como otros muchos que tienen lugar en semejantes circunstancias, Jacques se retrajo. Algo, no supo qué, quizás una sombra de aquellos pretéritos recelos, le obligó a levantarse y a mantener la cajita en sus manos mientras compungido concedía el permiso a los fúnebres operarios para sellar el ataúd.

Después entró el sacerdote con los demás asistentes al duelo y depositó la caja en el armario sin haber cumplido la recomendación que Alice había conceptuado como su última voluntad.

Ahora, arrepentido de lo que había terminado por considerar horrenda villanía, la sostenía en sus manos cavilando acerca del destino que podría darle, ya que no había ni que pensar en abrir de nuevo la sepultura a fin de ejecutar el postrer deseo de su difunta esposa.

Se le ocurrió que lo más adecuado sería incinerar el estuche. De aquel modo, aunque simbólicamente, el destino de la caja sería el mismo que el de su antigua poseedora. O quizá conviniera arrojarla al mar, pero descartó aquella hipótesis pensando en que flotaría. Finalmente la guardó en el armario hasta que decidiera qué destino darle.

Al día siguiente fue al cementerio a visitar la tumba de Alice y oró unos minutos ante ella excusándose por el incumplimiento de su promesa. Se sentó en el extremo de una losa y permaneció allí hasta tarde desolado por la definitiva ausencia de su amada.

Cuando ya se dirigía hacia el exterior de la Sacramental, observó que, por otra de las avenidas laterales, caminaba el militar a quien había visto en el en-

tierro, y a juzgar por su trayectoria parecía encaminarse hacia la tumba de Alice.

Cambió de dirección y, procurando que el militar no le viera, le siguió a distancia intrigado por aquella visita. Podía tratarse de algún familiar de su esposa, aunque no era probable, porque lo hubiera mencionado alguna vez en sus conversaciones.

El húsar se detuvo en efecto ante la tumba y pareció dedicar unos minutos a la oración. Después se sentó en el mismo sitio en que lo había hecho Jacques y, extrayendo un papel de su bolsillo, se consagró a su lectura. Al rato se levantó, acarició la lápida con sus manos y depositó un beso en el frío mármol. Acto seguido se alejó de la tumba por el mismo camino que había tomado Jacques, el cual, retirándose hacia una de las veredas laterales, vio pasar al húsar que no reparó en su presencia.

Aquella extraña visita le desasosegó de tal modo que hizo desfilar por su imaginación el rostro de todos sus conocidos y el de los de su difunta esposa, pero ninguno correspondía al de aquel hombre.

Al día siguiente acudió al cementerio a la misma hora, pero en lugar de ir directamente a la tumba, se situó a unos cien metros en línea recta, y fingiendo rezar ante otra sepultura, espió constantemente la de Alice por si se presentaba el misterioso visitante.

Transcurrió media hora y nadie aparecía, pero Jacques continuó en su observatorio hasta muy poco antes de la puesta del sol, y cuando algún empleado hizo sonar una campanilla advirtiendo a los piadosos visitantes de la hora de cierre del recinto, se acercó hasta la tumba de su esposa y pudo comprobar que en la repisa destinada al efecto había un ramo de flores frescas. Sin duda la espera había sido inútil, porque el portador de las flores se le había anticipado.

En los días sucesivos pasó la tarde entera en el cementerio, pero el húsar no apareció, y Jacques se preguntó si su ausencia sería definitiva o si los deberes de su actual situación le impedían la visita a la tumba.

Mientras tanto, un secreto deseo se iba apoderando de él.

Cada día contemplaba la cajita que debía haber enterrado con su esposa; la mantenía entre sus manos y trataba de adivinar si su contenido se correspondería con lo que Alice había mencionado antes de morir.

No se atrevía a abrirla por un sentimiento de respeto hacia la muerta, a pesar de que hubiera bastado un pequeño cortaplumas para forzar la cerradura, pero a veces la agitaba distraídamente para escuchar la clase de sonido que producían los objetos encerrados en su interior.

Durante los dos días siguientes no pudo ir al cementerio debido a que se presentaron varias personas a cumplimentarle. Entre los visitantes se encontraba una antigua criada que les había dejado pocos meses antes para casarse, y que lloró amargamente ante la cama de la difunta a la que había profesado un efecto sin límites.

La dolorosa escena protagonizada por la sirvienta le impresionó de tal modo que, aunque la doméstica no le había sido demasiado simpática mientras sirvió en la casa, advirtió que su dolor era sincero, y lo agradeció de corazón haciéndole, cuando ya se iba, donación de una pulsera que había pertenecido a Alice, lo que la muchacha agradeció con lágrimas en los ojos.

En su siguiente visita al cementerio volvió a aparecer el húsar que, como en un rito, oraba brevemente; se sentaba en una losa; dedicaba unos momentos a la lectura de los papeles que extraía de su bolsillo y, a continuación, acariciaba la lápida depositando en ella un beso.

Ante aquella asiduidad y aquellas inexplicables demostraciones de afecto, Jacques advirtió que se iba despertando de nuevo en su interior el demonio de los celos. Su mente comenzaba a urdir insensatas elucubraciones atando dudosos cabos para llegar a conclusiones inseguras, pero no por ello —se decía—, inverosímiles.

¿Quién era aquel hombre que de manera tan sen-

tida depositaba ósculos sobre la lápida de Alice? ¿Qué era lo que leía cada tarde delante de su tumba? ¿Por qué aquellas continuadas visitas propias tan sólo de un marido o de un familiar muy allegado?

Existía la posibilidad de abordar al desconocido y preguntarle qué derecho le asistía para dedicar su tiempo a tan piadoso cumplimiento, pero puesto que el húsar evitaba, al parecer, coincidir con Jacques ante la tumba, era obvio que sabía quién era éste. Y cualquier intento de clarificar la situación podría dar como resultado que el militar desapareciera o decidiera realizar sus visitas a otra hora en que él no pudiera observarle.

Por otra parte, cada día le acuciaba más la curiosidad por contemplar el contenido de la pequeña caja de madera, y buscaba mil excusas y razones lo suficientemente poderosas para permitirle abrir el estuche sin considerarse violador de sepulturas.

La siguiente visita al cementerio le proporcionó con creces el pretexto que deseaba.

Como habitualmente, se situó a varios metros en línea recta de la tumba, entre unos arbustos, y esperó. Al cabo de un cuarto de hora apareció el húsar que se dedicó al rito habitual, finalizado el cual, besó la lápida. Después miró hacia el lugar en que se encontraba el viudo, perfectamente oculto entre la vegetación, y depositó un segundo beso sobre el mármol.

Jacques sintió hervir la sangre en sus venas, y presa de uno de aquellos accesos de celos que le acometían en vida de Alice, salió de su escondite y se fue acercando a la tumba. El húsar no reparó en él hasta que se encontró a su lado, y entonces se le quedó mirando fijamente con una sonrisa estúpida en sus labios, como un niño que es sorprendido en una acción indigna.

Dio unos pasos con la intención de marcharse, pero Jacques le detuvo.

—¿La conocía? —preguntó el viudo con un temblor de rabia en la voz. El otro no dijo nada y siguió

sonriendo, lo que acrecentó la ira de Jacques—. ¿La conocía? —repitió asiéndole por una manga.

El soldado permaneció mudo e intentó desasirse, pero Jacques le sujetó por la guerrera al tiempo que, fuera de sí, volvía a repetir varias veces la pregunta. Por fin el militar dio un brusco tirón y, ajustándose el uniforme, se alejó apresuradamente.

Permaneció unos segundos inmóvil ardiendo en su propia rabia y luego se dispuso a seguirle, pero se detuvo al reparar en que a sus pies había un papel doblado que sin duda pertenecía al misterioso húsar. Se agachó a recogerlo y fue desdoblándolo con mano temblorosa, cierto de que allí iba a encontrar la respuesta que el militar no había querido darle.

Recorrió con sus ojos los apretados renglones, y a cada frase que leían aumentaban su desesperación y su furor. Por fin estrujó la carta; se acercó a la tumba de Alice y, murmurando unas palabras soeces, escupió varias veces sobre la lápida de mármol.

Inmediatamente salió en persecución del militar, pero un gran número de acompañantes a un entierro se interpuso en su camino, y cuando quiso llegar a la puerta principal el húsar había desaparecido.

«Queridísimo Charles: No sé cómo soporto sus continuos ataques de celos. Sólo lo mucho que te amo me da fuerzas para sobrellevar este castigo que me ha enviado Dios. Afortunadamente para mí, la práctica en declararme inocente, como así era, en todas las ocasiones anteriores en que su desconfiado temperamento me acusaba de infidelidad, me sirve ahora para ocultar mi amor por tí y hacer continuas protestas de inocencia con la habilidad de una actriz consumada. Es triste que tengamos que vivir de este modo, pero no veo otra salida. Te quiero con todas las fuerzas de mi ser. Debes saber que eres lo único que me interesa...» El resto de la misiva tomaba un carácter íntimo en el que, con palabras y frases tan ardientes como nunca sospechó que pudiera emplear, Alice manifestaba su apasionado amor por aquel hombre.

Abriendo bruscamente el armario, buscó la caja de madera y, sin molestarse siquiera en descerrajarla, la

arrojó contra el suelo con una fuerza tal que las bisagras de desencajaron y la tapadera se separó del resto del estuche.

Tomó un envoltorio hecho con papel de seda, y desatando la cinta azul que lo ceñía, creyó morir de rabia y desesperación al contemplar el contenido de aquel paquetito. Ante su vista aparecieron varias cartas, un anillo de oro y dos fotografías. En la primera de ellas se veía el rostro sonriente del húsar, y en la segunda podía contemplarse a Alice que, pasando su brazo por la cintura del húsar, miraba retadoramente al objetivo de la cámara con una expresión en la que se mezclaba la sonrisa irónica, el despecho y el amor por aquel hombre.

Desesperado y furibundo, presa de un violentísimo ataque de celos, tomó una gran tijera del cajón de la cómoda y hundió su punta repetidas veces en los ojos del húsar. A continuación hizo lo mismo con la imagen de Alice. Después tomó una de las cartas, que era una burda declaración de amor propia de una persona de escasa cultura, y la leyó de cabo a rabo varias veces.

Rompió luego la misiva en mil pedazos, y abriendo la ventana los arrojó al exterior, pero, iba ya a cerrar los batientes, cuando comprobó estupefacto que la persona que cruzaba el jardín en el aquel momento y se dirigía hacia la puerta de entrada era el húsar.

El sonido del timbre le sacó de su repentina parálisis, y acumulando en sí toda la ira y desesperación provocada por el reciente descubrimiento, se encaminó hacia la puerta y la abrió violentamente. En el umbral apareció el militar que, exhibiendo la misma sonrisa estúpida de la fotografía, dio un paso hacia el interior al tiempo que decía: «Vengo a confesarle...»

La frase quedó inconclusa en sus labios y sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando la afilada hoja de la tijera penetró en su pecho.

El húsar se derrumbó herido de muerte sobre el suelo del vestíbulo, y la mano de Jacques, empuñando aquella feroz arma, se abatió repetidas veces

sobre el infortunado, provocándole numerosos y profundos cortes. Inmediatamente después, remedando lo que había hecho con la fotografía, hundió las aceradas puntas de la tijera en ambos ojos y removió con furia, hasta que el rostro del cadáver se hizo irreconocible.

Con gran sangre fría, y recobrando la calma tras el reciente paroxismo, arrastró el cuerpo hasta el cuarto de baño depositándolo en la bañera. A continuación pasó una fregona por el piso borrando así cualquier rasgo delator del crimen.

Se lavó las manos cuidadosamente, y tomando asiento en la butaca más confortable del salón, situó una botella de coñac a su alcance y encendió un habano.

Lejos de sentir la más mínima preocupación por el crimen cometido y por la forma en que se desharía del cadáver, una gran calma descendió sobre su espíritu, y se sintió en paz consigo mismo, tras muchos años de zozobra e inseguridad, al saber por fin confirmadas sus sospechas, y su honor vengado en tan breve lapso de tiempo.

Si algo lamentaba era haber descubierto la infidelidad de Alice después de su fallecimiento, porque su satisfacción hubiera sido completa de haberle podido arrebatar la vida también a su mujer.

Qué actriz había perdido el mundo. ¿Quién otro que no fuera él no se habría enternecido ante las continuas protestas de inocencia y las fingidas lágrimas de cocodrilo de la infiel? Incluso las fundadas sospechas que se veía obligado a poner continuamente de manifiesto ante Alice habían perdido a veces su contundencia por obra de simulados llantos y ficticios sollozos. ¡Qué pérfidos sentimientos había sabido ocultar aquel maravilloso rostro! ¡Cuántos engaños y traiciones habían sido desmentidos por aquellos ojos color de miel! ¡Qué gran número de dudas y recelos disipados con una palabra salida de sus labios!

El timbre de la puerta le hizo volver a la realidad. Dudó unos segundos, pero después se decidió por

abrir. Para evitar cualquier paso en falso debería actuar con toda normalidad y no modificar ni por un momento sus hábitos de vida.

Quien llamaba era un muchacho que le entregó una carta firmada por Jeannine, la antigua criada que les había dejado para casarse unas semanas atrás.

Jeannine decía en la carta tener que verle con urgencia, y le citaba en un parque próximo, lo que alivió a Jacques, que no se encontraba en disposición de recibir visitas en la casa. La doméstica le rogaba que se apresurara a bajar y que, sobre todo, evitara encontrarse con un militar, o no abriera la puerta si éste se presentaba en su domicilio. Ante tal advertencia, Jacques estuvo a punto de perder la calma.

«Debo decirle ante todo —comenzó la criada cuando estuvieron frente a frente en el parque— que no estoy aquí por mi voluntad. Si de mí hubiera dependido, las cosas habrían seguido su curso hasta el final, y usted hubiera ignorado lo que me veo obligada a relatarle ahora para evitar complicaciones a la persona que amo».

«Usted sabe bien lo que yo quería a la difunta señora y lo que sufrí (aunque no tanto como ella) ante las injustas acusaciones que continuamente tenía que soportar a causa de los celos. Casi estoy en disposición de asegurar que sus infundadas sospechas aceleraron una muerte que, sin este acicate, quién sabe lo que hubiera podido dilatarse. Pero su alma, señor, era de piedra, y en vida de la señora fue usted la encarnación de los celos, tan injustificados —eso puedo jurárselo— como que es verdad que ahora nos alumbra el sol».

«No hubo —créame, porque yo fui tanto o más confidente de su esposa que usted—, ningún otro hombre en la vida de la señora. Jamás puso sus ojos en nadie, a pesar de que no le faltaron pretendientes que se ofrecieron generosamente a rescatarla de aquel infierno de celos en que usted la había sumido.

Pero las continuas manifestaciones de inocencia no sirvieron de nada ante su pertinaz obsesión. La muy inocente le quería; le amó tanto durante el tiempo que duró su matrimonio que, solamente al final, sabiéndose ya condenada a muerte por la enfermedad que la llevó a la tumba, decidió planear una terrible venganza contra aquel que tan injustamente había correspondido a su amor. Venganza que yo aprobé desde el lugar que me correspondía ocupar, y en la que colaboré gustosa».

«Como le he relatado, señor, ni siquiera en el ocaso de sus días hubo otro hombre en su vida, y el húsar al que usted ha visto ante su tumba en numerosas ocasiones no ha sido sino un forzado instrumento, no voluntario como yo, de la venganza planeada por la hoy difunta señora, hastiada finalmente de soportar sus infundados celos».

«Como le voy diciendo, ese militar, que cuando comenzó a fraguarse el plan que en seguida le revelaré, era sólo mi novio, se convirtió hace unas semanas en mi marido, y exclusivamente bajo el influjo del amor que nos profesamos accedió a interpretar el papel de amante póstumo de la señora».

«Suponiendo con gran fundamento que usted no se resistiría a conservar y a abrir la caja de madera que ella le entregó, la señora y yo planeamos una historia que habría de atormentarle a usted durante el resto de sus días. Yo rogué a mi novio que accediera a colaborar con nosotras, y una vez que asintió, nada más sencillo que escribir unas cuantas cartas de amor y tomar algunas fotos de los dos en actitud comprometedora. Las continuadas visitas a la tumba después del fallecimiento de la señora terminarían por hacer surgir en usted la sospecha de que había sido engañado casi a título póstumo, lo que no dejaría de torturarle, dado su natural celoso, hasta la misma muerte, y quién sabe si más allá».

«Pero he aquí que las vacilaciones de mi esposo han desembocado en una negativa rotunda a continuar el juego. Es muy probable que la actitud vio-

lenta de usted en el cementerio le haya hecho desistir de continuar interpretando su papel de amante, juzgando erróneamente que se trata de un castigo desproporcionado, idea de la que yo no participo. El caso es que, hace poco más de una hora me anunció su irrevocable decisión de venir a visitarle a fin de hacerle sabedor de la verdad y dar por terminado este asunto».

«La única razón, por tanto, que me ha movido a tomarle la delantera, estriba en impedir un enfrentamiento entre usted y mi marido, que a no dudarlo, hubiera sido violento».

«Como al fin y al cabo yo he sido la partícipe más directa, puesto que él, según he dicho, accedió sólo a regañadientes, no deseo que las iras de usted caigan sino sobre mi persona, lamentando, no obstante, haberme visto obligada a semejante confesión y a suspender la farsa. Si ha de haber un intento de venganza por su parte recaiga ésta exclusivamente sobre mí».

«Venganza —finalizó la doméstica—, que preveo imposible, por cuanto que nadie, salvo nosotros tres, es sabedor de lo ocurrido. Y en cuanto a una hipotética denuncia de los hechos, no creo que este tipo de delitos, si acaso pudieran tales acciones recibir semejante nombre, puedan ser castigados por la justicia de los hombres. En todo caso —he de confesárselo— todavía conservo una llave de la casa, y apenas le vi salir hace un momento, penetré en su domicilio y me apoderé de las fotografías, las cartas, y cuantas pruebas pudiera esgrimir en contra nuestra».

Una gran carcajada de Jacques fue el colofón a las palabras de la antigua criada, la cual, no sabiendo cómo interpretar tal gesto, permaneció confusa unos instantes, y al cabo de un momento le hizo entrega de la llave citada.

«Comprendo —dijo ella finalmente—, que no estoy en disposición de pedirle favores, pero si acaso accediera a escucharme, le ruego que, por lo que más quiera, no reciba a mi marido ni le deje explicarle lo

que ya sabe por mi relato. Nada ganaría usted con ello, puesto que ya conoce toda la verdad del asunto».

Otra estentórea carcajada acogió la súplica de la doméstica, pero esta vez la risa fue cediendo paulatinamente para dar paso al llanto. Los ojos de Jacques se inundaron de lágrimas y, sin decir palabra, dio media vuelta y se encaminó hacia su casa.

Si acaso fuera cierto que los celos con que atormentó a Alice no tenían base alguna —reflexionó—, ¿Podría considerarse que ella había sido un ángel de bondad?

¿Puede una persona, aun martirizada por injustas sospechas, concebir semejante venganza si no es que en algún rincón de su alma anida un germen de crueldad?

¿Hubiera sido preferible no conocer el verdadero trasfondo de la historia y seguir atormentado hasta la muerte, o, por el contrario, era más tranquilizador saberse respetado en su honor aun a costa de haberse convertido en un criminal?

¿Acaso —pensaba— cuando apareciera el cuerpo del húsar, su esposa no se apresuraría a denunciar ante la justicia al presunto asesino esgrimiendo como móvil del crimen las fotografías y las cartas?

No era muy consolador suponer que le sería rebajada la pena si la ceguera pasional era considerada como un atenuante. Por tanto, ante la imposibilidad de destruir el cadáver, consideró que no le quedaba mucho tiempo antes de que la antigua doméstica comenzara a sospechar que algo extraño le había ocurrido a su esposo.

Cerca ya de la media noche, y cuando se encontraba considerando el camino a seguir, sonó el timbre de la puerta. Era la criada, que inquieta por la tardanza de su marido, se había acercado para preguntar si acaso se encontraba allí.

Jacques permaneció unos segundos en suspenso, e impulsado por algo semejante a la insensatez o quién

sabe si a la clarividencia salvadora, respondió afirmativamente, y rogó a la muchacha que entrase en la casa.

Ambos se observaron interrogantes. Jacques quiso saber si había traído las fotografías, y ella respondió que así era en efecto, mientras buscaba con la vista a su esposo.

—¿Dónde está? —preguntó Jeannine. El, incapaz de pronunciar palabra, señaló en dirección al pasillo, y con un gesto la invitó a que le siguiera.

Cuando la antigua sirvienta penetraba en el cuarto de baño a instancias del que fue su señor, éste, abalanzándose sobre ella, tapó con una mano su boca mientras con la otra, en la que esgrimía un descomunal cuchillo de cocina, asestó repetidas puñaladas sobre el cuerpo de la mujer, cuyos ojos se abrieron desmesuradamente al sentir el filo del acero traspasar sus entrañas.

Abandonando el segundo cadáver sobre el suelo de baldosines, se dirigió de nuevo al salón y bebió un largo trago de coñac para tranquilizarse. A continuación situó el cuerpo de la esposa dentro de la bañera y reunió así de nuevo al matrimonio hasta encontrar la fórmula que le permitiera deshacerse de los cadáveres con impunidad.

Al cabo de un momento recordó que no había reparado en las cartas y en las fotografías. Buscó en el bolso de Jeannine, pero no encontró nada, y se vio obligado a registrar los bolsillos del cadáver, aunque inútilmente.

Regresando al salón, volcó el contenido del bolso y volvió a examinarlo con detalle para obtener idéntico resultado.

Iba ya a sumirse en la mayor de las desesperaciones, cuando de nuevo el timbre de la puerta interrumpió el hilo de sus pensamientos sin darle tiempo a lamentar lo comprometido de la situación.

Una voz de mujer que no pudo identificar a través de la mirilla preguntó por Jeannine, la criada.

—Tengo que hablar con ella —precisó, y como

Jacques se viera impedido momentáneamente del uso de la voz, continuó diciendo—: Si acaso no pudiera verla, me ha encargado que le diga a usted que tengo ciertas cosas en depósito, las cuales deberé entregar mañana a la policía si Jeannine o su marido no vienen por ellas.

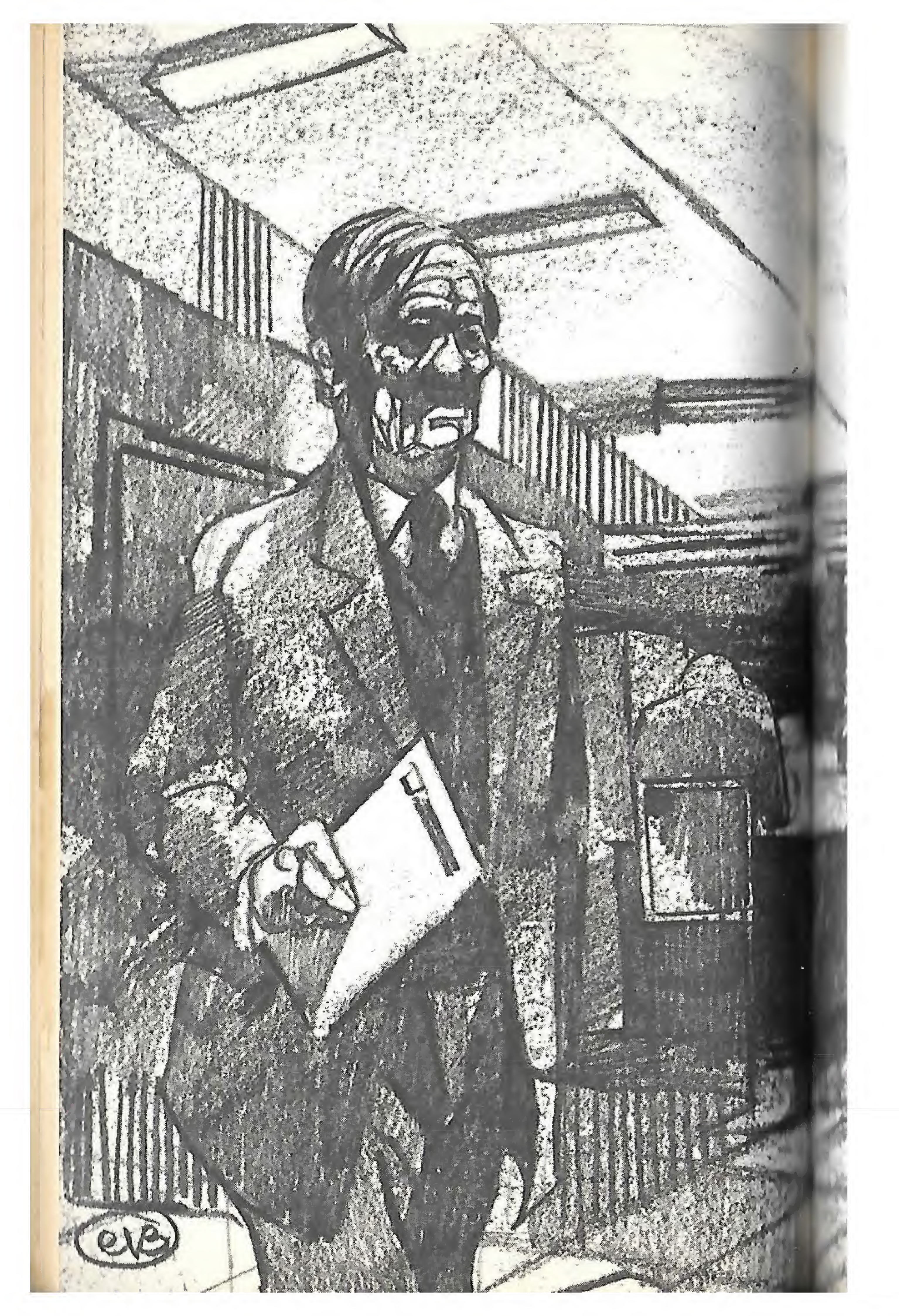
Realizando un considerable esfuerzo, Jacques pudo finalmente hablar, y modulando la voz con los tonos más afectuosos, dijo al tiempo que invitaba a entrar en la casa a la inoportuna visitante:

—Jeannine y su esposo están aquí, conmigo. No tiene por qué preocuparse. —Y añadió con un gesto y una sonrisa amables—: Espere en la salita, por favor... En seguida estamos con usted.

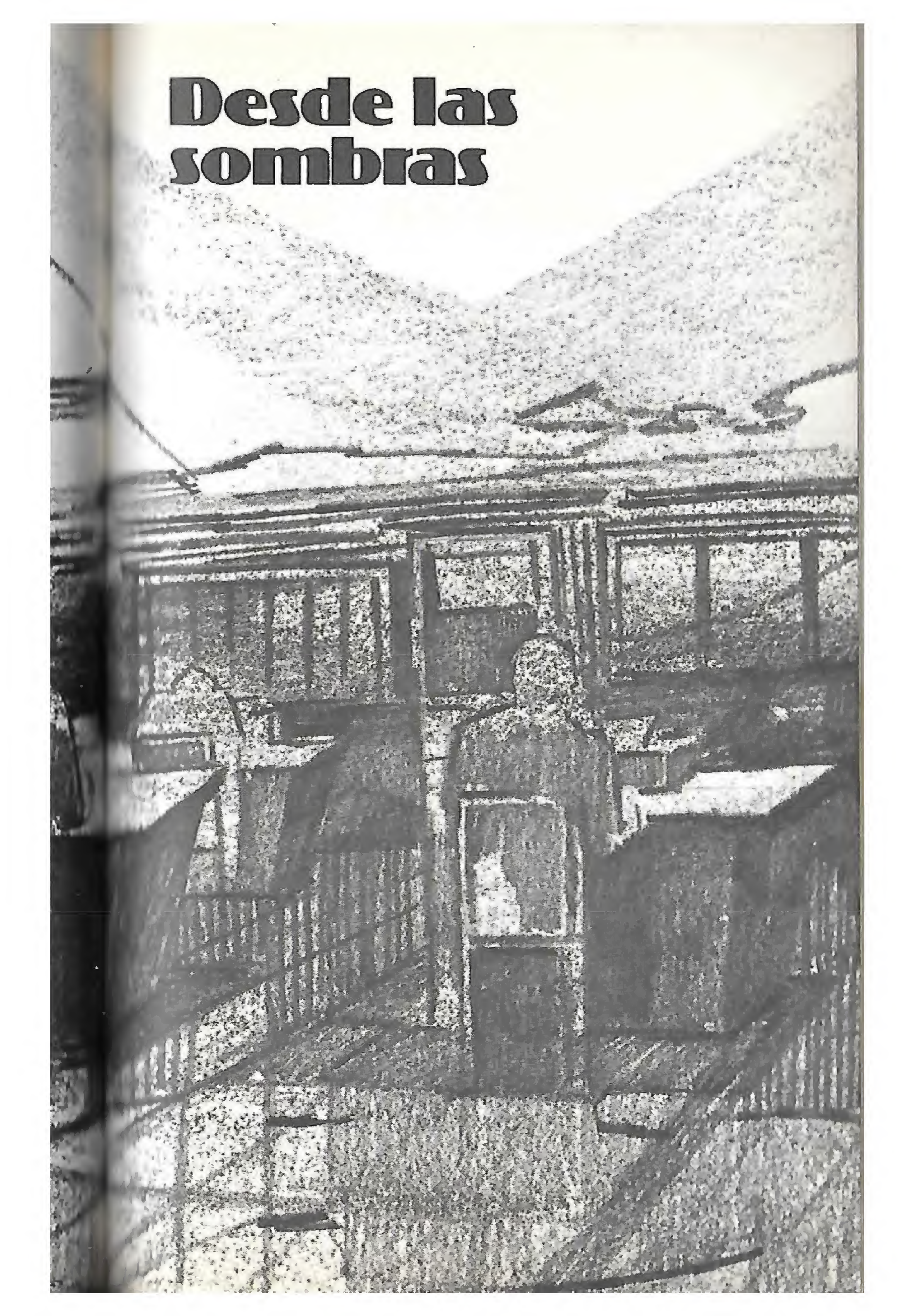
La amiga de Jeannine obedeció encantada por los amables y para ella subyugantes ademanes de Jacques y tomó asiento en un sofá de la pequeña sala de estar.

Jacques, ya más relajado, se dirigió a la cocina y, sumergiendo el cuchillo en el agua, lo limpió concienzudamente y lo enjugó con no menos cuidado. Luego se encaminó a la salita de estar rogando a Dios que la amiga de Jeannine no tuviera otra amiga...





Desde las sombras



Desde las sombras

Antonio González del Valle

¿Qué había sucedido para que un lejano día le sumergieran en la más profunda de las oscuridades? ¿Por qué no volvían aquellos hombres y le restituían la luz y la belleza de las cosas?



ESDE lo alto de la colina podía disfrutar con la contemplación de un sereno e infinito paisaje, armónico, donde la vista sólo podía ser distraida por la línea verde que dibujaba el ferrocarril todos los días al caer la tarde.

Sentado tras la ventana, que apunta al norte, pasé horas y horas ensimismado siguiendo con la vista el vuelo de los halcones, expectantes, atentos desde lo alto; cortando el cielo en un paseo circular majestuoso. Largas tardes escuchando el agua golpear los cristales, viendo los trigos reverdecer bajo la lluvia tenue de la primavera.

Hace ya, tal vez, muchos años que no he mirado a través del claro cristal de la ventana, que no siento el aire seco del verano en mi piel ni escucho el suave rumor de las ramas golpeadas por el viento.

Nada ha ocurrido desde que aquellos hombres cerraron la caja. El único punto físico de referencia que poseo para medir el tiempo es precisamente ese. Los minutos, las horas ya no son elementos activos y condicionantes en mi vida (si se puede denominar así esta forma de existencia).

Dividido mi tiempo en dos épocas perfectamente

diferenciadas: antes y después que ellos llegaran. La primera parte alimenta la segunda y solamente los recuerdos de *antes* conforman *después*.

Ahora ha desaparecido el movimiento, causa precisa del tiempo. La luz ya no alumbra los objetos. Todo lo que existe habita en mi mente, son recuerdos.

Nunca supe, quizás ya no lo sabré, por qué durante aquel invierno toda la familia en casa se comportaba de una forma incomprensible. Parecían tristes y nerviosos, como si algo doloroso o algún acontecimiento de graves consecuencias hubiera ocurrido días atrás. Hecho este (si en algún momento ocurrió) que ha mediatizado y condicionado mi vida hasta la actualidad, esta eterna actualidad.

Julia ya no cantaba alegremente por la mañana mientras realizaba las faenas domésticas. Ya no conectaba la radio, ni tan siquiera para oír los seriales de la tarde, cuando remendaba una sábana o cosía el botón desprendido de alguna camisa.

Los ojos de mi madre estaban húmedos, enrojecidos. Había vuelto a vestir otra vez sus ropas negras y permanecía siempre inmóvil sentada junto a la mesa de camilla, cerca de la ventana que da al patio. Movía los labios continuamente emitiendo un tenue murmullo ininteligible para mí. Con sus dedos parecía contar uno a uno, pausadamente, los flecos de la toca que llevaba siempre puesta sobre sus hombros, en esa época fría del año.

Mi padre, encerrado en su habitación, no hablaba con nadie. Salía una o dos veces durante el día para ir al retrete, apesadumbrado, con la cabeza agachada, los ojos con grandes bolsas, irritados y la cara congestionada, como si no hubiera dormido en mucho tiempo. La comida se la colocaba Julia todos los días frente a la puerta de la alcoba. Siempre a la misma hora.

El silencio se convirtió en el dueño absoluto de nuestra casa, un amargo silencio roto sólo por los suspiros profundos de mi madre. A veces un ruido

estruendoso sacudía el cuarto donde se había enclaustrado mi padre, probablemente producido por muebles arrojados contra la pared.

Acostado, yo permanecía ajeno sin saber a qué se debía esta situación. Las piernas y los brazos los tenía sujetos con cadenas a los barrotes de la cama. Nadie me dirigía la palabra y evitaban mirarme. Desconozco cuándo me pusieron allí, ni por qué causa. No me lo dijeron y yo tampoco pregunté. Quizá fue entonces cuando perdí la voz, no recuerdo haber articulado ninguna palabra después del día de mi cumpleaños.

Julia era la única persona en la familia que se ocupaba de mí; constantemente me pasabe suavemente un paño por la boca. Intentaba darme de comer; pero sus esfuerzos resultaban inútiles. Yo mantenía mis mandíbulas cerradas con una fuerza insólita; cada uno de los músculos de mi cuerpo llegaba a su punto más álgido de rigidez posible y quedaba inmovilizado. Más tarde sentía una gran flojedad y perdía la visión durante unos minutos.

Por la casa, paulatinamente, se inició un continuo peregrinaje. Hasta entonces no solían visitarnos con frecuencia, ya que nuestra casa es una de las pocas habitadas de la colina al norte del pueblo. Es probable que durante aquel invierno no quedara nadie sin visitarnos por lo menos una sola vez.

Tenían por costumbre llegar en grupos pequeños. Pasaban por la habitación grande, en silencio, cabizbajos; saludaban con un gesto a mi madre y tímidamente, cautelosos, se acercaban a mi cama. Me miraban con fijeza, curiosos; contraían los músculos de la cara, como si estuviesen aterrados ante la presencia de una horrible criatura, sorprendidos por algo más fuerte que lo que esperaban ver. Algunos se persignaban queriendo conjurar un demoníaco peligro. Después se alejaban cuchicheando entre ellos.

Las primeras visitas me provocaban un desagradable malestar; me asustaban sus caras desencajadas, interrogantes, con los ojos desorbitados. Lentamente me fui acostumbrando a ellas, me servían de distrac-

ción. Analizaba sus rostros, sus expresiones, la forma de comportamiento; incluso llegué a confeccionar un sistema particular, por el cual relacionaba sus gestos con la indumentaria, los vestidos con las horas de visita y ésta con las edades.

Ricardo y Pedro no estaban en casa, no recuerdo cuándo se marcharon. La última imagen que poseo de ellos se remonta a la noche anterior al día de mi cumpleaños. No recuerdo haberlos visto más. Ignoro qué trágico acontecimiento sucedió aquella noche y trato de no pensar en ello, pues cada vez que lo intento me invade una agobiante sensación de ansiedad, que me oprime el pecho y me impide respirar.

El día de Navidad fue más ajetreado de lo normal. La casa se convirtió en un hervidero de gente. Julia iba de un lado para otro recibiendo y atendiendo las visitas. En la sala colocaron todas las sillas que teníamos en fila, y algunas más que trajeron de otras casas vecinas. Unos parientes ayudaban a mi hermana llevando comida y bebida a los presentes.

En el rostro de todos se reflejaba, esta vez, un gesto inconfundible de tristeza y pesadumbre.

A media tarde llegó a casa un grupo de personas desconocidas. Por su aspecto, uno de ellos parecía ser médico, vestía un traje oscuro y portaba en sus manos un bonito maletín de piel negra. Saludaron a mi madre y se acercaron para observarme. Sus reacciones de perplejidad no se diferenciaban en exceso de las típicas ya catalogadas, de las visitas anteriores. El doctor, sin embargo, no se inmutó en absoluto; hablaba fluidamente de modo que parecía explicar algo a los presentes. Mientras, un joven se afanaba en escribir en un pequeño cuaderno de notas.

Cuando dio por concluida su improvisada conferencia los del grupo se alejaron dejándome solo con él. Corrió lentamente la cortina que separa mi cama del resto de la sala, quedándonos los dos totalmente aislados del resto de las personas que en ese momento estaban en la casa.

Pausadamente inició un insólito rito; siempre con

una parsimonia que me alteraba los nervios. Despacio se quitó la chaqueta y después de doblarla, con excesivo esmero, la puso sobre el respaldo de una silla. Abrió el maletín negro que llevaba para sacar, con delicadeza, una serie de instrumentos médicos que colocó ordenadamente sobre la mesa. Seguidamente encendió un mechero *Bunsen* y estuvo calentando un juego de bisturíes.

En ese momento sentí miedo, no sabía qué iba a hacer ese hombre. La sensación de terror se fue haciendo cada vez más intensa hasta convertirse en desesperación total cuando vi, preso de pánico, que se abalanzaba sobre mí con uno de los estiletes en la mano. Quise gritar, huir, defenderme de alguna manera; pero mi cuerpo no respondía. Ni el más pequeño músculo reaccionaba.

Con destreza, abrió mi pecho en canal efectuando una incisión limpia y lineal sin que yo pudiese hacer nada por evitarlo. Percibí una agradable caricia que me recorría el tronco de arriba a abajo, seguida de una intensa sensación que pasaba del calor a la humedad.

Sus manos se teñían de rojo, yo sentía estremecer todo mi cuerpo por dentro.

Transcurrida aproximadamente una hora, comenzó a guardar los instrumentos en el maletín con la misma lentitud que los había sacado y después de cerrarlo salió fuera.

No comprendí qué había estado haciendo conmigo. No sé por qué razón no sentí el más leve dolor cuando cortaba mi piel. Cuando confuso seguía pensando en el suceso que había ocurrido unos minutos antes, entró Julia en el pequeño reservado que delimitaba la cortina, llevando la muda interior y el traje nuevo entre sus manos. Desató las cadenas que me sujetaban a la cama y atándome un pañuelo desde el cráneo a las mandíbulas me cerró la boca. Me introdujo unos trozos de algodón en la nariz y luego me arregló, como lo hacía cada domingo, para ir a la misa de las doce.

Mientras Julia se afanaba en vestirme, desde la sala llegaba un gran murmullo. Noté que lloraban. Este murmullo fue cambiando de tono hasta convertirse en una larga, repetida e interminable letanía.

Alguien abrió las cortinas. Ante mí pude observar una escena singular; unas mujeres vestidas de negro encendieron unos grandes velones negros, que colocaron uno en cada esquina de la cama. Un largo velo negro cubría el rostro de mi madre. Inesperadamente, de su boca surgió un terrible grito de dolor, se echó sobre mí y, entre sollozos, me abrazaba fuertemente y me besaba toda la cara.

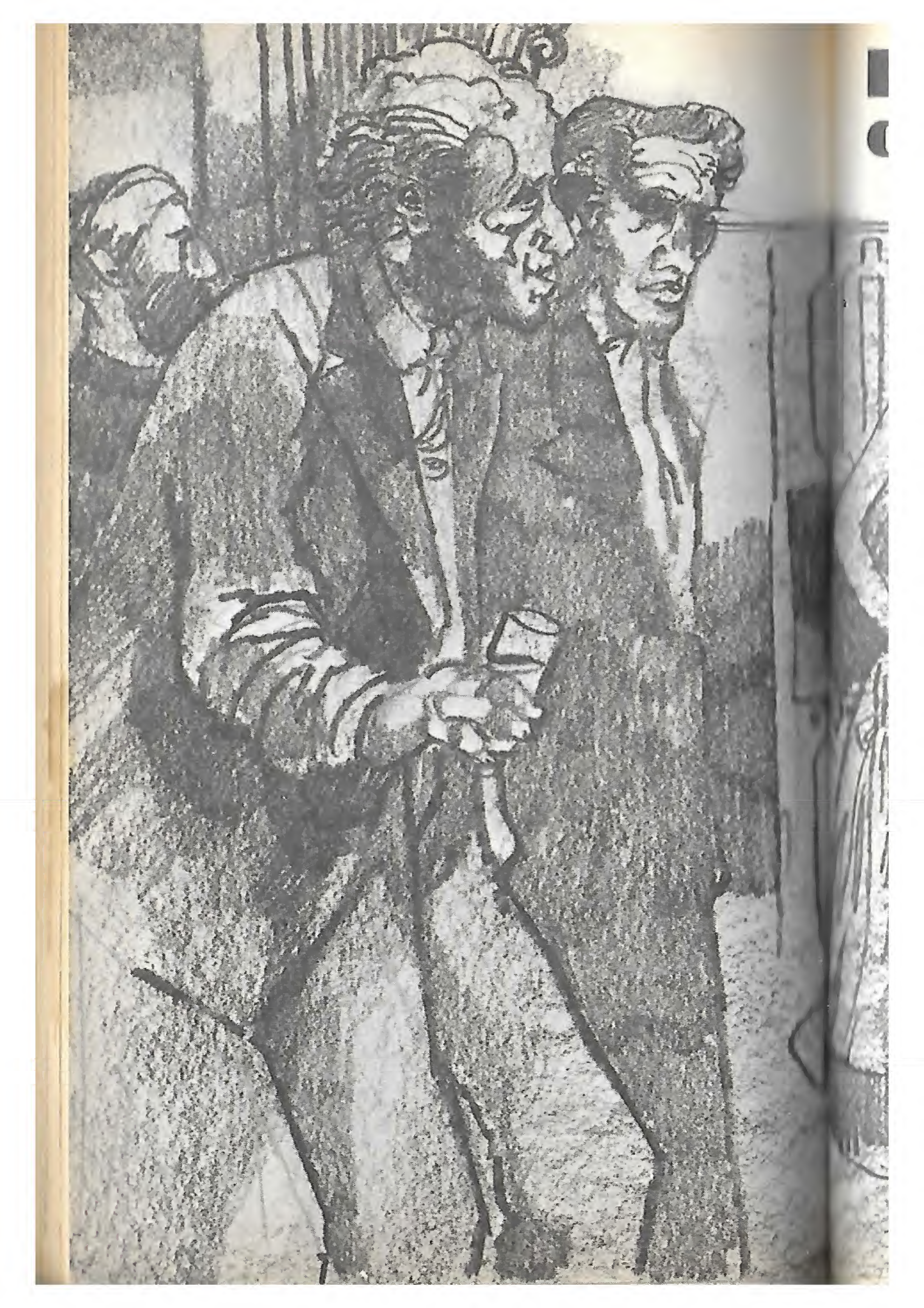
Aquel espectáculo me hizo sentir sensaciones muy dispares; extrañeza, confusión, miedo, deleite. Fue el acontecimiento más impresionante desde que permanecía acostado en la cama.

A la mañana siguiente, llegaron ellos con una gran caja color caoba. En ese instante los llantos alcanzaron su punto más alto. Mi madre parecía que iba a desfallecer. Por las mejillas de Julia, la única persona de la casa que hasta entonces había permanecido serena, surcaban amargas lágrimas.

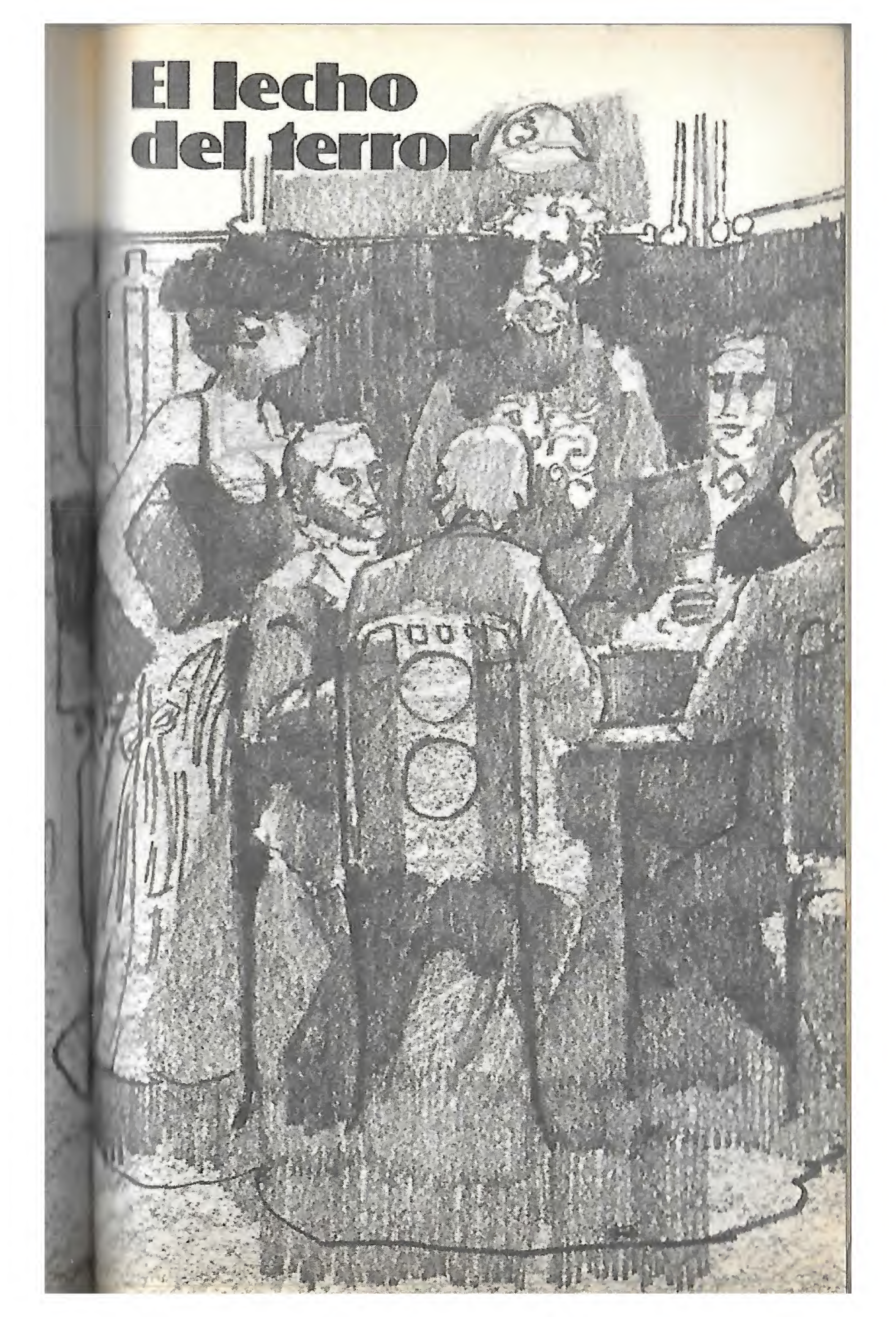
Ante mi impotencia, me introdujeron en la caja, cerraron la tapa y desde entonces no he visto más la luz.

Ahora, en la oscuridad, sólo recuerdo y espero que algún día, ellos, los mismos que me encerraron en esta estrecha prisión de madera, vuelvan para matarme (si es que esto no es la muerte).


BR



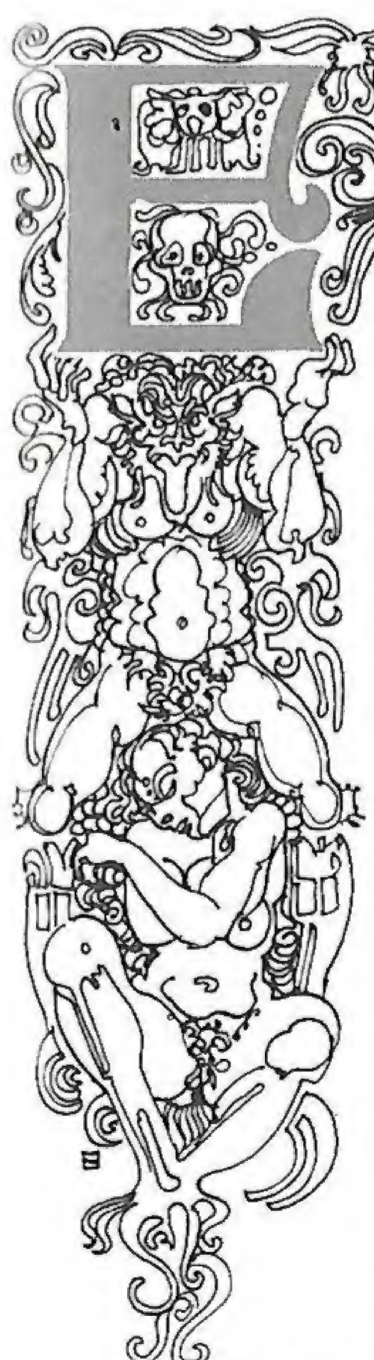
El lecho del terror



El lecho del terror

Versión libre de Eusebio Zabaleta sobre un relato de Wilkie Collins.

El rojo y el negro, los dos colores con los que tentó victorioso a la Fortuna, se volvieron ahora contra él en el reducido espacio de una mísera habitación de los suburbios parisinos.



ERA un garito mugriento.

—Vayamos a jugar —había dicho a mi amigo—, pero donde no haga falta el requisito de la corbata. ¿Tú me entiendes?

Además de mugriento el zaquizamí tenía algo de esperpéntico.

La tranquilidad del lugar resultaba horrible.

Un joven delgado, macilento, de cabello largo, ojos hundidos, miraba con fijeza los naipes, sin pronunciar palabra alguna. Un jugador de rostro achatado y cubierto de granos, anotaba en un papel las veces que ganaba el negro y las que ganaba el rojo. Un viejo resumido en su propia desesperación, seguía allí, como convertido en estatua de piedra vieja, con musgo: había perdido hasta el último franco. Pero seguía mirando fascinado para la mesa como si de allí pudiera llegarle la fortuna que le había vuelto la espalda.

Mi amigo y yo celebrábamos el feliz final de nuestros estudios. Bebimos. Una botella, otra, otra.

Hecho punta de euforia, decidí jugar, mas cuando miré para la mesa, todo había cambiado, mejor dicho,

ante mis ojos, la tabla iba dando vueltas sobre sí misma y los personajes cambiaban su aspecto.

—Estoy borracho—, me dije.

Miré a mi amigo. Este sonrió y me animó.

—A ello. Es tu momento. ¿No adviertes que la fortuna va a cambiar también a tu favor?

Me acerqué a la mesa sin fiarme demasiado de mí mismo ni de cuanto me rodeaba.

Comencé a ganar una y otra vez.

Perdí todo recelo porque era seguro que mi forma de jugar respondía a una lógica. Cuando calculaba mi plan sobre rojo y negro, perdía. Si lo hacía al azar, ganaba. Así, sin advertir accidente alguno que no fuera yo mismo jugué y jugué.

Cada vez mis apuestas eran más elevadas y cada vez ganaba. La excitación en la sala fue enorme. Con ella, un silencio de ansiedad. Sólo se escuchaban los mal disimulados juramentos del *croupier* que no hacía más que empujar montones de oro hacia mí.

Todos parecíamos locos. Todos menos mi amigo. Me habló en voz baja y me aconsejó lo mejor.

—Marchémonos. Es el momento prudente. Has ganado una fortuna.

Le increpé y hasta le insulté.

—Bebe y calla. Soy rico. Yo invito.

Mi amigo, mirándome con pena abandonó la sala.

—Dios quiera que no tengas que arrepentirte...

Una voz distinta a la suya. Una voz ronca advirtió detrás de mí:

—¡Permítame, señor!, se le cayeron al suelo estos dos napoleones. Son suyos... ¡Qué suerte la suya!

Era un hombre alto, vestido con levitón militar, cubierto de alamares que, si estuviera en mi sano juicio, hubiese tomado por un actor trasnochado o un loco. Sus ojos saltones aparecían inyectados en sangre. Grandes mostachos y nariz aguileña. ¡Y unas manos largas, huesudas, tremendamente sucias...! Parecían garras recién salidas del cieno. ¿Quién podría ser?

Me ofrecía rapé y yo le invité a brindar.

—¡Adelante...! ¡Siga jugando...! ¡Negro y rojo...! ¡Hará reventar la banca!

Efectivamente. Un cuarto de hora después el banquero rindió su responsabilidad y clamó:

—¡La banca cierra por esta noche!

Sentí un roce de seda, de ropa suave a mi lado. Miré y una mujer de extraordinaria belleza, morena, sobriamente elegante, me sonreía.

—¿Por qué no les dobla usted?

—Ha cerrado.

—Pídaselo. Todo a todo.

El hombre con el rostro cubierto de granos, asintió después de que ella le mirara con ojos impacientes.

En media docena de jugadas más, mi fortuna era justo dos veces mayor. Me hubiera gustado verme desde fuera de mí mismo. Y que mi amigo fuera testigo de aquella increíble escena.

A mi derecha, ella, fumaba tranquila. A mi izquierda el esperpéntico hombre del levitón reía a mandíbula batiente.

—Champán...

—Sí, monsieur...

—Este es el momento —gritó aquél.

Me levanté y entre nubes de euforia y alcohol observé que la mesa parecía dar la vuelta sobre sí misma.

—¿Qué ocurre?

El viejo rió más aún.

—Señor, su lado ha sido el de la buena suerte. Este de ahora es el de la mala.

—¿Deberé jugar?

—Yo que usted lo celebraría... con ella... pero antes un poco conmigo.

Pidió café para los tres.

—Yo quiero más champán... —dije a tropezones de palabras.

—No —ordenó el viejo—. Piense en la fortuna que guarda ahí. Debe buscar donde ponerla. Han sido muchos los que aquí le han visto ganar. Algunos pueden estar ahí fuera esperando su oportunidad. ¿Me entiende?

Bebí de un trago el café y sentí un repentino vértigo que apenas me dejó fuerza para cogerme al brazo de ella que no decía palabra.

—Quiero marchar a mi casa... Pidan un coche.

Habló ella por primera vez.

—Así no sería aconsejable que saliera a la calle. París de noche siempre es un riesgo. El tiene razón. En la calle más de uno le puede estar esperando.

—¿Lo ve? —señaló con la mano sucia el viejo.

—¿Por qué no se queda a dormir aquí...? Hay sitio arriba... Venga... Mañana, cuando se le hayan disipado los efectos del vino, podrá marchar usted con sus ganancias...

—Pero, ¿en dónde las guardaré?

Ella salió un momento. El café me mordía por dentro más que el champán. ¿Querrían envenenarme para robarme?

Volvió al pronto con un maletín negro.

Monedas y billetes entraron por las justas y la panza de cuero pareció lo que era. Preñez de fortuna imprevista. Rico. Era rico.

Pero dos ideas fijas apretaban mi cerebro. Una, que no debía separarme del maletín. Otra que necesitaba dormir, porque unos minutos más y cualquiera podría hacer de mí lo que quisiera.

El viejo del levitón se despidió efusivamente.

—Mañana desayunaremos juntos..., y seguiremos celebrándolo. Que descanse, ¡Creso!

Ella, dispuso la habitación, abrió el lecho y cuando yo la tenía cogida por la cintura, me separó sin rudeza:

—Ahora no se daría cuenta usted de nada.

—¿Cuándo entonces?

—Al amanecer vendré a refrescarle... Descanse, mon amour.

La habitación era pobre. Una palangana y una jarra con agua que yo bebí con avidez. Dejé algo para refrescar mi cabeza. Abrí la ventana y el frescor de la noche me hizo volver sobre mí mismo. Reflexioné. ¿Por qué había dado vuelta la mesa antes de jugar

yo...? Era verdad que para aquel momento mi euforia desdibujaba cuanto veía. Acaso —me dije—, fue un misterioso símbolo, o una señal de la fortuna que me estaba esperando. Lo cierto era que había ganado. Y, ¡mucho!

Los efectos del café, su vértigo repentino parecían haber desaparecido. Era consciente de cuanto me ocurría. Así observé bien en dónde me encontraba. La habitación era, como dije, pobre. Esto no me importaba. Mi preocupación se dirigía ahora a la seguridad que necesitaba para salir indemne al día siguiente. Hasta miré debajo de la cama y puse la cómoda para asegurar la puerta de acceso. En este momento, unos golpes llamaron acompañados de la voz de ella:

—¿Me abrirás? —susurró.

Miré a mi reloj. No había pasado una hora desde que nos separaramos.

Entró apenas cubierta con una bata de gasa. En su mano derecha una botella y en la izquierda dos copas de largo fuste. Repicó con un dedo en una de ellas.

—¡Es nuestra hora!

Reaccioné con claridad.

—Más alcohol, no, por favor.

Ella se contoneó. La luz de calle —todo lo demás estaba a oscuras— hacía más insinuante, más atractiva su figura.

—¿No...? Pero yo, sí... ¿verdad?

Bebí sin embargo. Esta vez el vino entraba con suavidad extraña. Era como pellas de sueño en rebanadas dulces. Cada sorbo me sumía en un dulce sopor. Caí rendido en el lecho y, no me preguntéis por qué, olvidé todo menos algo moviente que veía sobre mí mismo.

Un dosel rojo y negro, los colores de mi buena suerte, comenzaba a oscilar y a descender lentamente hacia mí. Busqué a la mujer con la mirada y no estaba. Sin embargo sentía su presencia. No quería, no podía apartar la mirada del dosel que caía despacio,

muy despacio. Mas un instante miré a un lado y la vi que sonreía con el maletín en la mano.

—Duerme, mon amour, duerme...

¡Cielo Santo...! ¿Cómo podía dormir si aquello no dejaba de bajar hacia mi?

El dosel estaba ya a tan escasa distancia que podía oler la humedad propia de las telas en donde el polvo y el descuido tienen su nido. Quise moverme. Sin duda, el último alcohol contenía algún narcótico. Ya sentía la inicial muelle presión de la tela, cuando, por instinto y realizando un gigantesco esfuerzo, rodé sobre mí mismo y caí fuera de la cama. El dosel, convertido en fina lámina de presión, apretaba el sitio justo en donde yo debía de haber estado dormido y... muerto, asfixiado ya para entonces.

Y, ¿ella...? ¿Dónde estaban ella y mi dinero?

Me dí cuenta de que había sido víctima de un engaño asesino. Y de que debía salir de allí como fuera.

Por el interior de la casa no. Estaría alguno de ellos.

Miré por la ventana. Estaba en un segundo piso. Saltar me hubiera costado tal vez la muerte misma o una herida fatal. Pero un tubo de desagüe me invitaba con alivio.

Estaba ya sobre el alféizar y pensé en mi fortuna perdida. No. Yo la había ganado en buena lid y no debía dejarla en otras manos que no fueran las mías. Volví de nuevo al interior del cuarto.

El dosel comenzaba a moverse. Un bulto se presentía entre él y el colchón.

Empujé para arriba con las manos y no logré que se moviera un centímetro. Por fín, segundo a segundo pude ir mirando y lo quevi me hizo pensar en que desvariaba.

El cuerpo de ella y sobre su vientre mi maletín.

Toqué su frente. Estaba fría.

¿Qué hacer?

Nadie había visto aquello; pero también era cierto que nadie creería la historia del dosel moviente y menos mi inocencia en la aparente muerte de ella.

Decidí salir y pedir auxilio.

Como si estuvieran esperando una orden militar aparecieron todos los personajes de la mesa de juego..., menos mi amigo, ¡ay, mi amigo!, que era quien debía de haber estado el primero junto a mí.

—¿Qué pasa?

—¿Qué ocurre?

—¿Qué es eso?

Todos entraron de golpe.

—Está muerta.

—Está muerta.

—Está muerta.

(Una vez cada uno como si rezaran responso criminal.)

Y a la vez también me miraron con acusadora insistencia.

—Os juro que no fui yo.

Silencio. El viejo tendía hacia mí sus sucias manos.

—El dosel empezó a bajar...

—No hay dosel.

Era verdad. Allí arriba sólo se veía el techo.

—Pues yo lo vi. Casi me aprisionó. Pude escapar en el último instante.

—Tú la has matado. ¡Llamad a la policía!

Rompí el cerco que formaba el siniestro grupo y corrí.

Primero deambulé por las calles, todavía con la noche en ellas aunque el alba anunciara sus luces por sobre los tejados. Después, rendido de cansancio pero consciente, decidí presentarme en la comisaría más próxima.

Estaba de guardia un subprefecto con varios subordinados. Mi rélato les pareció la visión de un ebrio. Pero insistí tanto que decidieron acompañarme hasta la casa de juego.

—¡Abrid en nombre de la Ley!

Hubo un revuelo dentro del edificio.

—¿Conocen ustedes a este hombre?

(Estaban todos menos ella.)

—No.

—Mentís. He estado jugando hasta hacer saltar vuestra banca. Mi amigo será testigo.

—¿Qué amigo? —rió el viejo de las manos sucias. Convencí al subprefecto para que subiéramos a la que había sido mi habitación, mi lecho de terror.

Todo estaba en orden dentro de aquella misería sucia. La palangana y la jarra, esta vez también llena hasta rebosar. La cama, impecablemente ordenada. Arriba, el techo con algo pintado que semejaba un dosel.

—¿Esa ha sido el arma asesina? —rió el policía.

—Yo les juro...

Protocolariamente, revisaron alguna habitación más.

—Todo esta en orden. Discúlpennos.

El viejo estaba radiante.

—Estamos acostumbrados. Es el vino.

Cuando ya íbamos a marchar todos, el hombre de la cara con granos me llamó.

Estábamos a distancia de los demás.

—Su maletín, señor.

Lo arrebaté más que lo cogí. Pesaba. Mi dinero pesaba.

Alegre como un pájaro, corrí hacia mi pensión para compartir con mi amigo la alegría de mi fortuna y el fin de mi pesadilla.

Dormía aún.

—Despierta, despierta... mira, mira... somos ricos...

Abrí de golpe el cuero negro del maletín.

Pintada de rojo y negro, la cabeza de ella sonreía con una moneda de oro entre los dientes.

Caí desmayado.

Cuando recuperé el sentido, mi amigo con la cabeza entre las manos, pensaba:

—El Sena. Vayamos al río...

No me preguntéis por qué lo hice.

Más de pronto, con fuerza satánica cogí el maletín, corrí hasta la casa de juego, iluminada ya con los pri-

meros rayos del sol naciente y por la ventana de lo que fuera mi cuarto, arrojé la macabra mercancía.

Después, retorné a la comisaría.

Me escucharon las primeras palabras.

Poco después, apretado el cuerpo en una camisa de fuerza salía para el manicomio de Le Bourget.

Mi amigo tardó seis meses en recuperarme a la vida normal.

Para celebrarlo, bebimos como entonces champán, mucho champán.

Ebrios ya, fuimos como autómatas hacia la casa de juego.

La mesa daba vueltas. Una vez aparecía roja, otra negra.

El viejo nos ofrecía sus manos. El de las arrugas apuntaba.

Yo jugué y gané.

Después, en la habitación, esta vez los dos, caímos rendidos en la cama.

Al través de la nube de mi inconsciencia, advertí a mi amigo:

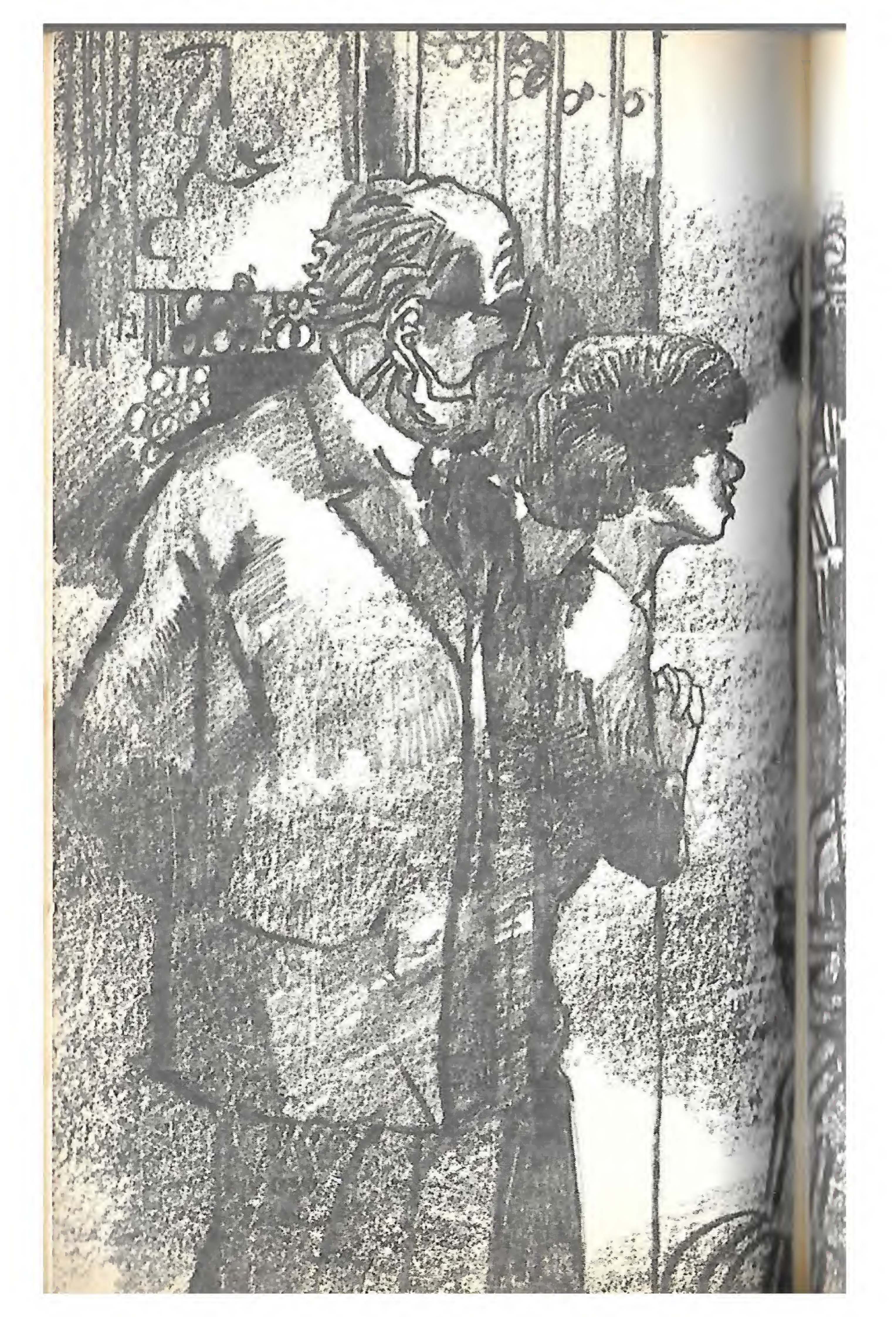
—Ahora comenzará a bajar.

Así ocurrió.

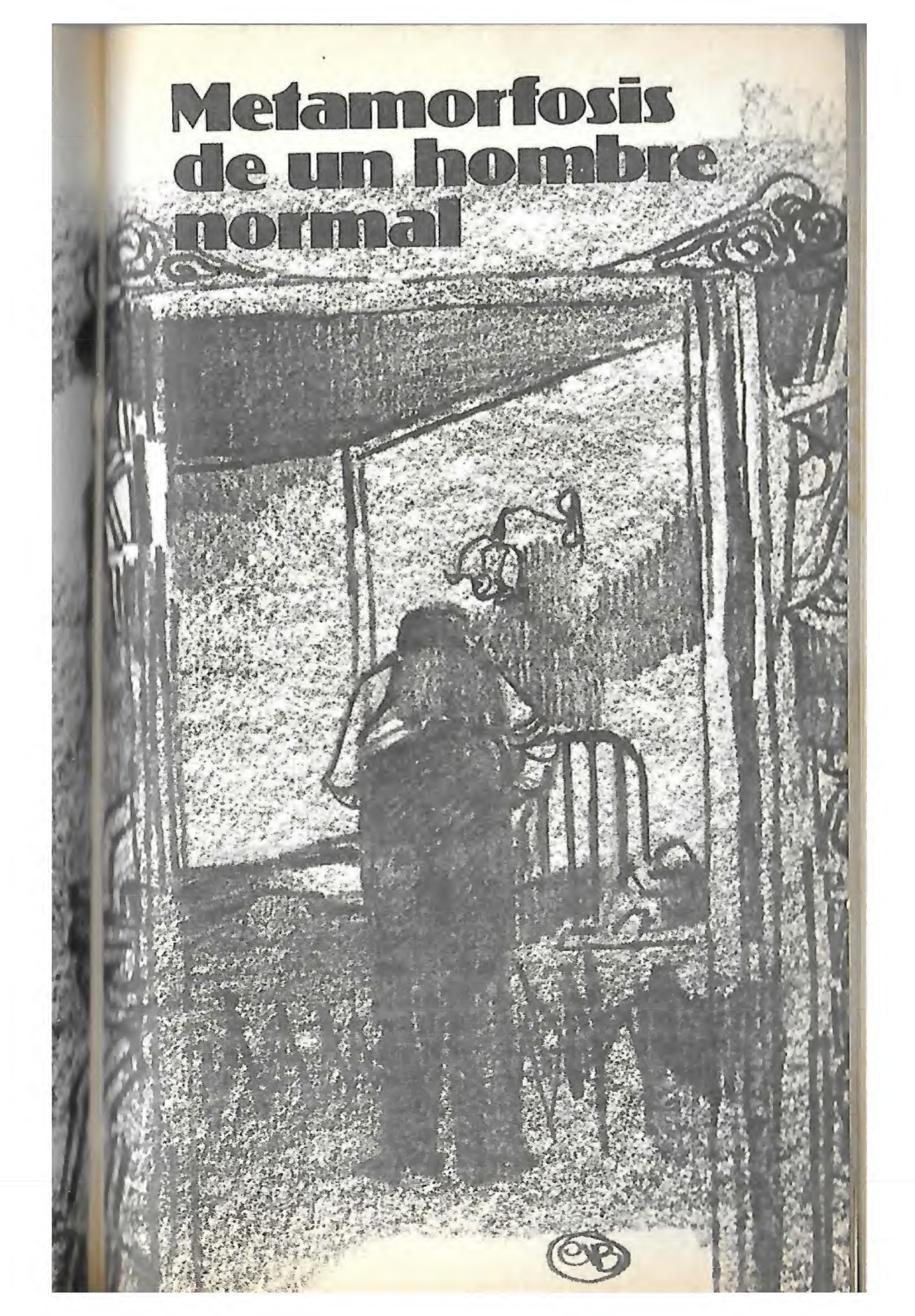
Cuando la operación terminó, el silencio ocupó el espacio de la habitación.

Al día siguiente, en el Sena, aparecieron los cadáveres de dos desconocidos con el maletín y la cabeza de ella, de una mujer dentro.

Fue un misterio que la policía desde entonces no ha sabido desvelar.



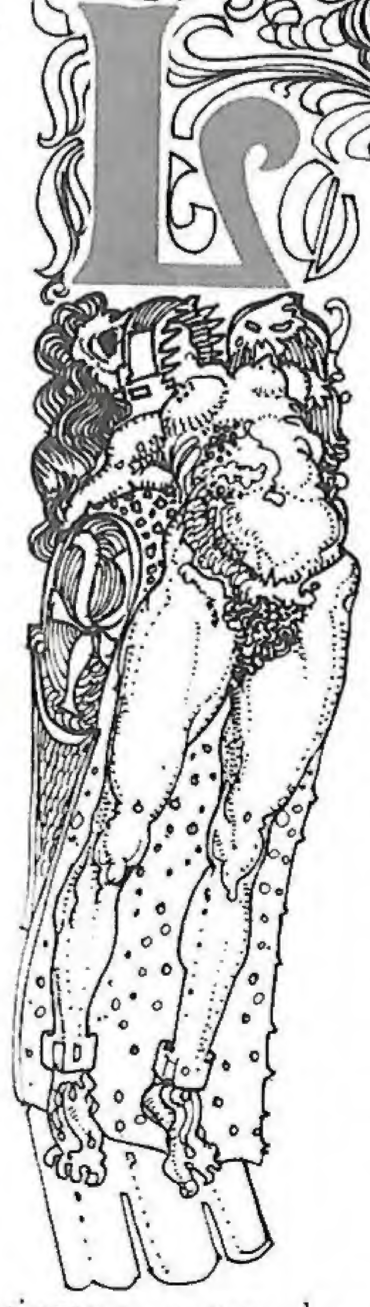
Metamorfosis de un hombre normal



Metamorfosis de un hombre normal

Mariano Sanz F. de Córdoba

*¿Cómo era posible que se
estuviera produciendo en él
aquella terrible transformación?
Le resultaba asombroso pensar que
pudiera darse aquel tipo de
metamorfosis y, sin embargo...*



LAS cápsulas que siempre llevaba consigo le habían devuelto el sosiego que había perdido durante unos instantes. Realmente, había sido un trayecto extraño y lleno de contrariedades. En primer lugar, los relojes de las diferentes estaciones del recorrido del Metro no estaban sincronizados; además, por primera vez en los dos últimos años no había podido ocupar su lugar de costumbre, junto a la puerta, cuando el vagón quedó casi vació en la parada de costumbre. No parecía sino que todos los sucesos que se desarrollaban a su alrededor quisieran atentar contra su gris, monótona y rutinaria existencia. Y eso no podía consentirlo.

Le gustaba la puntualidad. Tenía el día perfectamente cronometrado y programado. Hacía tiempo, antes de casarse, únicamente trabajaba por las mañanas dejando libres las tardes para recrearse en sus quiméricos sueños y ejercitar la inteligencia elucubrando sólidos edificios frutos de la creatividad. Le gustaba aquella vida, pero perdía mucho tiempo y el sueldo...

El chirrido de las ruedas le sacó de su ensimismamiento. Miró el reloj y, súbitamente angustiado,

tomó su portafolios y echó a andar con paso rápido hacia la salida del túnel. Debía evitar que aquel contratiempo le obligara a llegar tarde al trabajo, rompiendo de aquella manera su rutina cotidiana.

* * *

Afortunadamente, llegó a tiempo. Avanzó a lo largo del estrecho corredor que conducía a su mesa de trabajo saludando a los pocos compañeros de oficina con los que se cruzó. Cuando llegó a su cubículo —dos mesas de formica que llevaban adosadas sendas máquinas de escribir, tres ficheros archivadores, un armario metálico atestado de objetos de escritorio, un tubo de neón aún apagado y el sempiterno olor a oficina que embargaba sus sentidos desde que entraba en el edificio— encendió la luz, ordenó su ya superorganizada mesa de trabajo, abrió el armario, volvió a cerrarlo sin tocar nada, quitó la funda de la máquina de escribir, se sentó, depositó el portafolios en el suelo, entre la pared y la mesa, pasó la hoja del calendario entreteniéndose en la festividad del día y, finalmente, miró su reloj con indiferencia. El resto de la mañana transcurrió con la rutina acostumbrada y el funcionario ejecutó todos los actos que conformaban su jornada de trabajo tan maquinalmente como los habia iniciado; despachó a la hora requerida, se tomó el «sandwiche» de jamón y queso de media mañana —justo cinco minutos después de que su jefe bajó a tomar algo—, fue a los lavabos según lo requería su cuerpo —era curioso notar que sus funciones fisiológicas sólo despertaban dos veces por mañana y siempre a las mismas horas—, llamó a su mujer a la una y media en punto y, como era jueves, dio el dinero correspondiente para la participación en la lotería del sábado y que durante ese mes debía comprar Luis por ser el último funcionario que había entrado en las oficinas de aquel organismo.

A medida que avanzaba la mañana comenzó a sentirse mal. Inmediatamente lo atribuyó al incidente del

Metro, pues no encontraba otra causa que pudiera justificar su malestar. Confiado en la hipotética consciencia de sus males, pensó que si lograba concentrar su atención en algo diferente a sí mismo, conseguiría olvidarse de ello, pero no resultaba fácil conseguirlo, por un lado, su imaginación no era tan ágil como años atrás y, además, el trabajo, aunque le absorbía por completo, no era causa suficiente para ayudarle a olvidar su estado. Dirigió la mirada a la mesa vacía y por primera vez desde que la misma había quedado vacante, echó de menos la presencia de otro compañero que con su diálogo le ayudara a evadirse de aquella dolorosa realidad... si su antigua y antipática compañera de trabajo no se hubiera casado...

Creyó que lo mejor que podría hacer sería marcharse a su casa, pero al mismo tiempo que aquel peligroso pensamiento cruzaba su mente, miró el reloj y comprobó que le quedaba menos de media hora para salir, de manera que resolvió permanecer en su puesto hasta la hora autorizada y evitar cualquier situación comprometedora. Total, una hora...

El malestar parecía brotar del estómago, pero paulatinamente se fue apoderando de todo el cuerpo. Comenzó a sentirse mal, terriblemente mal, y el sudor que ya bañaba su cuerpo tambien comenzó a resbalar por su frente y mejillas. Con mano temblorosa, comprobó que su frente estaba fría, muy fría, y que sus piernas temblaban. Miró el reloj; aún cuarenta minutos. Si pudiera tomar alguna cosa... ¡No, no...! Aquellas cápsulas del corazón eran muy fuertes. Además, aquello parecía provenir del estómago... un corte de digestión, quizás... o algo peor, porque la vista se nublaba. Quizás un poco de aire...

Miró hacia la ventana, y movido ante aquella última resolución, apoyó ambas manos en la mesa e intentó levantarse. Apenas tenía fuerzas y sus piernas eran incapaces de sostenerlo. Hizo un último esfuerzo, la vista se le nubló totalmente y lo último que pudo escuchar fue el golpe de su propio cuerpo contra el suelo.

No debió permanecer inconsciente demasiado tiempo porque cuando se recuperó escuchó algunas palabras procedentes del vecino corredor, señal evidente de que aún no habían cerrado las oficinas. Intentó incorporarse, pero no pudo. Miró hacia adelante y no consiguió ver nada. ¿Qué sucedía? No, no podía ser. ¡No había nada! Mejor dicho, todo estaba igual, pero él... ¡No estaba! ¡No se veía! El era...¡NADA! No tenía ni manos, ni pies, ni cuerpo, ni cabeza, ni... ¡No! ¡Un momento! Se sentía parte de aquel objeto, de aquel objeto que estaba caído en el suelo... Parecía que se había convertido en ese objeto tan familiar, sí, él era aquello, él era esa ...¡HOJA! Sí, sí... lo sentía, lo notaba... era aquella hoja de papel caída en el suelo. El era aquella hoja con membrete oficial.

¿Cómo era posible que se hubiera producido aquella metamorfosis? Le resultaba absurdo pensar que pudiera darse aquel tipo de transformación y, sin embargo...

Todos sus pensamientos quedaron bloqueados cuando alguien entró en la oficina. Vio aproximarse unos zapatos y quiso evitar que le pisaran; afortunadamente, el encontronazo no se produjo y el funcionario de turno —a quien la angustia del momento le impidió reconocer—, después de depositar sobre la mesa algunos papeles, abandonó la estancia.

Intentó recuperar la serenidad y encontrar alguna solución lógica al alucinante fenómeno del que estaba siendo víctima, pero la llegada de otro compañero de trabajo inmovilizó sus pensamientos. El nuevo visitante se detuvo en el centro de la estancia y miró en todas direcciones buscando algo indeterminado. El hombre metamorfoseado vio que se trataba de Luis y quiso atraer su atención, pero en el último momento se detuvo. Sintió una inmensa vergüenza ante aquella situación, un terror instintivo a que aquel hombre le viera en semejante estado y prefirió callar. Antes de salir de la estancia, sin embargo, el nuevo vio aquel papel tirado en el suelo, y, agachándose, lo recogió y

depositó en la mesa. Luego se retiró y todo quedó sumido en el silencio.

Transcurrió algún tiempo antes de que alguien comenzara a revolver todo aquello. Fueron sus propios compañeros de trabajo quienes cierto día, acompañados del subdirector del departamento, quitaron aquellas carpetas que se amontonaban desordenadamente encima de la mesa y las apilaron encima de uno de los archivadores. Luego tomaron todas las hojas que no pertenecían a carpeta alguna y, después de romper las que estaban usadas, se llevaron las restantes a otra oficina. El hombre-hoja notó que lo depositaban sobre otra mesa idéntica a la suya y observó, aterrorizado, que el funcionario que los había transportado introducía una de las hojas en su máquina de escribir. No obstante, él no podía hacer nada para intentar salvarse a sí mismo; el papel estaba limpio, blanco, como si nada hubiera marcado su existencia, como si nunca le hubiera sucedido nada. En aquella hoja sólo constaba su inquebrantable fidelidad al organismo para el que había trabajado tantos años, la marca —en forma de membrete oficial— de quienes lo habían explotado y a quienes, consciente o inconscientemente, había servido de juguete; el emblema de aquellos que habian absorbido y robado su tiempo, su inteligencia y todo su ser... el estigma al que se había esclavizado.

Pero, presumiblemente, tales pensamientos no cruzaron su mente en aquellos momentos. Todo su ser estaba dominado por el terror, por el pánico ante aquel ser que, sentado a la máquina de escribir, golpeaba las hojas de papel que tenía a su alcance. Y llegó su turno.

Por fortuna, el oficio no debía ser muy largo, aunque a él le pareció una eternidad el desarrollo del proceso. Los rápidos y continuos repiqueteos de la máquina no hicieron sino acabar de mortificar su cuerpo, que ya había sido cruelmente maltratado al ser introducido en el rodillo. Cuando, tras ser golpeado y casi destrozado por los continuos golpes de

las teclas, volvió a pasar por el rodillo de la máquina, perdió la noción de las cosas y cuando tuvo de nuevo conciencia de su situación comprobó que había sido utilizado otra vez, pues alguien había garabateado una firma en su parte inferior. En aquellos momentos se encontraba allí, tendido en una mesa —¿la mesa de su despacho?— sobre la que ahora se encontraba inclinado otro hombre.

No duró mucho su descanso, pues aquel funcionario, levantándose, abrió el archivador, extrajo una carpeta del mismo e introdujo la hoja. El hombre se sintió de nuevo aprisionado entre un montón de papeles, indiscriminadamente amontonado como un documento más, impotente para escapar de aquella humillante situación. Luego fue introducido en el archivo, perdió la luz y, con ello, la noción del tiempo.

Si transcurrieron días, años o lustros, no supo determinarlo. Parecía que una nueva unidad de tiempo se había adueñado de su existencia y los universos latentes avanzaban con ritmo discontinuo y difícilmente perceptible. Sin embargo, podía darse cuenta del paso del tiempo porque, de vez en cuando, el archivador se abría y observaba algún rostro humano. Eran los mismos que había conocido antes, pero estaban más envejecidos y cansados, lo cual demostraba —de igual manera que la presencia de otros nuevos— el paso de los años. El habría deseado hablarles, contar lo que le había sucedido, lo que les había pasado a muchos de ellos, pues en el mismo archivo se encontró con algunos de sus antiguos compañeros de trabajo que cierto día habían desaparecido sin dejar rastro. También ellos habían tenido el mismo fin que él. Por eso deseaba hablar. Quería ayudar a aquellos hombres que abrían los ficheros, que habían hipotecado sus existencia, que parecían haberse conformado con su mediocridad. Pero no podía comunicarse con ellos. En realidad, no podía hacer nada.

Pasado cierto tiempo, alguien debió decidir hacer una limpieza de archivos. Sintió que le extraían de su prisión y, junto con un montón de papeles, era con-

ducido a una estancia adyacente. Allí fue colocado sobre una mesa y, cuando el volumen de papeles llegó a ser considerable, un hombre se sentó ante ellos y comenzó a distribuirlos en tres grupos. Mientras el funcionario se entretenía en tal menester, el hombre-hoja distrajo su atención mirando a través de la puerta entreabierta que comunicaba con su despacho. Allí, sentado ante la mesa de trabajo que durante tantos años le había pertenecido, se encontraba Luis. Pero ya no era el muchacho que se ocupaba de comprar la lotería, no. Ahora se había convertido en un hombre de mediana edad, con el rostro surcado por profundas arrugas, serio y taciturno, que efectuaba todos su movimientos maquinalmente. Sobre la mesa tenía depositada una foto a la que rara vez miraba —posiblemente de su mujer y sus hijos— y en su mirada descubrió el mismo hastío que había presidido los últimos años de su propia vida.

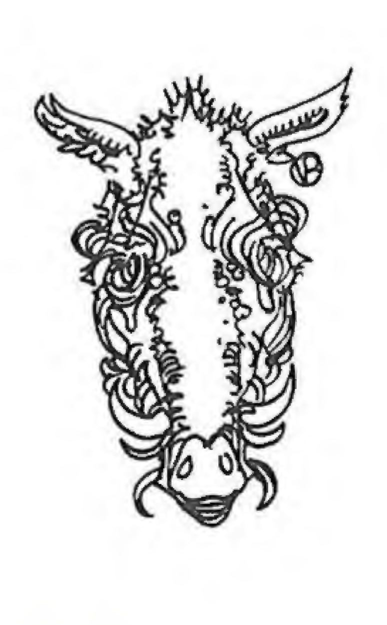
Un sonido le sacó de su ensimismamiento. El funcionario de turno acababa de romper el primero de los papeles que se encontraban en el mismo montón donde él había sido depositado y ahora aquel hombre reunía otros cinco o seis para darlos idéntico destino. Empero, y a pesar de la atrocidad de la escena, no se preocupó. Antes o después tendría que suceder. Y, además, para llevar aquella existencia...

Miró de nuevo a través de la puerta. En aquel momento Luis se apoyaba en la mesa y se incorporaba pesadamente. Entonces lo comprendió. ¡Sí, era lo mismo que le había sucedido a él! Lo mismo que había ocurrido con miles de personas que no habían querido escapar a su estado... Luis vaciló sobre sus piernas y cayó al suelo.

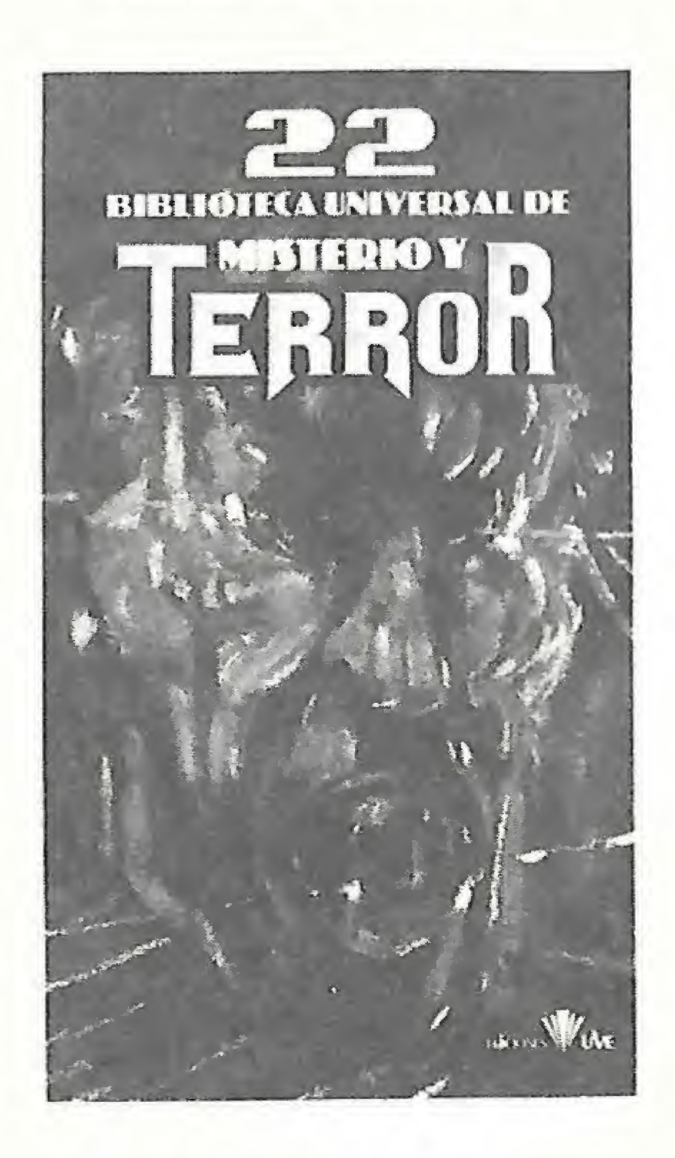
Quiso advertir al funcionario que se encontraba ante él, pero no disponía de medios para comunicarse con aquel ser que, de espaldas a la puerta entreabierta, rompía otro montón de papeles Sin embargo, debía hacerlo. Era necesario que lo consiguiera... En aquellos instantes, Luis estaba sufriendo la terrible mutación. Si aquel hombre sentado ante la mesa se

diera cuenta, quizás el resto de los hombres entregados a una vejatoria masificación podrían cambiar el rumbo de sus vidas —aunque sólo fuera por el terror ante aquel final— y salvarse. Pero no podía comunicarse. No podía...

Estaba absorto contemplando el final de la metamorfosis de Luis cuando se sintió zarandeado. El hombre lo había tomado en sus manos, junto con otros quince o veinte papeles, y, apretándolos con fuerza, los partió en dos mitades. Luego continuó haciendo pedazos más pequeños y, finalmente, echó los restos a una papelera.



PROXIMA APARICION



LA MANCHA

EL HECHICERO

EL MANUSCRITO DE ANA SHWARZT

EL HOMBRE DE LA GABARDINA BLANCA

BUEN VIAJE, MI AMOR

CRIMEN POR MISERICORDIA

AVENTURA DE UN ESTUDIANTE ALEMAN

LAS ULTIMAS NOTAS DEL ACORDEON





VISITAS AL MUSEO

EL PENTAGRAMA

CICLOPES

EL EXPERIMENTO

CELOS

DESDE LAS SOMBRAS

EL LECHO DEL TERROR

METAMORFOSIS
DE UN HOMBRE NORMAL